

Amor a la Toscana

AMANDA PETERS

VOLUMEN 1

Table of Contents

[AMOR A LA TOSCANA \(Volumen 1\)](#)

[Amor a la toscana \(Volumen 1\)](#)

[Capítulo 1](#)

[El encuentro](#)

[Capítulo 2](#)

[La confirmación](#)

[Capítulo 3](#)

[Un día en la redacción](#)

[Capítulo 4](#)

[Confesiones de sobremesa](#)

[Capítulo 5](#)

[Fin de semana festivo](#)

[Capítulo 6](#)

[Noche de San Juan](#)

[Capítulo 7](#)

[El comienzo de algo excitante](#)

[Capítulo 8](#)

[Una sorpresa inesperada](#)

[Capítulo 9](#)

[Bienvenida al vecindario](#)

[Capítulo 10](#)

[Fiesta exclusiva para chicas](#)

[Avance](#)

[Amor a la toscana \(Volumen 2\)](#)

[¡¡Ya a la venta!!](#)

AMOR A LA TOSCANA (Volumen 1)

Eva, una joven periodista recién llegada a Barcelona en busca de nuevas oportunidades, pronto se encontrará inmersa en un torbellino de emociones y desafíos. Lo que comenzó como una excitante aventura en la Ciudad Condal se verá empañado por desavenencias familiares y la incertidumbre de encontrar su lugar en un entorno desconocido. La propuesta de Noemí, su compañera de trabajo en una revista de vanguardia, de compartir su ático en el corazón de la ciudad parece ser la solución perfecta. Hasta que descubre al peculiar compañero de piso de Noemí, un hombre oscuro y encantador.

Noemí comparte su espacio con Enrico, un encantador italiano originario de la Toscana. Detrás de su atractivo exterior se esconde un hombre lleno de misterios, cuyo trabajo nocturno en la bulliciosa Barcelona solo añade un halo de intriga a su persona. Con cautela, Noemí advierte a Eva sobre el insaciable apetito amoroso de Enrico, un cazador incansable que conquista a múltiples mujeres sin repetir citas. Con la mejor de las intenciones, Noemí busca proteger a Eva de posibles desilusiones y asegurarse de que Enrico no se aproveche de su inocencia. Su deseo es evitar cualquier malentendido entre ellos, especialmente si terminan conviviendo bajo el mismo techo.

A pesar de las advertencias de Noemí, Eva decide aceptar las condiciones y minimiza las preocupaciones de su nueva amiga. Su principal objetivo es concentrarse en su carrera y evitar cualquier complicación amorosa. Después de todo, no cree que Enrico sea tan irresistible como lo pintan. Sin embargo, la realidad la golpea con fuerza cuando finalmente conoce a Enrico en persona. La presencia magnética del toscano se convertirá en una tentación demasiado fuerte para Eva, desafiando sus propias convicciones y poniendo a prueba su determinación de mantenerse alejada de cualquier tipo de romance.

¿Podrá Eva mantenerse firme ante los encantos de Enrico? A medida que las sorpresas comienzan a surgir en la vida de la joven periodista, tanto en el ámbito personal como profesional, se enfrentará a decisiones que podrían cambiar su destino para siempre. En un mundo donde las emociones y las ambiciones se entrelazan, Eva deberá elegir entre seguir el camino seguro de su carrera o entregarse al impredecible y apasionado viaje del amor.

Con «Amor a la toscana» sumérgete en una historia apasionante llena de romance, intriga y autodescubrimiento. A través de giros inesperados y momentos llenos de tensión, Eva se enfrentará a la difícil tarea de elegir entre seguir los dictados de su corazón o aferrarse a sus objetivos profesionales. ¿Podrá resistirse a la tentación de Enrico o sucumbirá a la pasión que arde entre ellos en las calles de Barcelona?

Amor a la toscana (Volumen 1)

AMANDA PETERS

AMOR A LA TOSCANA (Volumen 1)

© Amanda Peters, 2024

Publicado anteriormente como LOS PECADOS DE EVA - Volumen 1

Reservados todos los derechos de la obra, debidamente registrada. Su plagio, total o parcial, sin citar a su autor constituye un delito. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Capítulo 1

El encuentro

No podía apartar los ojos de aquel cuerpo atlético. Sus músculos esculpidos, repletos de vigor masculino, y un sensual ritmo que se acoplaba a la perfección a la cadencia salvaje de sus movimientos, me tenían completamente cautivada. El sudor perlaba la piel bronceada de un hombre del que sólo conocía su retaguardia.

—¡Despierta, Eva! —escuché decir en un susurro a mi lado—. Veo que te has quedado anonadada con mi compañero de piso y su «amiguita», pero no creo que quieras que nos pillen espiándoles. Ya hemos visto bastante, salgamos de aquí.

—No, claro —contesté con el rubor prendido en mis mejillas—. Tienes razón, Noemí, mejor nos marchamos.

Recorrimos en silencio los escasos metros que nos separaban de la puerta de la calle, andando de puntillas para no llamar la atención sobre nuestra presencia. La fogosa pareja seguía dando cuenta de sus impulsos más ancestrales en la mismísima encimera de la cocina y nosotras no habíamos pagado entrada para disfrutar de aquel espectáculo.

¡Y menudo espectáculo! Cuando Noemí me comentó la posibilidad de alquilar una habitación en su piso compartido no esperaba semejante recibimiento. ¡Guauuu!

Mejor comencemos por el principio. Mi nombre es Eva Torres y soy originaria de un pequeño pueblo de la provincia de Toledo. En la ciudad imperial estudié Comunicación Audiovisual y, tras acabar la carrera, realicé algunas prácticas en pequeños medios de prensa, nada excesivamente relevante. Hasta que se me presentó una gran oportunidad que no podía desaprovechar, dada mi inexperiencia profesional hasta ese momento.

La conocida revista de sociedad, moda y cultura *Women Style* organizó un concurso para encontrar nuevos talentos. Les gustó mi carta de presentación y la resolución que ofrecí para los retos planteados en su concurso online. El premio: una plaza de asistente editorial en sus oficinas centrales.

Y ahí radicaba el primer y más importante escollo para mi despegue en el mundo del periodismo actual, la ubicación de la central de *Women Style*, la nueva cabecera de vanguardia en el tercer milenio: Barcelona.

Y no es que no me gustara la idea de olvidarme de la sociedad cerrada y casi medieval de un pequeño pueblo de la Mancha. Al contrario. Estaba más que harta de que cualquiera de mis conciudadanos supiera todos los detalles de mi vida, y encima se creyeran con derecho a opinar sobre ellos. Vecinas que sabían si entrabas o salías, a qué hora te levantabas o te acostabas y, sobre todo, con quién te relacionabas. Un ambiente asfixiante que estaba deseando dejar atrás.

Durante los estudios universitarios iba y venía todos los días desde la facultad a casa, ya que me separaban pocos kilómetros de Toledo. Y, por supuesto, había visitado en numerosas ocasiones Madrid con familiares o amigos. Pero la capital siempre me había agobiado un poco, debido al tráfico y a la aglomeración de gente; sobre todo en diciembre, cuando mis padres se emperraban en ir al centro para sus compras navideñas. Un caos generalizado en el que no me podía imaginar verme envuelta a diario, por mucho que quisiera escapar de mi jaula rural.

Acababa de cumplir 23 años y no había visto mucho mundo, ésa era la realidad. Me creía una

mujer de mi tiempo, pero todavía no estaba del todo preparada para lo que me sucedería meses después en Barcelona, una ciudad que cambiaría mi vida para siempre.

Así que, después de mucho pensarlo y discutirlo con mis padres, decidí aceptar el trabajo. El sueldo no era una maravilla, y menos para vivir en una ciudad tan cara como Barcelona. Yo sólo quería ver mundo, escapar del yugo paterno y disfrutar de la vida. La juventud se pasaba deprisa y yo quería experimentarla a tope, disfrutar de ella. Aunque nunca sospeché que llegaría a experimentarla de esa manera.

Afortunadamente, mi padre tenía unos primos carnales que vivían en Barcelona. Una pareja cincuentona que no había tenido hijos, y que estarían encantados en acoger a su familiar durante una temporada, por lo menos hasta que me hiciera a la vida en la Ciudad Condal y pudiera buscarme otra cosa.

Días después me presenté en su casa, situada cerca del Camp Nou, en un barrio bastante acomodado de la ciudad. Santiago y Consuelo formaban una pareja algo peculiar por lo que pude ir atisbando en aquellos primeros días. Oriundos también de Toledo, emigraron a Cataluña treinta años atrás y empezaron a progresar poco a poco. Santiago era un reputado industrial y su mujer se dedicaba a tareas filantrópicas. Enseguida me di cuenta de que me habían acogido a regañadientes, sólo por hacerle un favor a mi padre. Un matrimonio conservador que me miraba por encima del hombro sin disimulo alguno, una actitud que no estaba dispuesta a consentir durante mucho tiempo.

Como yo no quería ser un estorbo para nadie, decidí comenzar a buscarme un piso propio. Los precios eran prohibitivos para mi salario mensual, de por sí bastante reducido al haber firmado un contrato de formación durante mi primer año en la revista. Me aseguraron que si trabajaba duro, el contrato se revisaría al alza una vez transcurrido ese primer año. De ese modo pasaría a formar parte de la plantilla como editora júnior con un contrato indefinido, un salario bruto acorde con el puesto y unas retribuciones variables que eran la envidia del sector.

Tuve entonces que bajar el listón y comenzar a buscar pisos compartidos para alquilar una habitación. Siempre había vivido en el hogar familiar, por lo que se me hacía bastante cuesta arriba meterme en el primer sitio que encontrara. Había escuchado auténticas barbaridades sobre los compañeros de piso de algunos amigos de la facultad, y con mi suerte tenía casi asumido que mi caso no sería muy distinto.

—Eva, tengo trabajo para ti —aseguró Marta, mi jefa directa.

Me acerqué corriendo a su mesa y enseguida comprobé que se trataba de tareas rutinarias. Aparte de hacer fotocopias y llevar cafés, todavía no había podido demostrar mi valía en la revista. Y eso que Marta era una tía competente con la que no me llevaba mal, aunque de momento no confiaba en mí demasiado. Tenía pinta de pija engreída y reprimida, y esperaba que poco a poco relajara algo su gesto conmigo.

Aunque siempre he sido una mujer tímida para ciertos temas, a morro no me ganaba nadie. Y si había que lanzarse, pues allá que iba la primera. En casa tengo dos hermanos mayores y nunca me lo pusieron fácil, así que mi genio fue desarrollándose con el tiempo, al igual que mis habilidades innatas para salir del paso y solucionar cualquier problema que se me presentara.

Me hice amiga de los diseñadores y maquettadores de la revista, asegurándoles que controlaba de Photoshop y herramientas análogas. Nunca fui una experta, pero además del curso que había hecho en una academia de prestigio, siempre me gustó trastear por mi cuenta. Así que Marc y Josep me adoptaron como su mascota, y me dejaban ayudarles con sus tareas cuando mi jefa no estaba en la oficina, que era bastante a menudo.

Y gracias a ellos conocí también a Noemí, una de las informáticas de la empresa. En un mundo de hombres, ella era la auténtica friki. No había asunto técnico que no controlara y, si no sabía de algo, se ponía a investigar por su cuenta. Yo siempre he sido un desastre para esas cosas, pero curiosamente nos caímos de fábula desde un principio. Noemí era un auténtico mirlo blanco que no se había marchado a alguna empresa más grande porque allí se encontraba a gusto, aunque a las dos semanas de entrar yo en la revista me confesó que tenía un pequeño problema.

—Vaya faena, Paul se marcha a su tierra durante un tiempo indefinido y no sé qué voy a hacer yo ahora —me dijo mientras tomábamos un café a media mañana.

—Lo siento, Noemí. Espero que sea por trabajo y vuelva pronto a tu lado —comenté por animarla, desconociendo el tipo de relación que llevaban.

Por lo visto, Paul era un fotógrafo freelance que colaboraba de vez en cuando con nuestra revista. De origen irlandés, era un enamorado de España y llevaba ya algunos años viviendo en Barcelona. Se trataba de un hombre algo bohemio con miedo al compromiso, según me confesó Noemí, y por eso ella temía que no regresara.

—Ya sé que es una oportunidad para él organizar esa gran exposición en Dublín, pero no me fío de esas lagartas pelirrojas. Apuesto a que me lo quieren quitar —dijo mi nueva amiga.

—Tranquila, seguro que Paul está aquí de nuevo mucho antes de lo que te piensas.

—Ojalá tengas razón. Encima me deja con un pufo importante. Él pagaba un tercio de los gastos del piso compartido en el que vivimos, pero ahora me tocará buscar a alguien para poder asumir el alquiler y demás. Y me da mucha pereza...

Los ojos se me iluminaron nada más escuchar esta frase. Comencé a esbozar una ligera sonrisa mientras miraba detenidamente a Noemí, esperando que saliera de ella. ¡Por fin podría salir de casa de mis primos!

—¿Qué te pasa, Eva? —preguntó confundida—. Esa sonrisa extraña y esos ojos mirándome tan fijamente me están dando muy mal rollo, ja, ja.

—Pero Noemí ¿no te das cuenta?

—¿Cuenta de qué? Lo siento, guapa, últimamente ando algo empanada. Me tendrás que perdonar, no te entiendo...

—Vale, a ver si ahora me captas. ¿A quién conoces, recién llegada a la ciudad, que busca desesperadamente un sitio donde alojarse? Te daré una pista: es una chica muy maja, limpia, sencilla, ordenada, no fumadora y muy, muy responsable...

—¡Joder, soy idiota! —exclamó alborozada—. Perdona, ni había caído. Aunque la verdad, no sé yo si querrías vivir con nosotros. Mi otro compañero de piso es algo peculiar.

—Ya será menos, no me asusto tan fácilmente —repliqué muy segura de mí misma, sin saber en el lío en el que me iba a meter.

—Bueno, bueno, ya lo verás por ti misma. Mejor quedamos a la salida de la oficina, nos tomamos algo y te lo cuento con calma.

—Ok, por mí estupendo. Nos vemos entonces a la salida. *Ciao*.

Regresé a mi sitio algo más contenta, esperando que llegara la hora de marcharnos para hablar más tranquilamente con Noemí. Mi jefa me pilló despistada en más de una ocasión durante aquella jornada, y eso que yo todavía ignoraba las consecuencias de aquella conversación con la informática. Quizás si me hubiera estado calladita...

El bueno de Marc, que se rumoreaba tenía sus más y sus menos en el plano sentimental con alguien de la revista, quiso conocer más de mi trabajo y me pidió que le enviara algún artículo que hubiera publicado, o algo en lo que estuviera trabajando. Decía que yo tenía mucho

potencial, y que no debía permitir que me tuvieran todo el año efectuando labores de becaria.

Naturalmente, le agradecí el gesto y le pase varios escritos: algunos viejos artículos publicados en la facultad, otros que salieron en medios digitales de mi provincia y un pequeño reportaje en el que trabajaba en mi tiempo libre, un artículo sobre las desigualdades sociales a raíz de la crisis económica. No tenía muchas esperanzas en lo que pudiera hacer por mí un maquetador, pero tampoco quería quedar mal con él.

Por fin terminó aquella tarde tan soporífera y pudimos abandonar la oficina. Noemí me esperaba en la puerta de la calle con cara de circunstancias. Quizás se lo había pensado mejor y se estaba arrepintiendo de haberme comentado lo de su piso. Me pareció algo normal. Yo era una pipiola recién llegada del pueblo y ella una mujer hecha y derecha —rondaba la treintena—, con varios años de experiencia profesional y un bagaje personal que ya quisiéramos muchas.

—Te veo un poco seria, Noemí, espero que no haya ningún problema —dije para romper el hielo al ver su rictus.

—No es nada, no te preocupes. Es sólo que he tenido una pequeña bronca con Paul por teléfono hace un rato y no estoy para muchas historias.

—Bueno, pues ya hablaremos otro día, no pasa nada. Mejor nos vamos a casa y descansamos. Mañana lo verás de otra manera, ya lo verás.

—De eso nada, monada. Tú y yo nos vamos ahora mismo a un garito muy *chic* que han abierto cerca de mi casa, en el *Eixample*. Ya sabes, un *after work* de esos tan típicos en la Gran Manzana. Nos tomamos un *Cosmopolitan* o lo que surja, te cuento un poco lo del piso y de paso me desahogo con alguien diferente.

—Vale, por mí encantada —contesté con disimulo. En mi pueblo no existían ese tipo de establecimientos y no quería quedar como una palurda, así que le seguí el rollo.

Noemí poseía un Mini Cooper, aparcado en una de las pocas plazas de garaje que nuestra empresa tenía asignadas en el sótano del edificio de oficinas. Se notaba que estaba bien considerada en la empresa, se trataba de un activo importante y era tratada con deferencia por los jefazos. Veinte minutos después encontrábamos un hueco para su coche a escasos metros del local en cuestión, por lo que ni siquiera tuvimos que dar muchas vueltas en aquella calurosa tarde del mes de junio.

—Bueno, pues ya estamos aquí. ¿Qué te parece el local? —preguntó Noemí nada más sentarnos en unos taburetes altos e incómodos.

—Está chulo el sitio, me gusta. Se nota que aquí viene gente con clase —contesté como una imbécil al fijarme en la clientela del *Barney's*, el nombre de un garito que no pensaba frecuentar por mi cuenta y riesgo.

Había mentido a sabiendas, ya que aquel tugurio no me hizo demasiada gracia. Muy frío e impersonal, con una decoración minimalista en tonos blancos y negros que no me resultaba para nada acogedora. Metal por doquier, cuadros ultramodernos de esos que no entiende nadie y unos parroquianos bastante alejados de mis amigos de Toledo. Mejor cerraba la boca para no meter más la pata delante de mi nueva amiga.

—Sí, se ha puesto muy de moda. Como verás está lleno de ejecutivos que acaban de salir de trabajar y se quieren tomar la primera como paso previo a una noche loca o simplemente relajarse un poco antes de volver a casa. Aquí también puedes ver a algún actor e incluso me han dicho que viene a menudo algún jugador del Barça.

—Ah, muy bien —contesté por decir algo. De actores sabía algo más, pero de futbolistas la verdad era que no tenía ni idea, ni tampoco me interesaban demasiado. Decidí atacar yo primero,

no se me fuera a escapar viva Noemí—. Bueno, me tienes en ascuas. ¿Cuál es el secreto inconfesable de ese pisito en el que vives?

—Veo que no se te ha olvidado —replicó Noemí con una sonrisa—. Tranquila, el piso está muy bien. De hecho es casi un chollo. Se trata de un ático reformado con más de cien metros cuadrados, tres habitaciones, un salón grande, cocina, dos baños y una terraza espectacular sobre un esquinazo en este mismo barrio, muy cerca de aquí. Y como el contrato tiene cláusulas antiguas, no nos pueden subir la renta. Si lo pagamos entre tres personas te sale una cuota mensual de 250 euros más gastos.

—¡Madre mía! —exclamé anonadada—. ¡Pero si es una ganga! Imagino que ese piso pueden alquilarlo por el doble si quieren.

—Claro, de ahí el chollo. El contrato está a nombre de un familiar mío y con alguna argucia legal que no viene a cuento, yo me hago cargo de él desde hace tiempo y no me pueden subir la renta, que es de 750 euros al mes. El edificio es antiguo pero lo rehabilitaron hace poco, y el piso por dentro fue reformado en el año 2010, está impecable. Además, tienes derecho a cocina, televisión en cada cuarto y conexión a Internet de alta velocidad. Y una terraza de la que te vas a enamorar en cuanto la veas...

—Pero entonces, no lo comprendo. ¿Cuál es el problema?

Noemí me miró con rostro serio, sopesando su respuesta. Yo no entendía aquel misterio, ni qué le podía ocurrir al piso o a sus inquilinos. Cualquiera en mi situación mataría por poder alquilar una habitación en esas condiciones. En un piso de lujo, en uno de los barrios de moda de la ciudad, y a dos pasos de todo: el centro, la playa, el trabajo y las zonas de ocio. Un auténtico chollazo.

—El problema se llama Enrico Manfredi, ese es el fallo que tiene el piso. Paul y yo compartíamos piso con él, y ahora que Paul se ha marchado no sé qué hacer con este chico.

—Hombre, no sé cuál será la situación legal, pero si el contrato está a tu nombre y no quieres tenerle de compañero, imagino que podrías encontrar fácilmente otras personas interesadas en vivir allí, ¿no?

—Verás, es un poco más complicado que todo eso.

Noemí me contó toda la historia. Por lo visto el italiano y Paul eran amigos desde hacía varios años. Enrico había tenido algún tipo de problema personal y Paul le rogó a Noemí para que pudiera compartir piso con ellos ya que no tenía dónde ir. Después mejoró su situación económica, pero el italiano nunca abandonó un piso en el que estaba tan a gusto. Y a Noemí no le caía excesivamente bien, según me confesó finalmente.

—No es mal chico, aunque no me gustan los ambientes que frecuenta. Además, con Paul se cortaba algo más, pero ahora... Presiento que estando a solas conmigo, o incluso contigo o cualquier otra compañera femenina que llegara al piso, podrían empezar los problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —pregunté algo asustada.

—Tranquila, no es peligroso ni nada de eso. Simplemente es que es un animal sexual y se cree que todas las mujeres tenemos que caer rendidas a sus pies. Va de divo, aunque en el fondo yo creo que es sólo una pose para esconder su inseguridad innata.

—Ah, vale, creía que era otra cosa. El típico italiano que se cree que está estupendo y da la brasa a todas las chicas. Ya me he enfrentado a ellos en Torremolinos, no hay problema. Y creo que tú también sabrás mantenerlo a raya. Y si se pone tonto, le amenazas con echarle y punto.

—Ya te digo que es más complicado que todo eso. Paul y yo..., bueno, es una larga historia. Digamos que Paul le debe una y yo lo estoy pagando por él, aunque mi maldito irlandés esté a

miles de kilómetros de aquí. Ah, y en cuanto a lo de que Enrico se cree que está estupendo, es la verdad. No sólo que se lo cree, sino que lo está...

—No será para tanto, tampoco voy a caer rendida a sus pies según lo vea aparecer —repliqué con aplomo.

—Yo no estaría tan segura. Es un tío guapo a rabiar, está buenísimo y sabe tratar a una mujer. De hecho, lo más normal es que suba una diferente cada noche a casa. A mí no me gusta ese tipo de actitud, pero llegamos a un acuerdo tácito en su tiempo y ahora no me atrevo a romperlo.

—Vaya, ahora me has picado la curiosidad —afirmé rotunda—. No te preocupes, si ése es el único problema del piso, yo me postulo como compañera tuya. ¿Tengo que rellenar alguna instancia?

—Bueno, mejor te cuento algo más de este tipo, no quiero que salgas corriendo en la primera semana si decido que te vengas al ático con nosotros. No me gusta cambiar de compañeros tan a menudo y a ti te estoy cogiendo cariño, eres casi como la hermana pequeña que nunca tuve. Veamos...

Noemí comenzó a contarme detalles sobre su compañero de piso. Por lo visto el tal Enrico era de origen florentino, un niño bien que había discutido con sus padres por motivos que mi nueva amiga desconocía. Renunció a la asignación paterna —al parecer su familia tenía más de una villa en la Toscana—, y se largó de su país en busca de aventuras con tan sólo veinte años.

—Es un tío muy educado pero tiene esa mirada peligrosa, ya sabes, como de haber vivido mucho; esos ojos profundos con los que te atraviesa, avisándote de que no te puedes descuidar de un momento si no quieres caer en la perdición. Una mezcla extraña de príncipe azul y maleante de los bajos fondos, un canalla de sonrisa dulce y franca con cara de no haber roto un plato en su vida y, a la vez, con el gesto inequívoco de alguien que sabe muy bien lo que se trae entre manos. No sé si me explico con claridad.

—Quizás demasiada. Y por lo que intuyo al escuchar tus palabras le conoces demasiado bien, o has sufrido en tus propias carnes la ambivalencia del Maquiavelo italiano.

—Bueno, yo no diría tanto. O sí, tal vez tengas razón. Bueno, el caso es que no me fío de él, y lo sabe. Mantenemos las distancias sin llegar a ser fríos el uno con el otro y eso que hemos tenido más de una trifulca —aseguró.

—Ya veo...

Noemí me contaba todo aquello con las mejillas arboladas, casi con pasión en sus frases y sus gestos al describirme al bello italiano. O mucho me equivocaba, o aquel efebo la había hecho daño en más de un sentido. No era un asunto de mi incumbencia, y tampoco me afectaba para empezar a vivir en el piso con ellos dos. Aunque si las chispas empezaban a saltar entre ellos, ya fuera por tirarse los trastos a la cabeza o por arreglar sus diferencias en la cama como buenos mediterráneos, tal vez la presencia de una extraña en su vida no fuera lo más apropiada en esos momentos.

—Perdona, Noemí, yo no quiero ser un estorbo. Quizás primero debáis arreglar vuestras diferencias y después buscar un compañero de piso. Creo que tendríais que hablar entre vosotros y aclarar la situación antes de involucrar a una tercera persona.

—Tranquila, no pasa nada. Nos llevamos bien, sólo te estoy poniendo sobre aviso. No quiero que el Don Juan de la Toscana te apabulle con su imponente presencia y te deslumbre nada más llegar. No es oro todo lo que reluce, sólo eso.

—No, si al final querré conocer a ese tío más de lo que había previsto —afirmé entre

sonrisas.

—Soy idiota, al final será culpa mía si te sucede algo. El pecado de lo prohibido siempre nos tira, es algo innato a nuestra naturaleza. Tranquila, sólo quería que fueras con cuidado. No me apetece que mi colega te meta en su cama a la menor oportunidad, te dé la patada al día siguiente y tengamos que convivir los tres en una situación un tanto violenta. Sólo eso... —aseguró algo triste.

—Me ha quedado claro, tú tranquila. En estos momentos quiero centrarme en mi nuevo trabajo, encontrar un hogar y aclimatarme a la ciudad. No tengo tiempo ni ganas de buscar ningún rollo con tíos, por lo menos de momento.

—Ok, ya veremos si dentro de unas semanas opinas lo mismo —contestó casi con resignación.

Seguía sin convencerme la actitud de Noemí, quizás había algo más detrás de todo aquel alegato. Yo necesitaba un lugar dónde vivir y aquella parecía una buena oportunidad, pero no quería meterme en medio de nada.

Noemí aseguró que Enrico era un compañero ideal en otros aspectos de la convivencia diaria: limpio, ordenado, sabía cocinar y no daba mucha guerra, excepto cuando se subía a casa a alguna espectacular belleza que hubiera conocido en la noche barcelonesa.

—Te lo aseguro, Eva, no sé de dónde las saca. En ocasiones he estado incluso tentada de unirme a la fiesta, le he visto con chicas de una belleza deslumbrante.

—Pero tú quieres, digo..., no sé, perdona, ¿a ti te gustan...? —aventuré como una auténtica paleta.

—No, ¡qué va! Era broma, mujer —contestó con un gesto que no supe discernir en ese momento—. Lo que quería decir es que el muchacho tiene buen gusto a la hora de elegir compañeras de lecho. Y te aseguro que cuando viene con alguien lo escucha medio vecindario, suele ser algo escandaloso. El resto de la semana casi ni coincido con él.

—¿Y eso?

—Buff, sus horarios son criminales. Suele trabajar de noche, dormir por la mañana y por las tardes se marcha al gimnasio o vegeta en el sofá, va por rachas. Y los dos días que tiene libres a la semana los suele aprovechar bien, te lo aseguro.

—¿En qué trabaja, si puede saberse? —pregunté ya curiosa por aquel personaje que pretendía fuera mi nuevo compañero de piso.

—En la noche, de ahí no le sacas. Por eso te decía que no me gustan sus compañías: portero de discoteca, relaciones públicas, bailarín, camarero, DJ y yo creo que hasta gigoló si se tercia. La verdad es que prefiero no saberlo. Él paga sus facturas a tiempo y yo no pregunto nada más. Ojos que no ven, corazón que no siente.

—¿En serio? —inquirí cada vez más alucinada.

Noemí me miraba como si yo fuera un pobre pajarillo que hubiera caído en una telaraña difícil de atravesar. Seguramente pensaba que me estaba dejando deslumbrar por la historia fascinante de aquel trotamundos con cara y cuerpo de ángel. Resopló a conciencia, tal vez para intentar enfocar el tema de otra manera. Y es que ambas sabíamos que su discurso no me había asustado. Al contrario, cada vez tenía más ganas de conocer al señor Manfredi...

—No me hagas caso, me gusta gastar bromas de vez en cuando—respondió con un rostro serio que no cuadraba con su afirmación—. Bueno, por lo menos yo he sido honrada y te he puesto en antecedentes. Ahora depende de ti.

—Yo estoy dispuesta a arriesgarme, no creo que sea tan malo. Además, nosotras también

trabajamos muchas horas y algunos fines de semana me marcharé al pueblo, no creo que haya mayor problema. Así que sólo queda una cosa.

—¿El qué? —preguntó Noemí algo confundida.

—Conocer el piso y a su famoso ocupante, ¿no?

—Claro, perdona. El piso te lo puedo enseñar ahora si te viene bien y después ya hablaríamos de las condiciones.

—Por mí perfecto, no hay problema. En cuanto a tu compañero... —insinué con menos disimulo del que debía haber utilizado.

—Creo que de momento tendrás suerte y no coincidiréis. Hoy es su día libre y me dijo que seguramente tendría cosas que hacer y no pasaría por casa. Eso suele suceder a veces, que no venga a dormir una o dos noches de vez en cuando. Antes me preocupaba más, pero ya es mayorcito para hacer lo que le venga en gana. No soy su *mamma* italiana, que se cuide solo.

—Claro, ya te entiendo. Genial, si te parece podemos acercarnos ahora, a mí me viene bien.

—Sí, por supuesto, es un buen momento. Vamos, el piso está a cinco minutos de aquí, creo que te va a gustar.

Salimos a la calle y comenzamos a caminar por aquellas aceras que empezaban a llenarse de gente. Se acercaba la noche de San Juan, por lo visto uno de los momentos mágicos del año en Barcelona, una jornada que barceloneses y visitantes esperaban con ilusión. Y esa ilusión se transmitía en los rostros de los transeúntes con los que nos cruzábamos, ajenos a nuestros problemas, quizás esperando que llegara por fin el tan ansiado verano.

Cinco minutos después, tal y como predijo Noemí, nos encontramos ante el portal de la que esperaba fuera mi nueva vivienda. La rocambolesca historia del italiano me había descolocado al principio, pero en el fondo sólo esperaba poder hacerme con aquel chollo, siendo una de las inquilinas de un ático de ensueño.

¿A quién quería engañar? Noemí había asegurado que Enrico no estaría en casa, pero yo deseaba que se equivocara en su apreciación. Notaba mi corazón acelerado y aunque el bochorno se había adueñado de la ciudad, no podía acusar al tiempo atmosférico de mi acaloramiento en aquellos precisos instantes. Quería conocer al italiano. No, más bien lo necesitaba...

Mi mente desvariaba en mil y una aventuras surrealistas, imaginándome junto a un guapo y macizo ejemplar masculino que se desvivía carnalmente por mí, entregándome sus dones más lujuriosos en un festival orgiástico sin principio ni final. Una pasión arrebatadora en la que yo sería la protagonista principal de una historia de dos o tres rombos.

Sí, lo tenía que admitir. Pensar en aquel encuentro me había sacado de mis casillas. Notaba las mejillas encendidas tras la conversación con Noemí y algo más. O mucho me equivocaba o tendría que ducharme nada más llegar a casa y no sólo por el sofoco generalizado. Y es que la humedad que empezaba a adueñarse de mí no tenía que ver sólo con el sudor.

Era una niñata, me dije. Alucinada ante la primera historia que me contaban en aquella ciudad cosmopolita. Y eso que todavía no había conocido al susodicho. Noemí tenía razón, con poquito iba. Si sólo con aquella charla estaba tan alterada, ¿qué me podría ocurrir? Si aquel hombre era realmente un canalla de la peor especie, lo iba a pasar muy mal, y yo no quería que me hicieran daño.

«¡Al cuerno con los pensamientos negativos!», me dije mientras subíamos los escalones de los cinco pisos que nos separaban de lo que yo ya imaginaba como la casa del placer. Mi mente calenturienta desvariaba y ni siquiera había pestañeado al ver a Noemí subir las escaleras, dejando a un lado el vetusto ascensor. Luego no me extrañaba que tuviera ese culo, duro como

una roca. Yo no iba a ser menos, que para eso era bastante más joven. Eva, que no se diga...

Mi cerebro seguía a lo suyo mientras, ahora sí, rompía a sudar ante el Everest en forma de escalones. ¿Cuándo narices se acababa aquello? Por mí bien esperaba que Enrico no estuviera en casa, iba a entrar en mi nuevo hogar hecha un auténtico asco y sudando a mares.

¿Sería de verdad tan alucinante mi nuevo compañero? ¿Bailarín, DJ o gigoló? ¡Dios mío, eso era demasiado! Yo seguía a mi aire, sin fijarme siquiera que ya daba por supuesto que aquella sería mi nueva casa, antes incluso de obtener el beneplácito de Noemí.

Por fin llegamos al último piso de aquel precioso edificio en el que no me había fijado demasiado: techos altos con frisos, colores pastel en paredes, ventanas luminosas y una escalera regia antes de llegar al espacioso descansillo de la quinta planta. A la izquierda aparecía una desgastada puerta de roble añejo y a la derecha una más moderna, blindada y con acabados en haya, que parecía ser la entrada directa al famoso ático.

—En el A no vive nadie —informó Noemí al ver la dirección de mi anterior mirada—. Los dueños fallecieron y sus hijos viven en el extranjero, o eso creo, así que no pasan mucho por aquí. Mejor, todo el rellano para nosotros solos.

Asentí con la cabeza mientras Noemí daba las cuatro vueltas de llave que necesitaba para acceder a su inmueble. Al instante siguiente entró, encendió la luz de lo que parecía un pasillo o la entrada principal, y me invitó a pasar.

—Adelante, Eva, estás en tu casa. Tenía la llave echada, así que me parece que el bueno de Enrico no ha aparecido hoy por aquí. Aunque, espera un momento... —dijo mientras se llevaba un dedo a los labios en el universal gesto de silencio.

—¿Qué ocurre? —pregunté angustiada con un hilo de voz.

—No creo que sea nada, no te preocupes. De momento quédate aquí, voy a ver —contestó Noemí en un susurro. Entonces, cogió con fuerza un cenicero pesado de alabastro del mueble situado en la entrada, y avanzó por el pasillo del modo más sigiloso posible.

¿Qué estaba sucediendo? El pánico se apoderó de mí por unos instantes. Si Enrico no estaba en casa, quizás hubiera entrado algún ladrón en el piso mientras los inquilinos se encontraban fuera. Noemí se había hecho la valiente y tal vez cometiera una estupidez. Debíamos salir de allí enseguida y avisar a las autoridades. De lo contrario...

De pronto escuché un gemido apagado y me asusté de verdad. Noemí había girado a la derecha al llegar al fondo del pasillo y en ese momento desconocía su ubicación exacta. Tal vez el asaltante la había golpeado a traición y ella se encontraba tendida en el suelo, retorciéndose de dolor. Entonces mi furia castellana salió a relucir, aun sabiendo que era una completa equivocación.

Me adentré en la casa siguiendo los pasos de Noemí. Al girar en el recodo casi me choco con ella, que se encontraba agachada tras un sofá de tres plazas. Al parecer había llegado al salón principal, sin llegar a comprender lo que sucedía hasta que mi amiga me cogió del brazo con fuerza y me obligó a agacharme junto a ella.

—Pero ¿qué demonios...?

Noemí abrió mucho los ojos, apremiándome para que me callara de una maldita vez. Era una inútil, ella había descubierto a los asaltantes y se escondía para no ser descubierta. Y yo llegaba como un elefante en una cacharrería, dispuesta a jorobar su plan. Si es que tenía uno, claro, porque aquella situación resultaba casi desesperada, nos iban a pillar.

Me quedé en cuclillas tras el sofá, pero la curiosidad pudo más que mi miedo. Además, seguía escuchando aquellos gemidos apagados y no sabía de dónde podrían proceder. Miré a mi

compañera, también agachada, y descubrí un gesto algo más relajado en su rostro. Yo cada vez entendía menos de aquella situación. Así que me incorporé ligeramente y asomé la cabeza unos centímetros por encima del sofá.

Miré a mi derecha y distinguí un gran cuadro de Nueva York colgado en la pared, sobre un aparador de madera. Después, más a la izquierda, el mueble principal repleto de estanterías con libros y una enorme televisión de plasma en su centro. Más allá se encontraban dos sillones orejeros y en la esquina una mesa de comedor con cuatro sillas. Y entonces lo vi.

En la pared opuesta a dónde nos encontrábamos encontré el origen de nuestros desvelos. La cocina se encontraba pegada a ese lado del salón y los dueños del piso quisieron unir ambas piezas del inmueble abriendo un hueco en el tabique, al modo de los restaurantes. Así que mirando por aquel cuadrado de un metro de lado podíamos vislumbrar perfectamente lo que sucedía en una cocina iluminada por dos fluorescentes.

Desde mi posición no podía ver a la perfección toda la escena, pero me pude hacer rápidamente una composición de lugar. Un hombre con el torso desnudo, vestido simplemente con unos pantalones cortos, se encontraba de espaldas a nosotras, buscando algo en el interior del frigorífico abierto. A su lado, sentada encima de la encimera, divisé a una mujer ataviada con una simple camiseta que no le cubría mucho más allá de sus vergüenzas.

De pronto el hombre cerró la nevera y se giró con movimientos sensuales, casi felinos. En sus manos llevaba un bol con algún tipo de contenido. Cogió entonces uno de esos desconocidos ingredientes y se lo ofreció a ella, que abrió la boca con un gesto lascivo. Él jugueteó con los labios carnosos de la chica, mientras ella mordisqueaba lo que parecía ser una fresa de buen tamaño, o quizás una cereza. Entonces el hombre depositó el bol repleto de fruta, justo al lado de la muchacha, y en un gesto casi hipnótico se puso de rodillas entre sus piernas.

La joven cogió otra pieza de fruta y siguió lamiéndola con descaro, mientras arqueaba su cuerpo, dispuesta para ofrecérselo a aquel hombre. Él la cogió por las caderas y la atrajo hacia su rostro, instantes antes de comenzar a succionar la esencia que tanto anhelaba.

Yo no sabía dónde meterme, mientras Noemí tiraba de mí para que me agachara. Me había quedado embobada mientras Enrico —imaginaba que sería él, quién si no— lamía y chupaba de un modo enloquecedor a aquella mujer que se mordía la mano por no gritar de puro placer. Hubiera dado lo que fuera por estar sentada en aquella encimera...

Noemí me pegó un empujón, acuciándome para que volviera a mi posición anterior o, mejor aún, que desapareciéramos de allí antes de que nos descubrieran. Pero ya era tarde. En ese momento la chica se convulsionó, presa de un orgasmo feroz, y abrió los ojos de par en par ante la violencia desatada en el interior de su cuerpo.

—¡Joder, Rico, eres la leche! —suspiró la muchacha mientras me miraba con descaro—. Pero si empiezas tienes que terminar, *caro mío*...

—Ummm... —gruñó con voz gutural Enrico mientras bajaba a su *partenaire* de la encimera.

El italiano colocó a la mujer contra el frigorífico, atrapándola entre su cuerpo y la fría puerta del electrodoméstico. Ella gimió de gusto y siguió mirando en nuestra dirección, al parecer animada por tener público. Me sentía una auténtica *voyeur*, sin poder apartar la vista de aquella escena mientras escuchaba refunfuñar a Noemí.

Enrico devoraba con fruición los labios de la chica, mientras sus poderosas manos se perdían en el interior de aquella camiseta desvaída. La muchacha le increpaba, juguetona, y se restregaba contra su cuerpo buscando algo más. Y el italiano no pensaba dejar escapar a aquella presa tan apetecible.

Entonces le dio la vuelta con un solo movimiento, pegándose junto a su culo, medio tapado sólo por la camiseta de hombre. Ella contoneó las caderas, provocándole, y Enrico no se le pensó dos veces. Había llegado el momento de satisfacer sus deseos.

En un visto y no visto se quitó el calzón corto que llevaba. Al girarse un instante pude vislumbrar el poderío de una erección que amenazaba con explotar. Pero su dueño tenía otra idea mejor. De un certero golpe, tras abrir las cachas del culo de la chica, la empaló desde atrás en un solo movimiento.

El grito de placer de ella pareció ser debido a una mezcla de dolor y sorpresa ante la brusquedad de la acometida. Y cuando Enrico comenzó a bombear con toda su potencia, la joven arrancó a chillar sin encomendarse a nadie.

—Así, Rico, dame más fuerte. ¡Sí, sí, no pares! ¡Dios mío, me vas a romper!

—Nena..., yo, ummm.

—Sigue, sigue, fóllame como tú sabes...

Enrico aceleró el ritmo al acercarse a su meta, apremiado por la voz anhelante de su pareja. Despegó su pecho de la espalda de ella y con la mano izquierda agarró fuerte su melena rubia. Ella gritó de nuevo y él la volvió a sorprender con unos azotes propinados con la otra mano en su trasero enrojecido. Dejó la mano derecha en su cadera y apretó los dientes, bombeando a una velocidad que no podría aguantar por mucho tiempo. Y de pronto ambos estallaron en un éxtasis simultáneo que derrumbó las pocas defensas que les quedaban en pie.

Era hora de salir de allí con discreción. Así que obedecí a una Noemí risueña, según me pareció vislumbrar en la penumbra, y regresamos por el mismo camino que habíamos recorrido minutos antes.

Anduvimos agachadas hasta llegar al pasillo, nos incorporamos entonces y llegamos por fin a la puerta de la calle. Noemí apagó la luz que se había quedado encendida y se hizo el silencio, aunque en la lejanía podíamos escuchar el sonido apagado de respiraciones intentando regresar a la normalidad.

La dueña del piso abrió la puerta con delicadeza, mientras yo seguía a cien por hora. Notaba los pezones duros como rocas, clavándose contra mi blusa. ¿Me los había tocado mientras contemplaba aquel polvo salvaje? No lo podía recordar en ese momento, la escenita había nublado por completo mis sentidos.

¡Qué vergüenza! Noemí queriendo sacarme de allí y yo parada como una estatua, admirando el panorama. A saber lo que pensaría la informática, no iba a querer vivir con una degenerada como yo.

Salimos al rellano y Noemí cerró la puerta con fuerza, quizás queriendo avisar a los fogosos amantes. Yo la interrogué con la mirada, y ella lo admitió.

—Pues sí, que se jodan. Ya le he dicho mil veces a Enrico que no me gusta que suba a nadie a casa, y menos que se apodere de las zonas comunes de ese modo. Esto se va a acabar, y más si vamos a tener una nueva compañera de piso. Perdóname, Eva, te lo tendré que enseñar otro día.

—No te preocupes, ya lo veré con calma en otro momento —contesté todavía con las pulsaciones alteradas, sin contar con la poco engañosa humedad que cubría mi ropa interior.

Capítulo 2

La confirmación

Un rato después llegué al piso de los primos de mi padre, que afortunadamente habían salido fuera a cenar. No me apetecía cruzarme con nadie en mi estado, todavía bastante revolucionado. Durante todo el trayecto desde el ático de Noemí hasta mi casa no había podido quitarme de la cabeza la escena presenciada, casi como si estuviera metida en una película pornográfica.

Noemí se lo tomó a chufra y no me echó en cara mi atrevimiento. Al contrario, se rio cuando salimos del portal, y casi me pidió disculpas ella a mí por el inesperado encuentro que habíamos tenido al intentar enseñarme su piso.

—Te lo advertí, Eva, este tío es increíble —dijo Noemí algo contrariada—. Joder, es un impresentable, menos mal que te había avisado y tú eres una buena amiga. Si llego a venir con otro tipo de persona o aparece alguien a visitarme, menudo panorama.

—No, si yo... —balbuceé como una tonta. Desde luego estaba de acuerdo con la apreciación de la informática. Enrico era increíble, pero creo que ambas lo veíamos desde puntos de vista diferentes.

—Tranquila, lo comprendo. Ha sido un auténtico flash encontrarte a los amantes de Teruel en plena acción. No era fácil apartar la vista, lo reconozco, no debíamos haber llegado hasta el salón. *Mea culpa*, no sé para que he entrado; debí haberme imaginado que el bueno de Enrico estaba haciendo de las suyas.

—Tú no podías saberlo. Has sido muy valiente, si llegan a ser unos ladrones no sé qué hubiera pasado.

—Pues que nos hubieran dado un buen susto, por listas. Los ruidos del principio me habían desconcertado y un segundo antes de entrar al salón ya sabía lo que me iba a encontrar. Enrico y yo somos expertos en pillarnos en situaciones comprometidas, no es la primera vez.

—¿Y eso? —aventuré curiosa.

—Nada, es una larga historia, ya te la contaré en otro momento. Bueno, Eva, lo lamento de nuevo. Mañana hablamos con más calma en la oficina, no quiero entretenerte. Ah, y si todavía no te has asustado lo suficiente con el semental italiano, todavía tengo una vacante libre como compañera de piso.

—Tranquila, no ha sido tan grave. Y soy yo la que tiene que pedirte disculpas, te podía haber colocado en una situación comprometida con tu compañero, espero que perdones a esta idiota. Desde luego me queda mucho por despabilar, tendré que acostumbrarme a la vida en la gran ciudad.

—Eso es cierto, chiquilla —me dijo quiñándome un ojo—. Y no te creas que lo que has visto hoy es lo normal en la noche barcelonesa. *Ciao*, Eva, nos vemos en la ofi.

—Hasta mañana, Noemí. Y gracias de nuevo por todo.

Mi nueva amiga se despidió de mí con dos sonoros besos y yo me alejé de allí lo más rápidamente que pude. Desde luego había sido una tarde que no olvidaría con facilidad.

Ya en mi habitación, decidí darme esa ducha que tanto necesitaba. Comencé a quitarme la ropa antes de dirigirme hacia el cuarto de baño. Me quedé en ropa interior y al girarme, me topé de bruces con el espejo de cuerpo entero que tenía en el cuarto. Lo que vi no me gustó, y decidí

borrar de mi mente esa última visión.

El espejo no me había mentido y me mostró la cruda realidad. ¿Qué pretendía yo con aquellos castillos en el aire que me estaba construyendo? Enrico nunca se fijaría en mí, y mucho menos si yo pasaba a ser su compañera de piso. Aunque fuera un Don Juan de pacotilla que intentara ligar con cualquier mujer, eso no me facilitaría las cosas. Muy al contrario, si se enrollaba conmigo una noche cualquiera, eso impediría que pudiera quedarme en ese piso a vivir porque yo no me tomaría muy bien lo de ser un rollete y nada más.

Además, ¿no me había fijado bien? Nunca podría competir con aquella espectacular vikinga que había visto disfrutar sobre una encimera gracias a las atenciones del Adonis italiano. Una rubia que rondaría el metro ochenta de altura, con un cuerpo de modelo y unas facciones que para sí quisieran muchas estrellas del celuloide. Vamos, no me podía comparar ni con ella ni con ninguna de las amantes pasajeras del *latin lover* florentino, según me había confesado Noemí.

¿Dónde iba yo con mi escaso metro sesenta? Al contemplarme en el espejo sólo vi a una joven de provincias, poco glamurosa y bastante alejada de los estándares que un tipo como Enrico podría tener en cuenta a la hora de fijarse en una mujer. Nunca me he considerado guapa, resultona sí, como diría mi madre. Me gustaba mi pelo color azabache y mi piel morena, pero poco más. Vale, tenía unos ojos color miel bastante expresivos —lo más destacado de mi rostro— y unos labios gruesos, pero mi cuerpo no era ninguna maravilla. Aunque desde luego tenía más pecho que la tía de la cocina y unas caderas en las que poder resguardarse cuando llegara el frío invierno.

«¡Menuda cabrona!», pensé entonces. A la rubia le habían regalado un par de orgasmos escandalosos, uno subida en la encimera y otro contra el frigorífico a tenor de sus gemidos y jadeos. Eso, o era una actriz de primera clase. No creía que fuera fingido, cualquier mujer hubiera disfrutado de lo lindo ante las acometidas de aquel Dios del sexo. Pero bueno, tampoco era de mi incumbencia.

Me quité el sujetador y las bragas, avergonzada por encontrar rastros de una humedad bastante sospechosa en mi ropa íntima. Entré a la ducha y abrí el grifo del agua caliente, aunque en aquella noche de primavera tardía no hiciera frío ni mucho menos. Me gustaba sentir el agua hirviendo sobre mi piel, y además, quería quitarme la desagradable sensación que sentía en mi cuerpo. Una sensación que no sabía catalogar en ese momento, como si me sintiera sucia pero lujuriosa al mismo tiempo después de la escena vivida.

Nunca me ha gustado usar una esponja para lavarme, así que cogí el bote de gel y me eché una generosa cantidad en la mano izquierda. Empecé a enjabonar mi tripa, mis brazos y llegué hasta los senos. Efectuando círculos cada vez más amplios, recorrí todo mi torso y mi espalda, buscando limpiar mi cuerpo, aunque mi mente y mi alma siguieran impregnadas de algo que tiraba de mí con fuerza hacia los abismos de la perdición.

Los pezones volvieron a reaccionar, en esta ocasión ante el contacto de mis manos suaves repletas de crema jabonosa. Recordé de nuevo la dureza que habían mostrado tras la visión en el ático, y un pequeño latigazo me golpeó el bajo vientre. Sorprendida, continué lavándome por partes: el cuello, las piernas, los pies, el culo y, por fin, llegué al centro de mi deseo.

La entrepierna crepitaba casi antes de que llegara hasta ella. Me enjaboné a conciencia, limpiándome por dentro y por fuera. Y entonces, quizás a propósito después de todo, me detuve más de un segundo en el interior de mi ser. Rocé con premura el clítoris y oleadas intensas de calor me recorrieron al instante, demostrándome que mi cuerpo reaccionaba muy bien a los estímulos.

Saqué la mano de mi vagina y proseguí enjabonando por segunda vez todo mi cuerpo. Mi piel aceitunada brillaba con el agua y los componentes de aquel gel de extractos, sumida en una vorágine de espuma y vapor ante el agua caliente que caía a mi alrededor. La sensación de mis manos resbalosas sobre el cuerpo era cada vez más placentera, y entonces decidí ser una chica mala.

Me imaginé que yo estaba sentada en aquella encimera tan robusta, esperando a mi bello amante. Con la mano izquierda me cogí el pecho derecho, retorciendo el pezón hasta casi alcanzar un quejido doloroso. La areola se oscureció aún más, mientras con la mano derecha me acercaba de nuevo hacia mi bajo vientre.

Entonces introduje un dedo en mi interior, jugando con él. Rocé los labios mayores y menores, froté el clítoris en círculos y después el dedo corazón se perdió en mis profundidades. Necesitaba más y lo acompañé con el índice, sacándolos y metiéndolos cada vez a mayor velocidad, pensando en que Enrico me poseía con aquel ímpetu salvaje. Y entonces...

Me mordí el labio y solté un gemido gutural, ahogado por el ruido del agua que caía junto a mí. Una sensación poderosa se concentró en mi cuerpo y estalló como un tsunami, arrasándome sin piedad. El espasmo fue brutal y tuve que sujetarme contra la mampara para no desfallecer, mientras el clímax lo llenaba todo antes de abandonarme con pequeñas réplicas que me sorprendieron por su intensidad.

Todavía exhausta, agotada por la violencia de aquel orgasmo poderoso, dejé caer los brazos. Cerré el grifo del agua unos segundos e intenté recuperarme. Finalmente lo conseguí, por lo que puede terminar de ducharme y lavarme mi pelo cortado a la moda, antes de salir y secarme con una esponjosa toalla con la que envolví mi cuerpo, todavía ardiente después de las experiencias vividas.

Si sólo con mis dedos inexpertos —no era la primera vez que me masturbaba e incluso tenía un pequeño vibrador con el que jugaba de vez en cuando, pero no era algo habitual en mí— había conseguido aquella sensación, miedo me daba pensar lo que podría ocurrir si de verdad llegaba a convertir en realidad mis verdaderas fantasías. ¿Cómo sería el sexo con alguien como Enrico? Lo deseché inmediatamente de mi mente, no podía seguir pensando en él toda la noche.

Me preparé un sándwich para no irme a la cama en ayunas y me lo comí con desgana. Entre unas cosas y otras me habían dado las once de la noche, y me encontraba bastante cansada. Quizás no estaba acostumbrada a tantas emociones. Además, al día siguiente quería llegar pronto a la oficina, así que decidí acostarme.

Me metí en mi cama e intenté poner la mente en blanco. No quería volver a pensar en aquellos poderosos músculos en plena acción, trabajando al máximo de su rendimiento. Si no conseguía apartar esa visión de mi cabeza no dormiría en toda la noche. Y eso no era nada bueno para mi piel, y mucho menos para mis ojeras.

Finalmente el cansancio se apoderó de mí y me quedé profundamente dormida. Aunque los sueños eróticos que tuve en aquella madrugada de junio quedarán por siempre en mi memoria...

Capítulo 3

Un día en la redacción

A la mañana siguiente llegué mucho más contenta y relajada a la oficina. Me lo notó mucha gente, incluso la recepcionista me dijo que estaba muy guapa aquella mañana con mi falda tableada y mi camiseta modernita. No sabía bien los motivos, pero me había maquillado mis ojos más de lo normal, perfilando también mis labios con un *rouge* sugerente que encontré de casualidad en mi neceser. Quería estar impactante y me peiné también de un modo más informal, acentuando el look casual que quería conseguir para aquel día.

—¡Guauu, niña! ¡Estás despampanante! —exclamó Marc nada más verme. Ya era el segundo piropo del día, eso estaba muy bien.

—Anda, ya será menos, zalamero. Para un día que me arreglo un poco —contesté con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, ya veo. O has quedado con un maromo o anoche triunfaste de lo lindo. Ese brillo en tus ojitos te delata.

—Venga, no seas pesado —contesté algo abochornada—. No he quedado con nadie, y tengo mucho trabajo, así que me voy a mi cubil.

—Vale, lo que tú digas, princesa. Pero si no has quedado con nadie, anoche tuviste una buena ración de sexo. No te preocupes, casi no se te nota.

Me asusté ante la afirmación del maquetador. Si era tan evidente para cualquiera que me viera, tenía un grave problema. Él debió ver cómo cambiaba mi rictus sonriente a uno de preocupación, por lo que se apresuró a tranquilizarme.

—No seas idiota y alegra esa cara, sólo te estaba vacilando. Además, tienes que estar radiante, quizás hoy te lleves una sorpresa agradable.

—¿Y eso? —pregunté mientras mi mente viajaba hacia la única sorpresa que quería encontrar al final de la jornada.

—Nada, cosas mías. Abre bien los ojos, tal vez tu suerte en esta empresa esté a punto de cambiar...

—No puedes hacerme eso, capullo —aseguré risueña mientras le golpeaba en el brazo—. ¿Qué ha sucedido?

—De momento nada, sigo moviendo mis hilos invisibles. Yo que tú no hacía planes para este verano —dijo Marc envuelto en un halo de misterio.

—Hombre, podría decirse que soy la becaria y llevo poco en la empresa, tampoco me hacía ilusiones. Pensaba pedir un par de días para escaparme con unas amigas a la playa, poco más.

—Aquí tenemos playas de sobra, puedes ir en tu tiempo libre. Y esos días de vacaciones guárdalos para septiembre, por si acaso. Creo que este verano vas a tener que trabajar de lo lindo.

—Pero Marc, no me puedes dejar así...

—Venga, al tajo, que llevamos media mañana de cháchara. En cuanto sepa algo nuevo te lo contaré, pero no menciones nada a nadie. Esta conversación no ha tenido lugar, que conste en acta.

—Vale, señor misterioso. Parece una novela mala de espías, ja, ja.

—Sí, vale, tú cachondéate. Ya me lo agradecerás llegado el caso. O no, quién sabe, ya

veremos.

Yo no entendía nada de todo aquello y tampoco le di demasiadas vueltas. Sabía que Marc quería lo mejor para mí, y sólo esperaba que no me metiera en ningún lío. Hasta entonces seguiría con el trabajo que me había asignado Marta, un rollo burocrático con el que me tenía hasta arriba de papeles.

Vi a lo lejos también a Noemí, enfrascada con tres pantallas de ordenador a la vez. Estaba ensimismada, pendiente de su mundo cibernético, y parecía que el resto del universo ni siquiera existiera para ella. Era increíble la transformación que sufría: de ser una auténtica friki en la oficina a una mujer de mundo cuando salía de aquellos muros.

Prefería la segunda opción de su personalidad, aunque debía admitir que en la oficina tampoco se comportaba mal conmigo. No como con algunos otros compañeros, a los que abroncaba a voz en grito cuando no hacían lo que ella deseaba o realizaban alguna tarea de modo incorrecto. Prefería tenerla como amiga, sólo eso; como jefa o compañera de departamento debía ser insufrible visto lo visto.

Llevaba un rato trabajando en mi ordenador cuando escuché un ligero sonido que salía de mi monitor. Era el aviso de una llamada entrante en la aplicación informática que teníamos instalada para hablar en la oficina, una especie de Skype de andar por casa que podía usarse para chatear con compañeros sobre temas profesionales. Ésa era su intención, aunque no siempre se utilizaba de ese modo y yo prefería tenerlo desconectado para que no interfiriera en el resto de mis tareas.

Pinché en el icono del programa y vi que era Noemí la que intentaba ponerse en contacto conmigo. Levanté la vista de la pantalla y miré en su dirección. Seguía ensimismada con sus dos o tres pantallas, mientras hablaba por teléfono con alguien y además, le echaba la bronca a uno de los técnicos de sistemas. Desde luego era una auténtica mujer multitarea.

—¿Qué tal todo? —preguntó para romper el hielo por el chat.

—Bien, aquí liadilla. Perdona, no me apaño muy bien con este cacharro y tengo varias tareas que terminar para Marta.

—No te preocupes, no te entretendré mucho tiempo; ya ves que yo también ando algo atareada.

—Sí, me he dado cuenta —contesté algo alucinada ante el eufemismo.

—Reitero mis disculpas por lo de ayer. Y si todavía quieres ser mi compañera de piso, te adelanto unas fotillos que tengo del ático. Estos días tengo jaleo con la migración de los servidores y no sé cuándo podré volver a enseñártelo.

—No te preocupes, no hay prisa —contesté a sabiendas de que era mentira.

—Bueno, por si acaso. Te adjunto un link aquí debajo. Pinchas en el enlace y ahí verás unas fotos bastante reales del piso. No están trucadas ni nada por el estilo, ya verás su luminosidad. Espero terminar esto en unos días y así poder retomar el tema, ¿te parece bien?

—Por mí de acuerdo, no te preocupes. Ahora le echo un vistazo a las fotos y ya hablaremos.

—Ok, hasta luego, Eva.

—Hasta luego, Noemí. No cures demasiado.

—Me van a volver loca. Y más con esta panda de incompetentes que tengo por aquí. Si yo te contara...

—Venga, no te molesto más.

—Ciao.

Dejé a Noemí atareada con sus asuntos informáticos y pinché en el enlace que me había enviado. Allí descubrí fotografías del salón y la cocina, esas estancias que yo sólo había intuido

durante nuestra aventura conjunta. Eran más o menos cómo me las había imaginado, aunque la noche anterior me fijara más en otras cuestiones menos prosaicas.

Mi habitación estaba muy bien, parecía bastante amplia. O por lo menos intuí que era la que podría convertirse en mi futura habitación, ya que no aparecían fotos de ningún otro dormitorio en aquel archivo.

Contaba con una cama de matrimonio cubierta por una colcha azul, con un cabecero de hierro forjado bastante mono. Distinguí además una estantería con libros, una cómoda con una pequeña televisión, una mesilla y un armario bastante grande. La ventana aparecía al lado derecho de la imagen y se veía cómo la luz entraba a raudales por el cristal. Las paredes estaban pintadas con gotelé en un tono pastel que no me disgustaba y el suelo era de tarima flotante, o eso me pareció en primera instancia. Un lugar en el que no me importaría pasar las siguientes noches de mi vida, por lo menos durante un tiempo.

Las fotos de la terraza eran lo mejor. Pude disfrutar de una panorámica de casi 360 grados gracias a las imágenes adjuntas, abriendo la boca de admiración ante las instantáneas. Allí descubrí una espectacular terraza de unos sesenta metros cuadrados, dividida en dos ambientes, uno cerrado y acristalado, y el otro abierto. El primero aparecía enmoquetado por una especie de césped sintético y contaba con una mesa de jardín con cuatro sillas, un precioso balancín y algunos pufs desperdigados.

El segundo era incluso más amplio, o eso me pareció al estar al aire; allí se podía encontrar una minipiscina hinchable para refrescarse, una barbacoa en una esquina y un par de hamacas brasileñas colgando de la pared aladaña. Todo ello rematado por una pérgola retráctil para protegerse de las inclemencias atmosféricas o para ganar mayor intimidad.

Algunas fotos mostraban las vistas desde diferentes puntos de la barandilla. Era cierto que se trataba de un esquinaldo único, con una visibilidad excelente ya que no tenía edificios altos enfrente. Un amor de espacio del que quedé prendada para siempre. Noemí no se equivocaba, aquella terraza era maravillosa y deseaba poder disfrutar de ella.

Cerré las ventanas abiertas en mi escritorio con las fotografías, no quería que nadie me pillara con temas personales en horas de trabajo. Sabía que todo el mundo lo hacía en algún momento, pero yo estaba empezando y pretendía perdurar en aquella empresa. Divisé entonces el icono de nuevos mensajes en la bandeja de entrada del correo corporativo, por lo que pulsé en él y accedí a los últimos mails recibidos.

El primero que me llamó la atención fue uno cuyo asunto rezaba: «*Despedida*». Imaginé que alguien se iba —o le echaban— de la empresa, y quería despedirse del resto de compañeros, o por lo menos de los que le cayeran bien. Lo raro es que yo apareciera en esa lista dado el poco tiempo que llevaba trabajando en la revista. Creí corroborada mi primera impresión al ver que había varias personas copiadas en el mail, pero al leer el cuerpo del mensaje comprobé que me había equivocado por completo.

Os recordamos que la despedida de soltera de Mireia tendrá lugar el viernes de la semana próxima. Quedaremos a las 21 horas en el restaurante Palacios para cenar y tomarnos la primera, antes de acercarnos al lugar donde se celebrará la «verdadera despedida».

Por favor, rogamos confirmación sin falta durante los próximos días para concretar el número total de invitadas. Podéis contactar conmigo directamente o con Carla, de administración.

¡Os esperamos! Seguro que lo pasaremos muy bien.

Saludos.

Sonia.

No entendía nada, la verdad. Al parecer me invitaban a la despedida de soltera de una tal Mireia, que por lo poco que sabía se trataba de una chica del departamento de personal. Tampoco era que hubiera tenido mucho trato con ella desde mi llegada, aparte de lo relativo a la firma del contrato y demás, por lo que aquello me pilló de improviso.

El siguiente mensaje en el que me fijé procedía de Sonia Martín, la misma persona que había enviado el primer mail, pero esta vez personalizado para mí con el título de «Aclaración». Sonia era una de las secretarias de dirección, y había coincidido con ella un par de veces en el ascensor o tomando un café en la sala de relax de la oficina, nada más. Alguna charla informal, de esas para rellenar silencios incómodos, era la única interacción que podía recordar entre las dos.

Hola, Eva, ¿qué tal?

Disculpa por haberte puesto en copia en el anterior mail, debía habértelo explicado primero a ti.

Como verás en el historial del mensaje, llevábamos días hablando y planificando la despedida de soltera de Mireia. Ya sé que eres nueva en la oficina y no conoces a muchas de las chicas, pero creo que te podría gustar. Seremos doce o quince personas, más o menos, y lo vamos a pasar muy bien. Tú eres joven y pareces marchosa, por lo que pensé que tal vez te animaras.

Como comentaba en el otro mensaje, iremos primero a cenar a un restaurante muy bueno que hay en el Puerto Olímpico. Después nos tomaremos algo por allí y más tarde nos acercaremos a otro sitio que no te puedo desvelar de momento, pero al tratarse de una despedida de soltera te puedes imaginar ;-). Nada chabacano, no te preocupes. Un sitio de alto nivel donde lo pasaremos genial, ya lo verás.

Si te animas, ya sabes. Y si no, perdona por haberte metido en el ajo sin consultártelo primero.

Hablamos cuando quieras si necesitas alguna aclaración.

Gracias y un saludo.

Sonia.

En ese momento no me apetecía demasiado ir a una despedida de soltera con gente que apenas conocía. En Toledo había ido a alguna celebración de ese estilo, aunque sólo un par de mis amigas de toda la vida se habían casado hasta ese momento. Yo era juerguista como cualquier otra chica de mi edad, sin llegar todavía a acostumbrarme a la ciudad y a la idiosincrasia de sus habitantes. Tendría que pensármelo, pero antes debía contestar a Sonia, ya que ella habría visto que el mensaje ya había sido abierto y leído gracias al chivato instalado en el programa de mensajería interna.

Hola, Sonia.

Muchas gracias por contar conmigo para la fiesta. Ya sabes que soy nueva en Barcelona y ando un poco perdida todavía (ni siquiera sé llegar al Puerto Olímpico, aunque imagino que no será tan difícil).

De momento me lo voy a pensar y en unos días te contesto definitivamente, no te prometo

nada.

Gracias y un saludo.

Eva.

Yo no sabía si los jefes pondrían alguna objeción a que las empleadas utilizaran el correo corporativo para organizar fiestas ajenas a la empresa, por mucho que fuera la despedida de soltera de una empleada. Pero bueno, ya estaba hecho.

Por curiosidad, entré en la aplicación de la intranet donde aparecían todos los empleados, e introduje las direcciones de correo electrónico que estaban copiadas en el primer mensaje. De ese modo descubrí quién se encontraba tras ellas, ya que en la aplicación salía nuestra ficha completa: nombre y apellidos, teléfono, mail, departamento y fotografía incluida. Una buena manera de saber quién era quién en la oficina.

Al repasar la lista me encontré con varias chicas de administración, personal, alguna secretaria de dirección, una jefa de proyectos, dos redactoras y una becaria de otro departamento. Todas jóvenes, más o menos, así que no tenía por qué sentirme demasiado fuera de lugar. Por un lado prefería no interactuar con demasiada gente de la oficina fuera del trabajo, pero por otro pensaba que podría convertirse en una manera de entrar con buen pie en la empresa, pasarlo bien y quizás hacer alguna nueva amiga.

Además, no podía ser tan hipócrita con lo de separar mi vida personal de la profesional, sabiendo que pretendía ser la compañera de piso de Noemí. No me sorprendió comprobar que ella no aparecía en la lista, no era muy habitual verla confraternizar con ninguna de las allí apuntadas.

Seguro que la informática podría contarme más cosas sobre esa pandilla, aunque no sabía si quería escuchar sus explicaciones al respecto. Ella era a veces demasiado radical en sus comportamientos y actitudes, por mucho que conmigo fuera casi una madre. Ya vería si le comentaba algo o no, quizás sería contraproducente para mí si llegaba a seducirme la idea de asistir a la fiesta.

Miré hacia su posición y todo seguía igual: Noemí despotricaba contra todo y contra todos, así que no era el momento de molestarla. Ya habría tiempo.

Intenté concentrarme de nuevo en mis tareas pendientes, y me llevé un susto de muerte cuando alguien tocó mi hombro con disimulo. Me di la vuelta y me topé de bruces con el rostro algo contrariado de Marta, mi jefa.

—¿No me escuchabas, Eva? —preguntó a bocajarro—. Te estaba llamando y parecías ensimismada.

—Esto, sí, yo..., perdona Marta —contesté entre balbuceos. No sabía dónde meterme, mi jefa no era de las que pasaban una—. Estaba aquí liada con estos listados que me enviaste y no me había dado cuenta. Lo lamento mucho.

—Nada, no te preocupes. Ya veo que has avanzado bastante con este tema. Pero bueno, yo venía a comentarte otra cosa. Creo que es una noticia que te alegrará.

—¿De verdad?! —exclamé como una tonta, seguramente con cara de lela. Tenía que rehacerme a la mayor brevedad y mostrar profesionalidad. Tomé aire y proseguí diciendo—. Muy bien, ¿de qué se trata?

—Luego lo hablamos con calma en la reunión de departamento, sólo quería avisarte. A las 17 horas en la sala azul, ya sabes.

—Muy bien, allí estaré sin falta —respondí de nuevo en mi papel anterior. ¡Claro que allí

estaría, era mi deber! La verdad era que me estaba luciendo en aquella dichosa mañana. Si mi jefa quería confiar en mí para otras cuestiones que no fueran burocráticas me había cubierto de gloria, menuda idiota—. Seguiré con los listados, Marta.

—Sí, muy bien. Yo me voy a una reunión con un cliente importante. Estaré fuera de la oficina toda la mañana, si me necesitas puedes llamarme al móvil. Nos vemos esta tarde, Eva. *Ciao*.

Hubiera jurado que mi jefa se despidió de mí guiñándome un ojo o quizás el reflejo del sol en los cristales de aquella espaciosa oficina me había deslumbrado en el momento menos adecuado. La vi alejarse de mi sitio, moviendo las caderas con un balanceo que era motivo de chufra entre el personal masculino según me había comentado Marc.

Al recordar a Marc, y antes de volver con mi tarea, decidí aprovechar en mi beneficio la famosa aplicación corporativa de chat. Quizás me serviría para algo después de todo.

—Hola, guapo. ¿Tienes planes para comer? Esta pobre toledana no conoce los restaurantes de la zona y quizás querías hacer de buen samaritano acompañándome a alguno donde no me pusieran lagarto para almorzar ;-)

Levanté la vista pero desde mi posición, aunque nuestra oficina era bastante diáfana, no pude distinguir el sitio del maquetador. Tal vez anduviera liado con algún tema y no podía perder el tiempo con tonterías.

De pronto el sonido del chat, amortiguado por mí tras bajar los altavoces para no distraer al personal, me avisó de una contestación pendiente de revisar.

—Claro, princesa, te recojo a las dos. Y si piensas que camelándome de esa manera vas a obtener algo, lo llevas claro. Soy una tumba y no voy a soltar prenda.

—Ya lo veremos, torres más altas han caído. Tranquilo, sólo quería hablarte de la despedida de soltera a la que me han invitado unas chicas de la oficina.

La mentirijilla surtió efecto. Sí, claro que le comentaría aquel tema, pero lo que yo quería saber realmente era si él conocía lo que mi jefa tenía que contarme.

—¿Cómo dices? Y yo sin enterarme de nada, estoy perdiendo facultades. Vale, luego hablamos en el almuerzo. *Ciao*. Un beso.

Marc me llenó la pantalla con miles de iconitos de caritas sonriendo, guiñándome un ojo, ositos de peluche y corazones por doquier. No tenía ni idea de qué teclas había que pulsar para que salieran esos símbolos tan monos, nunca he sido muy adicta al *WhatsApp*, pero ya me enteraría.

Mi amigo era una marujona de mucho cuidado, así que me extrañaba que no estuviera al tanto de los chismorreos de la oficina. Quizás eran ciertos los rumores que yo había oído por otro lado, que entre Josep y él había más que una relación simplemente profesional. Yo no le juzgaba, cada uno que hiciera lo que viniera en gana. Aunque él nunca hubiera salido del armario, al contrario que Pep, jugaba con su ambigüedad permitiendo que un halo de misterio velara ese apartado de su personalidad. Yo no le iba a preguntar abiertamente, pero en cuanto cogiera más confianza se lo intentaría sonsacar de un modo u otro. Ya estaba bien de ser la única tonta que siempre lo suelta todo y no saca nada de los demás a cambio.

Capítulo 4

Confesiones de sobremesa

La mañana transcurrió a toda velocidad y casi sin darme cuenta, ya tenía a Marc al lado de mi mesa. Seguía enfrascada con los dichosos listados Excel que me estaban matando. Ojalá Marta tuviera un trabajo más interesante para mí, fuera lo que fuera. Eso o iba a terminar odiando a Bill Gates y el dichoso Office.

—Venga, reina mora, sal de tu jaula. Te voy a llevar a un sitio muy *chic*, espero que te guste —afirmó Marc nada más verme despegar la vista de la pantalla.

—Vale, me fío de ti por esta vez. Pero te advierto que no soy fan de la comida sofisticada. Con un buen par de huevos fritos con chorizo me basta, a mí me gusta más la cocina casera que las chorraditas que sirven en esos restaurantes finolis.

—¡Madre mía, qué ordinariez! —fingió alarmarse con un gesto de sorpresa—. Si te oye mi Pep te mata. Voy a tener que educarte el paladar, monina. Ahora estás en Barcelona, no en tu pequeño pueblo de la Mancha. Así que acostúmbrate a lo bueno, tampoco te voy a hacer sufrir demasiado.

—Ok, me relajaré y confiaré en tu *savoir faire*. Por cierto, hablando de Pep, podía venirse con nosotros a comer si no tiene otros planes —contraataqué para picarle por ese lado.

—Ojalá, Eva; está muy ocupado terminando unas plantillas, otra vez será. Venga, apaga el dichoso ordenador, sólo tenemos una hora para comer.

—A sus órdenes.

Salimos de allí entre bromas y bajamos en el ascensor junto a otros compañeros de oficina. Nuestro edificio estaban cerca de la Barceloneta, y Marc me condujo hacia una terraza situada enfrente del mar, sobre un mirador privilegiado donde uno podía contemplar el Mediterráneo con tranquilidad.

—Me parece a mí que va a ser difícil levantarme de la silla para estar en la oficina a las tres en punto. Con estas vistas y lo bien que huelen los platos que están sirviendo, no sé yo si hoy no vamos a llegar tarde.

—Tranquila, aquí sirven bastante rápido. Tienen menú del día y están acostumbrados al trasiego de trabajadores. No es una tasca de esas a las que sueles ir tú, aunque tampoco tiene el glamour perfecto para mí. Pero bueno, así te vas aclimatando a la cocina de por aquí. Y además, puedes ver que tienes el mar al lado, no necesitas vacaciones para nada.

—No me hables de vacaciones, que me agobio. Y encima vosotros no tenéis jornada continua, algo que es más habitual en Madrid y alrededores durante el tórrido verano. Aunque con la crisis me han comentado que ya no les queda ni eso.

—¿Jornada continua? —preguntó Marc divertido—. No sé qué es eso, chatina. No vendes embutido de nueve a cinco. Aquí trabajas en una revista *fashion*, a ver qué te has creído.

—Ya, ya lo sé. Pero bueno, acabo de llegar a la empresa, no voy a empezar a exigir. Por cierto, hablando de exigir...

—Luego, Eva —me dijo mientras nos acomodábamos en una mesa situada en un extremo de la terraza, ya casi repleta—. Vamos a pedir y hablamos más tarde, que si no nos atienden. Aunque bueno, creo que tu jefa está fuera, tampoco va a notar si llegas un poco tarde o con un

par de chupitos encima.

—¡Pero Marc! —grité como si estuviera escandalizada—. Veo que estás muy bien informado de los movimientos de mi jefa. Al final voy a tener que empezar a pensar mal. ¿Estáis liados la mujer del congresista y tú?

—¿Cómo dices? Ahora sí que me has descolocado del todo...

—Vale, se me ha ido la pinza. Es que a mí Marta me recuerda a la mujer del congresista Francis Underwood en la serie *House of Cards*.

—Lo siento, sigo sin tener ni idea. A mí Marta me recuerda como mucho a la señorita Rottenmeier, y te aseguro que no es para nada mi tipo.

—Creo que sé a quién te refieres, aunque yo no soy de tu quinta, abuelo. Yo pensaba en Robin Wright, que hace de mala pécora en esa serie. Una tipa estirada casada con un congresista norteamericano, interpretado magistralmente por Kevin Spacey. Bueno, los dos son unos malos bichos de mucho cuidado. Tienes que ver la serie, ¡¡está genial!!

—¿La prota de *La princesa prometida*? No sé, no me pone nada —replicó entre risas mi compañero.

—Anda, no seas idiota. Creo que ambos sabemos a lo que se refiere el otro cuando hablamos de Marta. Eso sí, espero que esta conversación sobre la jefa no salga de aquí, no quiero engrosar la ya de por sí interminable cola del paro —contesté algo asustada. Los chismorreos solían estar a la orden del día en una empresa como la nuestra, y no me apetecía regresar a Toledo en pleno verano con la carta de despido en mi bolsillo.

—Tranquila, soy una tumba. Por cierto, a los postres te digo lo que te quiere contar la «estirada» en vuestra reunión de esta tarde.

—Al final me voy a mosquear contigo. ¿Qué pasa, que le llevas la agenda?

—Calla y come, ya están aquí los entrantes. Y disfruta de un verdadero *allioli* y un *pa amb tomaquet* en condiciones.

—Sí, papá, lo que tú digas...

Seguí picando a Marc durante toda la comida y el muy ladino no quiso adelantarme nada de lo que sabía. La verdad era que la comida estaba muy buena y, además, a buen precio. La terraza se encontraba a reventar y no me extrañaba nada. Y las inmejorables vistas, con los bañistas disfrutando ya de la playa en el comienzo del verano, no ayudaban precisamente a querer volver a la oficina después de comer.

—Bueno, no me has contado al final lo de la despedida de soltera y ya estamos acabando el segundo plato —dijo Marc unos minutos después.

—¡Es verdad! Hablando de varios temas se me había olvidado completamente ese otro asunto. Culpa tuya, *mon cheri*, me desconcentras y luego pasa lo que pasa.

—¿Quién yo? No seas adúladora —contestó Marc con gesto presumido, atusándose el cabello y apretando aún más el perfecto nudo de la corbata gris.

Marc era un chico bastante mono, pero aparte de estar casi segura de que era gay, no era mi tipo para nada. Rubito, con cara angelical, rostro barbilampiño y ojos claros. Parecía más anglosajón o escandinavo que otra cosa, y ese tipo de belleza masculina, algo aniñada, no me llamaba para nada la atención. Yo era más racial para mis gustos en cuanto a hombres. Algo así como el hermoso ejemplar de potro italiano que vivía en aquel ático del Eixample, sin ir más lejos.

Al final le conté a Marc el intercambio de mails realizado con Sonia y compañía, explicándole con detalle lo que me habían comentado. Añadí además la lista de posibles

participantes a la fiesta, las mismas compañeras que había buscado en la Intranet, por lo menos las chicas de las que me acordaba en ese momento. Naturalmente, Marc me hizo una radiografía bastante particular de todas y cada una de aquellas mujeres. ¡Menudo peligro tenía mi amigo! A saber lo que iría diciendo después de mí cuando yo no estuviera delante.

—Bueno, dentro de lo que cabe no son malas chicas —afirmó tras despotricar un rato sobre ellas. ¡Menos mal que no le caían del todo mal! Menuda lengüita que tenía mi nuevo amigo, tendría que andarme con cuidado—. En la revista tenemos algunas arpías bastante peores, con las que no te habría dejado acercarte ni a la vuelta de la esquina. Pero bueno, creo que podrías ir; igual te lo pasas bien y todo.

—Vaya, gracias por tu benevolencia, Marc. Estoy anonadada, no sé qué sería de mí en la gran ciudad sin tu ayuda, la verdad. Bueno, fuera de broma, no sé si participar en este rollo. Eso de que las integrantes de una despedida se pongan cosas raras en la cabeza y hagan tonterías por la calle tampoco es lo mío.

—Anda, no seas idiota. Nadie te conoce en la ciudad, puedes desfasar lo que quieras. Si no lo haces ahora que eres joven ya me dirás tú. Eso sí, por Dior no te pongas una «protuberancia carnosa» de ésas en la cabeza. Es lo más chabacano que ha parido madre, y tú tienes otro estilo, mi niña. O eso espero por lo menos. En caso contrario, ha sido un placer y hasta la vista, *baby*.

Marc hizo amago de levantarse de la mesa y dejarme plantada. Yo le agarré del brazo y él sonrió con esa preciosa boca que estaba segura causaba estragos entre hombres y mujeres por igual. El maquetador era un tipo bromista que a veces se pasaba de la raya sin darse cuenta.

—Tranquilo, no tengo intención de ponerme ninguna diadema extraña en la cabeza. Espero que el resto opine como yo y no me sienta encima la rara del grupito, no sería la primera vez. Y mira que luego soy bailonga y desfaso como la que más, pero tengo un sentido muy ajustado de la vergüenza. Y si pienso en que son compañeras de trabajo y luego se pueden ir de la lengua delante de chismosos como tú, imagínate el panorama. Mejor me quedo en mi casa y asunto resuelto.

—Pasaré por alto la puyita, ya me la cobraré más adelante. Bueno, tú verás, pero podrías ir y recrearte la vista. O lo que quieras, claro. Seguro que os llevan al *Boys to Men* o algún sitio de esos que están por el Port Olímpic.

—¿El *Boys* qué...? —pregunté extrañada.

—Ya sabes, un garito de esos especiales para despedidas de soltera. ¿En tu pueblo no se llaman «*Boys*» o algo similar? El que te comentaba es el más famoso de la zona, el *Boys to Men*. Tiene unos chicos de impresión, según he oído por ahí.

—Claro, claro, sólo lo conoces de oídas. La verdad es que te lo pasas bien con un grupo de amigas haciendo el tonto en un garito de esos. Nunca viene mal desfogarse un poco, echarse unas risas y disfrutar de las vistas de unos cuerpos agraciados —afirmé mientras el poderoso culo de Enrico se cruzaba de nuevo en mi mente.

Me azoré por un instante y me recompuse enseguida. Marc no perdía comba y se dio cuenta, por lo que no tardó mucho tiempo en meterse conmigo.

—Veo que eres una auténtica experta, algo has debido recordar que te has puesto hasta colorada. No te juzgo, que conste, yo también soy un gran admirador de la belleza humana. Eso sí, luego ten cuidadito con lo que haces. No sería la primera vez que una novia o amiga de la novia se encuentra con un regalo sorpresa nueve meses después de la despedida de soltera.

—Eso son bulos nada más. Como lo de la novia que le salió su primer hijo negro, igualito que el *stripper* de una noche loca. Rumores y leyendas, como la de la chica de la curva para los

conductores.

—Sí, sí, tú fíate y no corras. Aparte de que cosas parecidas e incluso peores me las han contado amigos y amigas, tengo incluso pruebas válidas para cualquier tribunal.

—¿Cómo dices? —inquirí sin saber a lo que se refería.

—Ya te digo, es muy fuerte. Una amiga de Pep empezó a grabar con su *smartphone* lo que ocurría en la despedida de soltera de una prima suya y tuvo que apagarlo ante lo que estaba viendo. A la chica se le caía la cara de vergüenza y no sabía dónde meterse. Yo he visto los pocos minutos que grabó y es alucinante. No me extraña que la chica se sonrojara, menuda familia de...

—Venga, no seas así, ¡cuéntamelo! ¿Qué es lo que viste? —pregunté a mi vez, algo morbosa ante sus palabras.

—No me seas cotilla, niña, que esto es para mayores de edad. Sólo diré que uno de los mozos salió del escenario y se perdió entre el grupo de sillas donde estaban las amigas y familiares de esta joven. El pobre casi no sale vivo, se lo comieron crudo y nunca mejor dicho. Estos ojitos casi se quedan ciegos al comprobar como una oronda señora, de unos sesenta años por lo menos, se quitaba la dentadura postiza y le hacía un trabajito al muchachote mientras el resto de brujas le sujetaban. Brutal, te lo aseguro.

—No me seas ordinario, Marc. Bueno, no hay problema, en nuestro grupo no tenemos sexagenarias ni mujeres con dentadura postiza. O eso creo. Que luego alguna intente algo con los *strippers* ya no lo sé, y por supuesto no me pienso meter. Yo como mucho me tomaría una copa, me reiría un rato y hasta luego. Poco más, no vayas a pensar nada raro de mí.

—Eso espero, por tu bien. Y por el mío, no me gustaría tener que dejar de hablarte a ti también, me estoy quedando sin amigas en la oficina.

—Por algo será, chatín...

De pronto me sobresalté al escuchar un sonido procedente de mi bolso, situado en la silla libre que quedaba justo a mi izquierda. Marc me miró con cara de pocos amigos por un instante, pero yo sabía que era una pose.

—El dichoso *WhatsApp* de las narices, lo odio con todas mis fuerzas. Mira que me negué a tenerlo en mi móvil durante mucho tiempo, no necesito todas esas chorradas molestando cada cinco minutos. Entre Pep, mi familia y otros amigos, todos me daban la coña para que me lo instalara, menudo rollazo, y al final claudiqué. Total, lo suelo tener desactivado casi todo el tiempo, así que me da un poco igual.

—Entonces no te quejes. Si ya digo yo que eres de otra generación. Los jóvenes de mi edad ya han nacido con la tecnología en su ADN, aunque en mi caso me siga pegando con muchas cosas que me superan.

En ese momento cogí el bolso y lo abrí, buscando mi Samsung Galaxy de última generación. Yo no me lo podía permitir con mi sueldo, fue un generoso regalo de despedida de mi padre días antes de salir del hogar familiar. Tenía una tarifa bastante reducida para poder hacerle frente, aunque desde luego tampoco utilizaba demasiado la conexión a Internet.

Nunca he sido muy fan de las redes sociales, tendría que ponerme las pilas en cuanto tuviera algo de tiempo para mí. Si quería trabajar en una revista contemporánea debía estar al tanto de lo que se cocía en cualquier ámbito del mundo actual: moda, sociedad, cultura, tecnología, política, viajes y mucho más. Y hoy en día era primordial el acceso directo a la información en tiempo real que ofrecían determinadas redes que debía tener muy en cuenta.

—Ah no, monina. Si te pones como Pep a chatear con el puñetero móvil me largo ahora

mismo. Me parece una falta de educación y casi todo el mundo lo hace. La gente queda para cenar o tomar un café y se pasa el tiempo con el dichoso aparatito. Que si Facebook, que si Twitter, que si *WhatsApp* arriba y abajo. ¡Coño, que se llamen por teléfono y terminan antes!

—Ya, Marc, pero el *WhatsApp* es gratis y llamar no. Hay mucha gente que tiene pocos minutos al mes para poder gastar debido a su tarifa y si se pasan de ahí les meten un buen palo. Venga, no me seas gruñón, que sólo iba a ver si es importante. ¡Anda, esto sí que no me lo esperaba! Es mi jefa...

—¿No me digas? ¿La bruja del Oeste sabe utilizar esas cosas? Madre mía, me estoy quedando un pelín obsoleto.

—Pues sí, no te lo quería decir. Pero ya que lo dices tú solito, te doy la razón. Para ir de glamuroso y *fashion victim*, aparte de trabajar en una revista como la nuestra, eres un dinosaurio de mucho cuidado. Anda, háztelo mirar —repliqué mientras me cabreaba al leer el mensaje de Marta.

Marc se miró de arriba abajo, comprobando que su atuendo seguía immaculado. Vestía un impecable terno de raya diplomática, muy fina. Un traje gris marengo en tres piezas, con camisa blanca y corbata en tonos perla que cuadraban perfectamente con sus ojos azules. Enseguida se recompuso y pasó al ataque:

—¿Qué demonios quiere la señora? Se te ha cambiado totalmente el semblante, espero que no sea nada malo.

—Te leo y sacas así tus propias conclusiones: *Eva, se me ha alargado la reunión con el cliente, llegaré tarde a la oficina. Habla con los demás y cancela la reunión de las cinco. Luego hablamos. Ciao.*

—Anda, anda, la mosquita muerta tiene un *affaire* con el cliente misterioso, ja, ja —aseguró Marc muy ufano—. Y encima te deja con la intriga todo el fin de semana.

—No seas burro, no tienen ningún lío con nadie. Ojo lo mal pensado que eres, mejor tenerte como amigo que como enemigo, menuda boquita la tuya. Y de intriga nada, ya me estás contando ahora mismo lo que sabes. Se está acabando nuestra hora de la comida y todavía no has soltado prenda. Y no quiero oír un no por respuesta. Por cierto, no sé por qué dices lo de todo el fin de semana. Mañana veré a Marta en la oficina y hablaré con ella, esto no puede quedar así.

—Efectivamente, me conozco yo mejor la agenda de Marta que tú. Mañana tiene una reunión en Madrid con unos inversores, así que olvídate hasta el martes de hablar con nadie...

—¡Mierda, es cierto! Ya ni me acordaba. Y encima tenemos puente por San Juan, estoy un poquito despistada todavía. Aunque me vendrán bien tres días sin trabajar.

Como si Marta me estuviera leyendo el pensamiento en esos momentos, me envió entonces otro whatsapp a mi móvil. Marc refunfuñó al escuchar de nuevo el soniquete de aviso, pero yo no le hice ni caso.

Eva, mañana tengo reunión en Madrid. Hablamos tranquilamente el martes, disfruta del puente. Besos.

Mi jefa me enviaba besos, cada vez la encontraba más rara. Al final iba a tener razón Marc y tenía algún rollito por ahí que le hacía estar más simpática que de costumbre.

—Vale, tenías razón; Marta me lo acaba de confirmar. Mañana estará fuera y dice que el martes hablaremos. No me podéis dejar así todo el fin de semana, eso debe ser anticonstitucional o algo así. O empezas a largar o usaré esta cucharilla de postre para torturarte, tú verás.

Marc se rio de nuevo con mi broma y asintió. Parecía que por fin me enteraría de lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

—Vale, te lo cuento. Por lo menos hasta lo que yo sé y puedo decirte. Y por supuesto, negaré haber tenido esta conversación contigo en mi vida. Si no quieres meterme en un lío, te aconsejo no hablar de esto con nadie hasta que no sea oficial.

—Pero oficial, ¿el qué? Maldita sea, me tienes en ascuas. Tranquilo, no pienso contarle por ahí.

—No te creo, tú misma te darás cuenta cuando lo sepas. Bueno, me arriesgaré. Allá va...

Marc se puso muy serio y empezó a hablar. Al parecer uno de los redactores más importantes de la revista se había puesto muy enfermo de repente. No sabían exactamente lo que le ocurría, algo de la vesícula o el páncreas, según me confesó el maquetador. Por lo visto le tenían que hacer un montón de pruebas y quizás operarle. Total, que iba a estar de baja por lo menos unos meses, quizás encamado y sin posibilidad siquiera de trabajar desde casa.

La cuestión era que habían salido varios nombres para sustituir a Joan, que así se llamaba el redactor. Los responsables de la empresa no querían contratar a nadie de fuera, y habían delegado la decisión final en Marta por ser la jefa del departamento. Y ahí entraban las malas artes de mi nuevo amigo.

—Yo he aprovechado estos últimos días para utilizar mis influencias en la empresa —confirmó Marc muy risueño—. Y creo estar en disposición de asegurarte que tienes muchas posibilidades de conseguir este puesto.

—¡Venga ya! Anda, Marc, no me vaciles. ¿Cómo van a elegir a la becaria para hacer un trabajo tan importante? —repliqué toda nerviosa.

—Hombre, no sería la primera vez que alguien que empieza desde abajo en cualquier puesto empieza a subir en el escalafón. Y que yo sepa tú entraste en esa empresa con esa meta en la cabeza. Y aquí tienes tu oportunidad. Ya ves, he filtrado por ahí algunos de tus trabajos, he participado en conversaciones y reuniones donde soltaba tu nombre como quién no quiere la cosa, he movido algunos hilos y *voilà*.

—No me lo puedo creer, Marc. ¿En serio? Sería algo fabuloso, pero no sé yo si estoy lo suficientemente preparada.

—Deja de decir tonterías, lo puedes hacer perfectamente. Sé que hay alguna candidata más, pero teniendo en cuenta lo que te ha comentado Marta esta mañana, creo que tienes muchas posibilidades de lograrlo.

—Madre mía, ojalá tengas razón. Eso sí, me voy a tener que poner mucho las pilas. Es una responsabilidad muy grande y yo estoy algo verde.

—No te preocupes, cariño, puedes contar con nosotros para lo que sea. Creo que tendrías que encargarte de uno de los reportajes más importantes de la edición de agosto de la revista, así que imagínate. Por eso te dije que te fueras olvidando de las vacaciones.

—¡Paso de vacaciones! Esto es mucho más importante. Muchas gracias, Marc, ¡te adoro!

Y dicho esto, me levanté de mi asiento y le planté un sonoro beso en la mejilla. Marc se sorprendió, pero se sintió halagado según pude atisbar en su dulce mirada y en la sonrisa magnífica que me brindó entonces.

—De nada, Eva, no me falles. Tienes más ojos de los que te piensas encima de ti, tanto apoyándote como esperando que te la pegues; así que duro y a por ellos.

—Así lo haré, amigo. No te voy a defraudar, ya lo verás.

Al rato nos marchamos de la terraza y regresamos al trabajo. Todavía tenía el runrún en la cabeza de toda la conversación mantenida, aunque una pequeña neblina empañó aquella tarde tan feliz. ¿A qué se refería Marc con lo de que había gente esperando que me la pegara? Yo era el

último mono de la compañía, una simple becaria, y no esperaba que ya me hubiera hecho enemigo alguno en la revista. Tendría que andarme con cuidado en las siguientes semanas.

Nada más llegar a la oficina cancelé la reunión prevista de departamento siguiendo las instrucciones recibidas. Al rato me llegó un correo de Marta, en el que nos ponía en copia a todos los que íbamos a participar aquella tarde en la reunión de departamento, posponiendo la cita para el martes siguiente a la misma hora, las cinco. Tendría que esperar todavía unos días para salir de dudas.

El resto de la jornada vespertina se me pasó volando y sin darme cuenta llegamos al viernes, el último día de la semana antes del puente de San Juan.

Capítulo 5

Fin de semana festivo

La gente andaba algo revolucionada en la oficina y yo no podía comprenderlo del todo. Para mí y la mayoría de gente que conocía, tanto en Toledo como amigos que tenía en Madrid, la fecha del 24 de junio no significaba nada en especial. Para empezar, nunca ha sido fiesta, y tampoco se ha celebrado de un modo significativo. Las famosas hogueras de San Juan eran típicas de Levante, también era una fiesta arraigada en Galicia y en algunos otros puntos de la península, pero para mí era un día como otro cualquiera.

No se me pasaba por la cabeza volver a mencionar este detalle delante de compañeros, ya que un día se me ocurrió comentarlo tomando café en la sala de descanso y me miraron todos como si yo fuera alienígena. Preferí «Oír, ver y callar», como decía mi padre. Pero bueno, si quería aclimatarme a la vida en Barcelona tendría que irme empapando de las buenas costumbres. Y una fiesta tan importante allí era una buena manera de comenzar a conocer la idiosincrasia catalana.

Un rato después, a media mañana de un viernes que marcaba el comienzo del verano con su famoso solsticio, me crucé por casualidad con Noemí al salir del baño. Yo no quería agobiarla con el tema del piso porque sabía que estaba muy atareada con un trabajo crítico para la empresa: la migración de los servidores. Aunque para mí era un asunto prioritario cambiarme de casa, sabía que mis familiares no me iban a poner ninguna traba a que siguiera con ellos por más tiempo, por mucho que nos ignoráramos mutuamente. Así que me sorprendió el comentario de la informática.

—Hola, Eva, ¿qué tal? Perdona, te tengo un poco abandonada, pero es que ando a tope con un jaleo de tres pares de narices.

—No te preocupes, Noemí, tú a lo tuyo. Ya hablaremos con calma en otra ocasión —contesté haciendo amago de volverme a mi sitio

—No, espera un momento, por favor —contestó—. Sí, estoy muy liada, pero espero dejar terminada la implantación este fin de semana sin falta. Y si no lo consigo, igual mi jefe me pone de patitas en la calle.

—Venga, ya será menos. Si te marchas tú se hunde la empresa.

—Hombre, no diría yo tanto pero... Bueno, sí, tal vez. Desde luego no hay nadie que sepa cómo funcionan estos cacharros tan bien como yo. Perdona, ¿te marchas fuera durante el puente?

—No, ojalá. No tengo dinero y tampoco me apetecía regresar a Toledo, allí ya están a 35 grados y subiendo. Mejor me quedo por aquí, disfruto de la ciudad y me doy algún bañito en la playa.

—Haces bien, tú que puedes. Lo decía porque sabía que a ti San Juan te daba un poco igual. De todos modos, te propongo una cosa. Voy a intentar terminar mi curro lo antes posible, yo te llamo para confirmar. Pero si todo va bien podrías pasarte el domingo por la tarde por mi casa. Así te la enseño en condiciones y te presento a Enrico, si es que puede dejarse los pantalones puestos aunque sólo sea un momento. Y después, si no tienes planes, podemos salir un rato para disfrutar de la noche de San Juan.

—Ah, muy bien, me parece perfecto. Por mí encantada. Quedo entonces pendiente de tu

llamada para concretar, espero que te vaya bien con la implantación ésa.

—Sí, yo también. Más me vale, porque como no me funcione a la primera me va a dar algo. No veas la de horas que le estoy echando al asunto.

—Venga, no te entretengo más. Hablamos entonces este finde. Suerte con tus cachivaches informáticos.

—*Ciao*, Eva. Y no te olvides, te doy un toque el domingo y hablamos.

—Claro, Noemí. Hasta luego.

Me quedé mucho más tranquila después de charlar con Noemí. Quizás después de todo estaba ante mi semana de suerte, tenía que aprovechar la coyuntura. No estaba en mi mano, así que me tocaría esperar.

La mañana transcurrió a toda velocidad, y percibí un aire de tranquilidad a mi alrededor. El número de julio de la revista estaba prácticamente terminado, ya que la mayoría de los trabajadores habían apretado en sus tareas para llegar al puente sin agobios. Y eso se notaba en el ambiente, bastante relajado. Tan relajado que antes de las tres se había vaciado la oficina, largándonos todos a nuestras respectivas casas.

Como no me apetecía cruzarme demasiado con mis primos, aproveché para hacer un poco de turismo por la ciudad esa tarde de viernes, con Barcelona a rebosar durante ese puente de comienzo de verano. Me perdí por las Ramblas hasta desembocar en el Mercado de la Boquería; recorrí el Barrio Gótico y accedí a la catedral de Barcelona; callejeé por los intrincados recovecos del Born, disfrutando de la belleza de la basílica de Santa María del Mar. Y todavía me quedaban muchas cosas de la ciudad que quería visitar: el Museo Picasso, el Parque Güell, Montjuic, la Pedrera y, sobre todo, la Sagrada Familia.

Como no iba a hacerlo todo en un solo fin de semana, me lo tomé con calma. También fui de compras por el centro, por si llegaba la hora de salir de fiesta, ya fuera con Noemí o en la despedida de soltera de la tal Mireia. Mi presupuesto no era muy boyante, pero podía permitirme algún que otro capricho.

También quise lucir tipito en la playa, un lugar habitual para cualquier barcelonés que se precie, algo muy alejado de las costumbres de una toledana como yo. Tampoco había estado tantas veces en la playa en mi vida, ahora que lo pensaba. Tres o cuatro veces con mis padres en mi infancia y adolescencia, y un par de veces más con amigas. Incluso recordaba un fin de semana que pasé en un camping de Benidorm con un rollete que tuve, poco más. El ser de secano, o mesetaria según me llamaban algunas en la oficina, era lo malo en ese sentido. Así que me tenía que desquitar.

Mi color de piel es moreno y si no le daba el sol podía tornarse en cetrino, un tono que no me gustaba demasiado. Además, había adelgazado un par de kilitos con el ajetreo de las últimas semanas, por lo que tenía ganas de probarme los bikinis de años anteriores, quizás me sentaran incluso mejor.

Siempre he sido de formas generosas, rotundas en algunos casos, pero nunca he sentido complejo. Mi talla 95 de pecho siempre había llamado la atención allá por donde fuera, sobre todo entre el sector masculino, aunque a veces los dolores de espalda me hicieron querer bajar alguna talla. Y de caderas no andaba tampoco escasa. Me faltaba tonificar algo los glúteos para poner en forma ese culo que se pasaba el día sentado en una silla de oficina, pero con 23 años no estaba todo perdido.

Así que me puse muy contenta cuando me vi con mi bañador azul eléctrico, un dos piezas con la parte de arriba bastante ajustada y a juego una braga brasileña muy estilizada. Desde

luego, me quedaba mucho mejor que el año anterior y podría lucirlo sin pasar tanta vergüenza. Además, allí no me conocía nadie, por lo que estaba dispuesta a amortizar un gasto totalmente desaprovechado, ya que sólo me lo había puesto un par de veces. En la piscina de mi pueblo me dio muchísimo corte la última vez que me lo puse y allí seguro que nadie se fijaría demasiado. El conjunto me favorecía bastante, aunque quizás mis queridos primos no estuvieran de acuerdo si me vieran paseando por la playa con tanta carne fresca a la vista.

El sábado me acerqué a la Barceloneta, una playa urbana que por lo visto había sido acondicionada para el disfrute de vecinos y turistas. Me doré al sol, me bañé en el todavía fresquito Mediterráneo e incluso disfruté de un agradable paseo por la arena. Tuve que sonreír ante las traviesas miradas que atrapé, lanzadas por algún que otro ejemplar del género masculino, por lo que di por bien empleada la mañana. Afortunadamente, no se me acercó ningún pesado, por lo que al rato recogí mis cosas y regresé a casa.

Quería estar fresca para el domingo, por si me llamaba Noemí y salíamos por la noche. Aparte de que tal vez conociera por fin a Enrico. Realmente ya le había conocido, eso sí, sin llegar a ser presentados oficialmente. Simplemente admiré sus marcados músculos en una sesión de fitness extremo que no me hubiera disgustado compartir con él.

La tarde del sábado paseé un rato por el centro, recorriendo el elegante Paseo de Gracia y las calles aledañas. Me metí también en un cine para que la tarde se hiciera más corta, cené algo y regresé a casa, dispuesta a que el domingo llegara cuanto antes.

De vuelta en mi hogar provisional me encontré con una nota de mis familiares, avisándome de que saldrían a cenar por ahí. Mucho mejor, tenía pocas ganas de confraternizar con ellos. De todos modos, aunque el salón se encontraba a mi disposición, decidí irme a mi habitación. Allí tenía también televisión, así que me puse cómoda y me quedé dormida viendo una película cualquiera.

Me desperté sobresaltada por un ruido que no conseguía discernir. ¿Qué hora era? Por fin mis neuronas, todavía algo perezosas, cumplieron su función y encontré el origen de aquel molesto soniquete: mi dichoso móvil. Se me había olvidado ponerlo en silencio y el susto de muerte en plena noche fue morrocotudo.

Pero no podía ser, el display de mi Samsung mostraba las 10.15 de la mañana. ¿Cómo había podido dormir tanto? Se notaba que el cansancio y el estrés acumulado en los últimos días me habían pasado factura, prácticamente ni me enteré de nada durante una noche en la que había dormido como un tronco.

Me froté los ojos, intentado quitarme las legañas de mala manera. Noemí me estaba llamando y debía despejarme algo más antes de hablar con ella. Dejé que el móvil sonara cuatro veces, pero no podía permitir que se cortara sin contestar. Al instante siguiente cogí el aparato y contesté con la mejor voz que pude:

—¡Buenos días, Noemí! —saludé con un tono excesivamente alto—. ¿Qué tal todo por ahí?

—Veo que te has levantado con energía, así me gusta —contestó a su vez Noemí, al parecer sin percatarse de mi voz somnolienta—. Yo estoy hecha polvo, sólo quería llamarte antes de meterme en la cama.

—¿Y eso? Espero que vaya todo bien.

—Sí, fabuloso, mejor de lo que creía. Aunque estoy muerta, la verdad. Me he tirado toda la noche despierta para intentar terminar con esta mierda, y lo he conseguido al fin. Sólo quería llamarte antes de meterme en la cama, que igual me quedo medio muerta y luego no hay quien me mueva.

—Ah, vale, me alegra que hayas conseguido terminar el trabajo. Pero vamos, que si estás tan cansada no te preocupes. Yo...

—Nada, déjate de monsergas. Ahora me iré a dormir, y esta tarde repasaré de nuevo la instalación, por si acaso he metido la pata en algo. De todos modos, creo que para la hora de cenar habré terminado. Si te parece bien, te puedes pasar por aquí sobre las ocho y media o nueve. Así te enseño el piso, picamos algo y si nos apetece a las dos, nos marchamos a quemar la noche barcelonesa. ¿Qué me dices?

—Por mí bien, suena fabuloso —contesté con una única idea en la cabeza—. ¿Sabes si estará tu compañero por allí?

—Ni idea, la verdad. Igual le pillas en casa remoloneando o a esa hora ya se ha marchado, no puedo saberlo. Pero vamos, no te preocupes. Si anda por aquí me aseguraré de que esté completamente vestido.

Por mí no lo hagas, Noemí, tampoco había sido una visión tan traumática. Afortunadamente esas palabras no salieron de mi boca, por lo que sólo llenaron mi pensamiento. Si Noemí llegaba a sospechar siquiera cómo se había metido Enrico en mi cabeza —y en otras partes de mi anatomía, por lo menos virtualmente—, no me dejaría ni cruzar el umbral de su casa.

—Bueno, da igual. Nos vemos entonces esta tarde y ya hablamos con más calma. Descansa, que te lo has merecido. Hasta luego.

—Ciao, Eva. Nos vemos esta noche.

Me desperecé, estirando todo mi cuerpo como un gato, todavía algo adormilada. Mi cerebro comenzó entonces a funcionar, percatándose de la realidad: quedaban escasas horas para toparme de nuevo con Enrico, el hombre que ocupaba todos mis pensamientos.

¿Para qué negarlo? Sí, era cierto que deseaba salir de aquella jaula de oro, recluida en un barrio pijo que no cuadraba nada conmigo. Necesitaba desaparecer de allí, alejarme de unos familiares que me miraban cómo si yo fuera una delincuente o algo peor. Pero aparte de encontrar un sitio agradable donde vivir, el único motor que había conseguido ponerme en movimiento durante los últimos días había sido la certeza de que pronto tendría al bello italiano frente a mí, cara a cara.

¿Qué me estaba sucediendo? No podía decirse que me hubiera enamorado de aquel hombre, ya que ni siquiera lo conocía. Apenas había esbozado la silueta de su rostro en aquella noche exhibicionista, en la que sí podía evocar con emoción su esbelto y perfecto cuerpo funcionando con una armonía felina y salvaje, una imagen terriblemente sensual que me seguía trastornando por las noches. No había cruzado ni una sola palabra con Enrico, Rico para la joven que vi disfrutar entre sus brazos, y me daba igual. Necesitaba conocerle, anhelaba compartir el aire que respiraba. Era una completa locura.

Si no era amor, ¿de qué se trataba entonces? Mi amiga Sandra, compañera en la facultad, lo hubiera resumido muy fácilmente: «enconñamiento». Tampoco podía ser eso, por mucho que mi entrepierna palpitara sólo con recordar aquellos breves minutos de pasión, o el regalo en forma de orgasmo redentor que me auto dediqué en la ducha al regresar a mi habitación. No, allí había algo más.

Tal vez fuera la sensación de peligro, la típica reacción de una Madre Teresa de Calcuta cualquiera. A muchas mujeres les iba el morbo de lo prohibido, de lo inaccesible. Y pensaban que el pobre infeliz, ese alma descarriada que todavía no había encontrado el camino de la verdadera felicidad, hallaría la senda correcta nada más conocerlas. Craso error con el que lo pagaban toda su vida en algunas ocasiones, por lo que esperaba que yo no fuera una de esas

salvadoras masculinas.

No podía comprenderlo, ni controlarlo, pero allí estaba. Sentía algo muy fuerte estallando en mi pecho, luchando por abrirse paso. Una ligera taquicardia me saludó en ese momento, demostrándome que aquella situación me afectaba más de lo que estaba dispuesta a asumir.

Tenía que calmarme, no podía presentarme en casa de Noemí en esas condiciones. Primero, porque no era bueno para mi salud, ya que aquel estado de ansiedad me estaba empezando a preocupar. Y segundo, porque no quería aparecer como una histérica delante de mi nueva amiga. Necesitaba alquilar aquella habitación, y si para ello tenía que utilizar mis mejores dotes de actriz, intentaría bordar el papel.

No podía permitir que Noemí vislumbrara en mi rostro lo que realmente sucedía en mi interior. Por lo menos hasta tomar posesión de la habitación. Después, si mi casera llegaba a enterarse de lo que sentía por Enrico —si es que la amalgama de sensaciones que me invadía en esos momentos podía llamarse sentimiento—, ya sería tarde. No creía que fuera a echarme de allí, a no ser que la situación se tornara realmente violenta. Y yo no pensaba llegar a tales extremos. Sólo quería conocer a Enrico y averiguar lo que realmente mi corazón necesitaba, porque lo que mi cuerpo demandaba lo tenía bastante claro: ¡Maaambo!

Con la respiración un poco acelerada, decidí desayunar algo ligero y salir a la calle a quemar calorías. No es que me sobraran después de los últimos días de ajeteo, pero el aire fresco me vendría bien para evadirme. Y pensé que lo mejor sería machacarme con un poquito de ejercicio para variar. Aunque el ritmo demasiado rápido de mis pulsaciones indicara lo contrario, yo no me iba a dejar amedrentar.

Salí a correr durante casi una hora por una zona verde cercana al domicilio de mis primos. Llegué a casa completamente agotada, exhausta, sudando a mares. Me crucé con Santiago y Consuelo en el portal, saliendo para su habitual misa de doce de los domingos. Y eso que yo pensaba que Toledo era la reserva espiritual de Occidente. Allí podía comprobar que mis paisanos seguían llevando a rajatabla sus viejas y rancias costumbres, aunque vivieran en la más moderna y cosmopolita Cataluña.

—Pero hija, ¡vienes hecha un adefesio! —exclamó mi prima con su habitual simpatía hacia mi persona—. Esta juventud de hoy en día, hay que ver; a tu edad yo ya estaba casada y me comportaba como una mujer hecha y derecha.

—Sí, ya veo. Una mujer que ha vivido del cuento toda su vida. Otras, por lo menos, nos hemos marchado de casa e intentamos ganarnos la vida por nuestra cuenta, sin depender de un marido que pague las facturas.

—¡Qué desfachatez! Eres una ordinaria, voy a hablar con tus padres inmediatamente —afirmó la cacatúa parlante—. Santiago, haz el favor de replicar a esta insolente. Como si ella no dependiera de nosotros para tener un techo dónde cobijarse.

—No te preocupes, querida prima. Con un poco de suerte no tendrás que aguantarme durante mucho más tiempo... —solté sin darme cuenta, harta de reproches y malos modos.

—Tranquilízate, Eva, ya hablaremos. Dúchate y luego conversamos durante la comida. Espero que no te precipites, no están los tiempos que corren para tonterías de ningún tipo.

—Estoy muy tranquila, Santiago —repliqué. Aquel pobre hombre era mangoneado sin piedad por su mujer, una meapilas de mucho cuidado, aunque él tenía también parte de culpa. Santiago no me caía mal del todo, pero no pensaba echarme atrás—. Lo tengo decidido desde hace tiempo y no hay vuelta de hoja. No quiero ser un estorbo para nadie, será lo mejor para todos.

—Pero mujer, no te lo tomes a mal. Ya sabes lo vehemente que es Consuelo a veces, no se lo tengas en cuenta. Después lo comentamos, no te preocupes —afirmó el industrial.

—Déjate de tonterías, Santiago. Si la niña se quiere ir, ya sabe dónde está la puerta, faltaría más. Y tú, ¡aligera!, que llegamos tarde a misa.

—Sí, cariño, ya voy. Hasta luego, Eva.

El calzonazos de Santiago me lanzó una mirada de perro apaleado, dejando que su esposa se le colgara del brazo como un vulgar apéndice. Luego algunas van fanfarroneando sobre la liberación de la mujer: trabajo, hijos, casa y demás. Pero en el caso de Consuelo siempre tuvo una vida regalada al lado del primo de mi padre. Ni había tenido hijos ni trabajado en su puñetera vida, y tampoco veía yo que fuera un ama de casa muy hacendosa. Yo no quería eso para mí, desde luego algunas se quejaban de vicio.

Intenté tranquilizarme, no era bueno seguir añadiendo más tensión en ese domingo de junio. Fui un poco bocazas y le solté a aquel pájaro de mal agüero lo que llevaba días reconcomiéndome, sin pensar en las posibles consecuencias. Quizás Noemí se arrepintiera o sucedía cualquier otra cosa que me dejara sin el nuevo hogar que anhelaba. Me daba igual, si no era el ático del Eixample, ya encontraría cualquier otro piso.

Me intenté relajar bajo la ducha, pero mi subconsciente fue más fuerte que yo. Me eché jabón en la cabeza y lavé mi pelo a conciencia, eliminando todo el sudor y la suciedad prendidos en mi cabello color azabache. Me concentré en las placenteras sensaciones y con las manos enjabonadas empecé a recorrer el resto de mi anatomía. Enseguida tuve que intentar abrir los ojos, aunque la espuma intentara colarse a través de mis pestañas, ya que un fogonazo devastador se apoderó de mi mente durante un instante.

Mi mente me jugaba malas pasadas. La memoria retentiva relacionó la ducha, el jabón y mis manos recorriendo un cuerpo ávido de sensaciones con lo sucedido días antes en aquel mismo lugar. En mi cerebro se plasmó con una vivencia increíble la imagen de un Enrico poderoso, masculino y posesivo, que se agachaba entre mis piernas, abiertas encima de aquella encimera. El italiano recorría con deleite el centro de mi ardiente pasión, haciéndome perder el sentido entre gritos de lujuria mal contenida.

Me obligué a concentrarme simplemente en la ducha. Abrí el grifo del agua fría para despejarme y alejar aquellos pensamientos de mi cabeza. No era posible que me sucediera aquello, y menos con esa potencia visual. Realmente parecía que lo estaba sintiendo en mis entrañas, tal era la fuerza de una imagen que no quería apartar de mi mente.

Me mordí el labio, nerviosa, sabiendo que ése no era el camino correcto para alcanzar mi meta. Si seguía así me lanzaría al cuello de Enrico nada más verle, o me quedaría alelada sin poder reaccionar ante su devastadora presencia. Ni lo uno ni lo otro eran las mejores maneras de entrar con buen pie en una convivencia que esperaba fructífera. Por lo menos para mí, quise pensar en ese momento.

A duras penas conseguí terminar la ducha, aguantándome las ganas de tocarme a gusto. Quizás masturbarme me ayudara a rebajar tensiones, a falta de buen sexo. Pero no, me terminé de aclarar y salí del baño con más frustración que antes de irme a correr. De poco me habían servido los kilómetros recorridos, ahora me encontraba peor que al levantarme. Y encima le había mostrado mis cartas a la bruja de Consuelo.

Me puse algo cómodo de ropa, con la tentación todavía prendida en mi carne lujuriosa. Divisé entonces a Júnior en un cajón, escondido entre mi ropa interior. El pequeño vibrador de color violeta que un día compré por catálogo en la plataforma online de una tienda erótica

parecía sonreírme con descaro. Un aparato diminuto pero potente, sensible a la par que juguetón, con el que había pasado muy buenos momentos. Sería tan fácil... Sólo tendría que tumbarme, pasarme el juguete por mis partes íntimas, apretar su botón y disfrutar de uno o varios orgasmos que me llevaran al séptimo cielo.

Pero no, no era el momento. Me aguanté como pude, enfadada conmigo misma. Uno de los días más importantes de mi vida no se estaba desarrollando del modo que yo habría deseado, y la frustración y el cabreo estaban haciendo mella en mí.

Como no quería discutir con mis primos a la hora de la comida, decidí salir de allí. De nuevo en la calle, tomé el metro y me dirigí un día más hacia la playa. No quería bañarme ni tomar más el sol, quizás la visión del plácido mar Mediterráneo me ayudara a calmar el ánimo.

Paseé por la playa sumida en mis pensamientos. Me había quitado las sandalias y las llevaba en mi mano, dejando que mis pies desnudos entraran en contacto con la arena dorada. Llevaba unos shorts de loneta y una camiseta sin mangas, por lo que notaba en mi piel la brisa marina, cálida y reconfortante, mientras mi mente volaba muy lejos de allí. Quizás a lugares exóticos y misteriosos, acompañada de un hombre desconocido cuya silueta onírica me recordaba mucho a...

¡Maldita sea! Otra vez la misma cantinela, me estaba hartando de mi mente calenturienta. Era una niñata, tenía que asumirlo. Y seguía sin saber por qué me estaba sucediendo aquello, por lo menos con aquella intensidad. Ni siquiera había visto bien el rostro de Enrico y ya fantaseaba con él como si fuera mi novio o amante, era lamentable.

Me senté en una terraza para comer algo. Me pedí una ensalada César y un agua mineral, tampoco tenía muchas ganas de comer, aunque el ejercicio matutino demandara más hidratos para mi organismo. Tenía un nudo en el estómago y dudaba que pudiera ingerir nada más sólido, con aquel sencillo menú tendría que ser suficiente.

Comí tranquilamente, masticando bien para no generar más ansiedad en mi organismo, y después me tomé un café para reposar la sobremesa. No había llevado siquiera bolso, por lo que guardaba el móvil en uno de los bolsillos del pantalón corto. En el otro metí una pequeña cartera con la documentación, el bono del metro y algo de dinero, nada más. De repente noté una vibración en mi pierna y saqué el Samsung de su escondrijo.

Al abrir el móvil descubrí que tenía dos llamadas perdidas, ni me había enterado. Esa tercera llamada era de la misma persona, mi primo Santiago, por lo que decliné contestar, no tenía ganas de discutir con nadie. Seguramente se habrían extrañado al no verme aparecer a comer en domingo, el día del Señor como ellos decían, pero yo no tenía intención de regresar a su casa hasta más tarde.

Abandoné la terraza y comencé a caminar por el paseo marítimo. Se me antojó un helado y no me quise privar de él, por lo que disfruté de dos bolas de vainilla y chocolate como si se fuera a acabar el mundo al día siguiente. Después me arrepentí, claro está. Tanto ejercicio, agua y una ensaladita para después arreglarlo con una bomba calórica en forma de helado italiano.

Otra vez los dichosos italianos. Y es que me perseguían allá donde mirara, o eso me parecía a mí. Al rato me paré a curiosear en un quiosco y me compré una revista. Me senté en un banco a la sombra, dispuesta a hacer tiempo hasta que regresara a casa para arreglarme antes de salir. No me enteré mucho de lo que leí en aquella revista, mi mente estaba a otra cosa, pero conseguí en parte mi objetivo inicial.

Al rato escuché el soniquete característico de mi móvil cuando le entraba un whatsapp. No creía que fuera mi primo, a él no le iban tampoco demasiado las nuevas tecnologías. Además, ya

me había llamado cuatro veces y dejado dos mensajes en el contestador, el último algo alarmado. Yo pensaba seguir castigándole con mi indiferencia, por lo menos durante un rato más. Saqué de todos modos el teléfono del bolsillo y entré en la famosa aplicación para ver el mensaje recibido.

La cara se me tuvo que iluminar al ver el remitente de aquel whatsapp. Era Noemí para confirmarme que había terminado con la tarea, y que me esperaba a las 20:30 en su domicilio. Adjuntó la dirección completa, por si se me había olvidado. Pero no, tenía marcados a fuego esos datos en mi subconsciente, no me perdería para llegar. Respondí al instante:

Me alegra que hayas podido terminar a tiempo el trabajo, Noemí. Ok, allí estaré a esa hora. Besos.

Al rato regresé al piso de la Bonanova, sin ánimo alguno de cabrearme con mis actuales caseros. Santiago, algo alterado tras no haber tenido noticias mías en todo el día, intentó hablar conmigo nada más entrar, pero le dije que tenía prisa.

—Perdona, Santiago, he quedado con una amiga. Tengo que arreglarme y demás, ya sabes. Y disculpa de nuevo por lo de las llamadas, llevaba el móvil en silencio y no me he percatado hasta ahora —solté de corrido sin inmutarme por la mentira.

—Me tenías preocupado, niña. Bueno, me alegra que estés aquí de vuelta. Espero que te lo pases bien con tu amiga y no vengas demasiado tarde, por favor. Y mañana, si te parece, podemos hablar con más calma.

—Es mi primera noche de San Juan; no sé a qué hora vendré, Santiago. No me esperéis levantados, procuraré no hacer ruido al entrar en el piso.

—Eso, tú sigue permitiéndole todos sus caprichitos a la nena. ¡Esto no es una fonda! Si no lo haces tú, voy a llamar a sus padres yo misma. Esta insolencia no voy a tolerarla en mi casa, faltaría más —aseguró la arpía de mi prima.

—No le hagas caso, Eva —dijo Santiago mientras me acompañaba por el pasillo, asegurándose de que no le escuchaba su mujer—. Ya sabes cómo es, pero en el fondo tiene buen corazón y te aprecia mucho. No se lo tengas en cuenta, ambos estamos encantados de que estés aquí con nosotros.

—Lamento esta situación, Santiago, sobre todo por ti. Yo debo buscar mi camino, seguro que me entiendes. Soy joven, nueva en la ciudad, con un trabajo absorbente. Necesito vivir mi propia vida, y aquí no es posible tener la libertad que ando buscando. Os estoy muy agradecida por todo lo que habéis hecho por mí, pero ha llegado la hora de marcharme.

—Nada es definitivo, Eva, ya lo hablaremos. Bueno, te dejo que te arregles. Y ya sabes, si necesitas cualquier cosa, aquí estoy para lo que sea.

—Claro, Santiago, muchas gracias —le contesté un segundo antes de besarle en la mejilla.

No sabía si ese gesto instintivo me salió como disculpa por ser una chica díscola, o como agradecimiento por todo, pero a Santiago le sorprendió un poco. Se paró en el umbral de mi habitación y me dejó entrar, mientras él se quedaba pensativo en el pasillo. Me adentré en el cuarto, cerré la puerta y me tumbé en la cama, todavía con las sensaciones a flor de piel.

Desde luego mis padres no iban a estar nada contentos cuando Consuelo les contara su versión. Pero bueno, ya era mayorcita, tendría que asumir las consecuencias de mis actos. Con suerte, en unas horas podría salir de aquella casa para siempre, un lugar que no pensaba volver a pisar ni de visita. Ni siquiera por el pobre Santiago, un hombre que finalmente sí me había demostrado que me quería, incluso por encima de los deseos y órdenes de la señora de la casa.

Capítulo 6

Noche de San Juan

Una vez a solas en mi habitación, había llegado la hora de la verdad. Tenía que arreglarme para conocer por fin al hombre que no me dejaba dormir por las noches, aunque sería mejor que pensara en que sólo iba a visitar un piso que me interesaba. No sabía si realmente la cara era el espejo del alma, porque si mi rostro reflejaba todo lo que corría por mi interior, no tenía ninguna oportunidad de engañar a Noemí.

Me di una ducha rápida, más por quitarme los calores que llevaba tras estar todo el día fuera de casa en un comienzo de verano bastante tórrido para lo que era habitual en Barcelona. Me sequé el pelo a conciencia y lo peiné a mi gusto. Me había cortado mi melena meses atrás, como pauta para comenzar una nueva fase de mi vida, y no me arrepentía para nada. Me favorecía llevarlo cortito, casi como un chico, o por lo menos eso me habían dicho.

Nunca he sido tampoco muy amigas de maquillajes, pero la ocasión lo requería. Un poco de base, aunque el sol mediterráneo había dorado algo mi tez ya de por sí morena. Pasé después a pintarme el ojo sin pasarme demasiado. Ciertamente era que quizás después saldríamos de noche, pero no era lo mismo asistir a una recepción con el embajador que dirigirse a saltar hogueras en la noche de San Juan.

Rematé la faena con un *rouge* frambuesa en los labios y adorné mis lóbulos con los mejores pendientes que tenía: unas pequeñas perlas en forma de lágrimas. Sólo me quedaba vestirme para la ocasión y salir a comerme el mundo.

Probé diversas combinaciones, pensando sobre todo en Enrico, y ninguna me convencía. O era demasiado provocativa, casi en plan: «Aquí estoy yo», o me pasaba de conservadora. Quizá si dejara de concentrarme en mi italiano preferido y pensara más con la cabeza que con otras partes de mi cuerpo lograra salir con bien de aquello. Además, debía tener en cuenta que tal vez más tarde saliéramos de juerga, ya fuera a la playa, a alguna fiesta o simplemente a pasarlo bien por los garitos de moda de la ciudad.

Descarté las minifaldas por incómodas. Eran muy monas, pero si tenía que sentarme en la arena de la playa o saltar hogueras con ellas, no iba a sentirme demasiado a gusto. Lo mismo podía aplicarse a shorts y similares. Pensé entonces en unos vaqueros entallados que estilizaban mi figura; se trataba casi de mi última oportunidad y esperaba no equivocarme con mi elección.

Me los probé junto a diversas blusas, camisas y camisetas hasta encontrar la combinación perfecta. El lavado a la piedra de mis jeans contrastaba con el rojo pasión de mi camiseta de marca, creando un curioso efecto. Entre casual y arreglado, con un tono informal que me agradó.

Me miré en el espejo, convencida de mi triunfo. Fruncí los morros y lancé un beso a mi imagen reflejada, estaba segura de mi éxito. Y es que el optimismo ayuda en estas situaciones, o eso creía en esos precisos instantes.

Añadí una cazadora, por si acaso. Si pasaba toda la noche por ahí quizás tuviera algo de frío en la playa. Cogí entonces un pequeño bolso de mano que esperaba no olvidarme en cualquier lado. Guardé una barra de labios, el monedero, las llaves y el móvil. Creía que llevaba lo necesario, pero entonces pensé que tal vez faltaba algo. No, llegado el caso, esperaba que el chico en cuestión fuera un hombre preparado y si no, siempre se podían encontrar farmacias de

guardia.

Me despedí de mis primos y salí a la calle, dispuesta a comerme el mundo. No quise malgastar ni un minuto más dándole vueltas a la cabeza. Sólo quería conocer un piso, charlar con una amiga y su compañero, cenar y salir después a tomar unas copas. Nada más. Y nada menos, podría añadir, ya que quizás aquella noche marcara el devenir de mi futuro para siempre.

Para colmo de males, la cuña de mis zapatos me hizo una mala pasada y casi me parto un tobillo al resbalarme en la acera. Mis piernas flaqueaban, ésa era la cuestión, y todo el dominio sobre mí misma me pareció una simple pantomima. Estaba como un flan y me lo iban a notar. No quería hacer el ridículo y llevaba todas las papeletas.

Entré en la boca del subterráneo más cercana y recorrí media ciudad en un vagón de Metro, repleto de gente joven que salía de fiesta. Me topé con alguna mirada furtiva de chicos, solos o en grupo, por lo que pensé que quizás el resultado final no estuviera tan mal después de todo. Me fijé entonces en el cristal oscuro del vagón y pensé que aquella chica reflejada se merecía una oportunidad. Sólo quedaba cruzar los dedos y no meter la pata. Debía comportarme de forma natural y dejar que todo fluyera.

Minutos después llegué al portal de Noemí, con el pulso acelerado palpitando en mis sienes. Creía que se me iba a salir el corazón por la boca, la ansiedad había vuelto a hacer su molesta aparición. Me di entonces una vuelta a la manzana, respiré profundamente para intentar calmar mis pulsaciones, y regresé al punto de partida.

No tuve que llamar al portero al cruzarme con unos vecinos, así que me adentré en el portal y llamé al ascensor. No me fiaba de aquel artefacto, pero no quería llegar de nuevo toda sudorosa al último piso del inmueble. Segundos después me hallaba ante la puerta de entrada al ático. Cogí aire con fuerza, lo expulsé poco a poco, y llamé al timbre. Enseguida escuché pasos y una voz que me hablaba desde el pasillo:

—¡Ya voy! —gritó Noemí a través de la puerta—. Un momento, por favor.

Segundos después la informática me abrió, recibíendome con una cálida sonrisa. Noemí no era una chica muy guapa, pero la verdad es que aquella noche yo la encontré algo cambiada, casi podría decirse que la vi atractiva a mis ojos. Quizás se había quitado un peso de encima al terminar la migración técnica y, además, podría arreglar el problema de tener una habitación libre si finalmente me aceptaba como compañera.

—¡Hola, Eva! ¿Qué tal? —me preguntó casi entusiasmada mientras me daba dos besos, invitándome a entrar en su casa—. No sé para qué pregunto, si ya te veo. Chica, ¡estás espectacular!

—Gracias, Noemí, tampoco es para tanto. Tú también estás genial, creo que te ha venido bien acabar el trabajo.

—¡Ya te digo, menudo muermo! Menos mal que he terminado con el suplicio. Pero bueno, estamos de puente, así que nada de hablar de trabajo. Anda, acompáñame.

La seguí por el pasillo adelante, temerosa de encontrarme de nuevo con la imagen de Enrico nada más doblar la esquina. No creía que fuera a toparme otra vez con su piel desnuda brillando por el esfuerzo, pero mi mente hizo de nuevo de las suyas. Tragué saliva y pregunté en voz baja para no llamar demasiado la atención:

—¿Estamos solas, Noemí?

—¿Qué...? —Mi nueva amiga pareció no haberme escuchado o entendido a la perfección—. Ah, no, Enrico está en su habitación. Tranquila, hoy lleva la ropa puesta, no te va a asustar de nuevo. Imagino que se estará vistiendo para salir, ahora te lo presento. Mientras tanto, te voy a

enseñar la casa, que el otro día no la viste en condiciones.

Noemí no podía entender que yo no me había asustado al encontrarme a Enrico de esa guisa. Al contrario, estaba deseando tenerlo desnudo ante mis ojos, a ser posible pendiente de mi cuerpo y no del de otra mujer...

Dejamos atrás el salón y la cocina con un repaso rápido, ya que Noemí me aseguró que volveríamos después. Anduvimos por el segundo pasillo de la casa, en el que estaban las habitaciones, y nos asomamos un momento a ver el cuarto de la ingeniera informática. Después entramos a la que sería mi habitación, confirmando lo que ya apuntaba en las fotografías.

—¡Me encanta! —exclamé—. Ya la había visto en fotos, pero en vivo y en directo es mucho mejor. ¡Me la quedo!

—Me alegra que te guste, Eva. Anda, vamos a la terraza. Se está poniendo el sol y las vistas son espectaculares, tienes que comprobarlo sin falta.

Salimos de la habitación y enfilamos el final del pasillo. Allí se encontraba la que creía sería la habitación de Enrico, y enfrente, el cuarto de baño que tendría que compartir con él. Noemí tenía el suyo propio dentro de su suite, así que no me quedaba otra que irme haciendo a la idea. Ideas morbosas cruzaron entonces por mi mente, y mi corazón se desbocó al escuchar ruido detrás de la única puerta que no habíamos abierto en nuestro recorrido.

Tras atravesar una especie de arco alcanzamos por fin lo más interesante de aquella casa, si exceptuábamos a sus inquilinos. Una terraza fabulosa se abría ante nuestros ojos, prácticamente igual que en la imagen que había contemplado en mi ordenador. Un amplio espacio en el que se podría disfrutar tanto en invierno como en verano, y que sin duda alguna sería mi lugar preferido de la casa.

Nos asomamos a la barandilla, viendo los coches en la calzada, bastantes metros por debajo de nosotras. Miré a ambos lados y una sensación de libertad me invadió en esos instantes, haciéndome olvidar todos mis pesares: la discusión con mis primos, el agobio por la nueva situación en la empresa y sobre todo, la imponente presencia que percibía a escasos metros de nuestra posición.

El sol se ponía sobre el horizonte en una estampa digna de una postal. Pudimos disfrutar del espectáculo casi en su totalidad, ya que no había edificios altos a nuestro alrededor que nos taparan la vista.

—Ya te dije que te encantaría —confirmó Noemí al ver mi cara de asombro—. Yo me he puesto incluso en topless ahí tumbada, no hay problemas. Nadie nos ve desde enfrente ni desde los lados, así que imagínate.

No, no quería imaginarme nada, o podría salir muy mal parada. Miré hacia la hamaca y las tumbonas allí plantadas y la imagen de Enrico se hizo un hueco otra vez en mi mente. Jugar con él en aquella magnífica terraza tendría un morbazo impresionante.

De pronto mis sentidos me avisaron de un repentino cambio, adelantándose a la novedad. Estábamos en un lateral de la terraza y ambas nos giramos al unísono cuando escuchamos una voz grave, algo ronca pero muy sensual, que nos hablaba desde la entrada de la terraza.

—Hola, chicas —dijo Enrico—. Perdonad, ya me marchó, sólo quería despedirme.

Aquella simple frase hizo que se me fundieran los plomos. Su voz gutural entró en mí, deritiéndome como si fuera mantequilla. Intenté reaccionar antes de que se dieran cuenta de mi estupefacción, no podía quedar como una tonta.

—Anda, Enrico, acércate—le invitó Noemí—. Quiero presentarte a Eva; ha venido a conocer el piso y ver si se queda con la habitación libre.

El italiano no contestó enseguida. Pareció evaluarme un momento y se acercó a nosotras con paso firme. Entonces pude fijarme bien en él, apreciando detalles que desconocía hasta ese momento.

Enrico debía medir 1,85 m. por lo menos. Su pelo era moreno, aunque no tan negro como el mío, y tenía unos ojos oscuros y profundos. El cabello lustroso lo llevaba peinado a la moda, con el flequillo ligeramente levantado, como esos modelos que podíamos ver en prensa o televisión. El italiano tenía una nariz recta, muy bonita, y una mandíbula algo cuadrada, con un juguetón hoyuelo en la barbilla. Era de tez morena, como buen mediterráneo, y sus rasgos tan perfilados me recordaron a un Dios griego.

Llevaba unos pantalones vaqueros desgastados, de talle bajo, y una camiseta que marcaba sus poderosos bíceps. Calzaba además unas deportivas llamativas, que hacían juego con el resto de su indumentaria. Un tío muy sexy, se le mirara por dónde se le mirase. Daban ganas de arrancarle la ropa a mordiscos...

El tiempo pareció detenerse mientras llegaba hasta nuestra posición, o así lo tengo apuntado en mi memoria. Por lo menos me dio tiempo a fijarme en casi todo antes de que se plantara junto a mí, destrozando mis nervios por completo. Sus movimientos gráciles, como los de un felino a punto de cazar, me confirmaron que aquel hombre tenía un punto peligroso que alteraba mis biorritmos.

—Encantado de conocerte, Eva —me dijo con una enorme sonrisa que hubiera desarmado a cualquiera. Fui capaz de reaccionar para acercarme más y darle dos besos, pero él ya se había adelantado para estrecharme la mano. Me quedé a medio camino e intenté recomponerme enseguida—. Espero que te guste el piso y decidas quedarte con nosotros.

—Sí, bueno..., no —balbuceé como una idiota ante su imponente presencia. Enrico invadía mi espacio vital, llenando mis sentidos. Pude entonces distinguir un olor peculiar, mezcla de perfume y algo más primitivo, casi salvaje. Quizás fuera su olor corporal, la esencia natural que despedía su piel. Aquella fragancia me cautivó por completo, dejándome parcialmente noqueada. Era el momento de reaccionar si no quería completar el ridículo con mi portentosa actuación—. Tengo que pensármelo, pero me encantaría compartir piso con vosotros. Ya lo hablaré con Noemí.

¿Qué tenía qué pensar? Mi idiotez iba en aumento y Noemí no salía al paso para ayudarme. Me estaba bien empleado, para que el italiano viera realmente cómo era yo en realidad. Pero no, aquello no era lo normal en mí. Me encontraba tan alterada gracias a él, y no podía hacer nada para remediarlo.

—Muy bien, pues ya nos veremos por aquí si te decides —contestó con algo más de acento italiano. Hablaba muy bien nuestro idioma, pero en algunas palabras se le escapaba un tono más cantarín o una pronunciación diferente, revelando su origen transalpino—. Bueno, Noemí, me marchó. Espero que disfrutéis de esta noche mágica.

—Eso haremos, Enrico, no te preocupes. Y tú sé bueno, anda. No rompas demasiados corazones por ahí, Casanova.

—*Ciao, bellas.*

Enrico se dio la vuelta, guiñándonos un ojo, antes de desaparecer dentro del piso. Nos quedamos momentáneamente calladas, hasta que escuchamos el inconfundible sonido del portazo al salir el italiano del ático. Entonces Noemí atacó sin piedad:

—Anda, niña, reacciona de una vez, ja, ja —dijo la informática—. Veo que mi amigo Enrico te ha causado una honda impresión.

—Buff, ¿y a quién no? Vale, tú ya estás acostumbrada pero es que..., es algo salvaje. Joder, menudo compañero de piso. Si pones un anuncio de la habitación en Internet, con una foto de Enrico al lado, las chicas te colapsarían el barrio. Tendría que venir la Policía a poner orden, tendrías miles de posibles candidatas. Y candidatos, claro.

—Anda, no me seas exagerada. Vale, está bueno, no lo voy a negar. Pero tampoco es para tanto. Y no, no pienso poner ningún anuncio. Y si tú no me prometes que...

—No, tranquila, ya se me ha pasado —mentí—. Está claro que tiene un polvazo, pero en el fondo no es mi tipo. Además, para mí ahora lo importante es el piso, quiero quedarme con la habitación. No pienso en Enrico en ese sentido y te aseguro que él tampoco.

—¿Por qué dices eso? Mira que me extraña conociendo al florentino, que no deja escapar viva una pieza.

—Ya lo has visto, ni siquiera me ha dado dos besos y ya tendría que estar acostumbrado. Eso es lo normal en España cuando te presentan a alguien. Me ha saludado estrechando la mano, por cortesía hacia ti más bien, y se ha marchado enseguida. Así que tranquila, no creo que haya problemas para convivir con él. Vamos, que si tenías dudas por si saltaban chispas entre nosotros te puedes quedar tranquila.

Aquella parrafada me salió del tirón, casi sin respirar. Noemí me miró un segundo, quizás calibrando mis palabras. En mi caso era un completo embuste, ya que hubiera saltado al cuello de Enrico si no hubiera sido algo completamente fuera de lugar. Y aunque era cierto que el chico me había estrechado la mano, quizás no fue algo hecho a conciencia, o eso quise creer. El contacto con sus dedos fue eléctrico, y una corriente de calidez me envolvió al rozarme con su piel. Su sonrisa me iluminó al instante, con aquellos dientes tan blancos enmarcados por unos labios apetitosos y sensuales. No, no se trataba de un encuentro normal, o por lo menos a mí no me lo había parecido.

—Si tú lo dices... —replicó Noemí, no demasiado convencida—. No me fío de Enrico, es un depredador nato. Y sí, le conozco mejor que tú. Y por eso te aseguro que no pasa tanto de ti como te crees. He visto ese brillo especial en su mirada.

—¿Qué brillo? —pregunté—. No sé a qué te refieres.

—Nada, cosas mías. Y espero equivocarme, por el bien de los tres. No quiero que te hagan daño. Y tampoco quiero que haya malos rollos entre nosotros ahora que vamos a convivir juntos. Si es que te quedas la habitación, claro.

—Por supuesto que me la quedo, faltaría más. Venga, ¡vamos a celebrarlo!

Noemí me abrazó y me besó, aunque yo veía un rictus de preocupación en el fondo de su mirada. Ella no se había tragado mis patrañas, pero quizás quiso darme un voto de confianza.

—Por cierto, ya le eché la bronca por el numerito del otro día. Que sepas que se pensaba disculpar ante ti cuando le dije que vendrías, pero se lo quité de la cabeza. No quería ponerte en una situación comprometida, y mucho menos después de haberle visto en acción. Mejor así, nos olvidamos y ya está.

—Ah, ¡qué mono! —me salió sin querer—. Tienes razón, tampoco es plan de irlo recordando a cada momento.

—Por supuesto le he prohibido que haga uso de las zonas comunes, estemos o no estemos nosotras en el piso. Ya tiene su habitación para desfogarse con sus amiguitas, y si no, que se vaya a un hotel. Me he puesto muy seria en ese sentido con él, y si se pasa de listo lo echaré del piso. Ya le he avisado.

—Vale, Noemí, no pasa nada. Por mí no te preocupes, ya está superado. Bueno, ¿y ahora

qué? ¿Vamos a quemar Barcelona o seguimos de cháchara toda la noche?

—Sí, claro. Primero picamos algo y luego nos vamos. Tengo preparadas algunas cositas en la cocina, ahora vuelvo. ¿Cenamos aquí, verdad?

—Por mí encantada. Sé está de fábula en la terraza, creo que me he enamorado.

—Ya te lo dije, es lo mejor del piso. Espérame aquí un momento, ahora vuelvo con la cena y seguimos charlando.

Y no le había mentido a Noemí con lo del enamoramiento. Aunque no estaba muy segura del verdadero destinatario de mi amor. La terraza era fabulosa, pero Enrico era incluso mejor de lo que me esperaba. Y eso que mis expectativas ya estaban altas de por sí antes de llegar a ese momento.

Noemí regresó al rato con unas bandejas: pan tostado con tomate; jamón, queso y otros embutidos; aceitunas y cervezas. Una buena manera de comenzar la noche.

—Espero que te guste la cerveza. No he tenido tiempo de ir a comprar vino, y no vamos a cenar bebiendo copas.

—No, tranquila, me encanta la cerveza, sobre todo en verano. No la bebo mucho porque se me infla la tripa, pero fresquita está genial. Y lo que has traído para picar tiene una pinta estupenda.

—Pues híncale el diente, que tenemos que coger fuerzas para el resto de la noche. Espero que disfrutes de tu primer San Juan.

—Seguro que sí, Noemí.

Finalmente llegamos a un acuerdo y decidí quedarme con la habitación. La renta sería de 250 euros mensuales más 50 euros de gastos que ellos solían meter en un fondo común. De ahí se pagaba la luz, el agua, el gas, teléfono e Internet. Cada tres meses hacían cuentas, y si sobraba algo de bote se lo gastaban en una comida o lo que fuera. Me parecía bien, así que le confirmé mi decisión.

—¿Cuándo puedo instalarme? No es que tenga muchas cosas que traer, pero prefiero hacerlo con calma.

—No te voy a cobrar tu parte de la fianza, ya sé que tu sueldo no es ninguna maravilla. Se supone que empiezas a vivir aquí en julio, pero por mí puedes entrar ya esta semana, no hay problema.

—Ok, te hago entonces la transferencia después del puente y voy trayendo mis cosas poco a poco.

—Por el dinero no te preocupes, me lo das cuando cobres, no hay prisa. Ah, y mejor en metálico, ya sabes. Te haré una copia de las llaves y el martes te la doy en la oficina. Así te instalas cuando quieras, avisaré también a Enrico.

Seguimos charlando mientras comíamos y bebíamos. Al rato salimos de marcha. Recorrimos algunos pubs que conocía Noemí, donde me presentó a algunos amigos. Más tarde estuvimos divirtiéndonos en la playa con su pandilla. Bebimos, reímos, bailamos y nos lo pasamos genial. Incluso me atreví a saltar alguna que otra hoguera, pensando en esos sueños que quería cumplir.

Más de un chico quiso tontear conmigo aquella noche, subiéndome el ego un poquito. Pero yo preferí divertirme sin más, pasaba de enrollarme con nadie. Y menos con la poderosa imagen que llenaba mis sentidos cada vez que me descuidaba un momento: Enrico en la terraza, sonriéndome de aquella singular manera. Me parecía incluso más sensual que el recuerdo que tenía de él en la cocina, castigando a aquella rubia con sus brutales embistes.

La madrugada se alargó y vimos incluso amanecer. Era hora de regresar a casa de mis primos

para descansar, en lo que serían mis últimos días junto a ellos. Una nueva etapa de mi vida estaba a punto de comenzar y todavía no estaba preparada para todo lo que me sucedería en las próximas semanas.

Capítulo 7

El comienzo de algo excitante

El día siguiente lo pasé con una ligera resaca debido a la ingesta de alcohol de la noche de San Juan. Me levanté tarde y empecé a recoger mis cosas. Hasta el día siguiente, si todo iba bien, no tendría la copia de la llave del ático del Eixample. Pero quería estar preparada para ese momento.

Hablé con mis primos y les dije que esa misma semana, sin especificar el día, me marcharía a mi nueva casa. Santiago intentó convencerme para que me quedara, e incluso Consuelo hizo un amago también, pero no pensaba retractarme de mi decisión.

—Eva, por favor, piénsatelo bien. El mundo ahí afuera es peligroso, tú eres una niña todavía y no estás preparada para vivir sola. Tus padres se van a llevar un disgusto. ¿Se lo has dicho ya?

—No, pensaba hacerlo después de hablar con vosotros, que menos que comunicároslo primero. No te preocupes, Santiago, de verdad. Sé cuidar de mí misma. Además, voy a vivir con una compañera de trabajo en un piso muy mono del Eixample.

—No te molestes, Santiago, de desagradecidos está el mundo lleno. Ya le contaré yo a tus padres la verdad. Encima en el Eixample, nada menos. Ese nido de invertidos y gente extraña, un barrio donde el pecado campa a sus anchas —afirmó mi querida prima.

—Anda, no sabía eso de mi nuevo barrio. Mejor, ya va siendo hora de que me espabile un poquito, que con rosarios y avemarías no se conoce el mundo. Y si hay que pecar, pecaremos, que para eso soy joven y tengo que aprender de la vida —solté a propósito ante la mirada rancia de la beata.

—Eso, eso, lánzate a las garras del Averno. Lástima de educación católica que te dieron tus padres, pobrecitos.

—Por eso mismo, Consuelo. Los preceptos que la Santa Madre Iglesia lleva miles de años pregonando no van conmigo. Ah, no, calla. Si luego los prelados hacen de su capa un sayo y pecan de avaricia, soberbia, gula, lujuria y todo lo que se les ponga por delante. Y eso sin meterme con cosas peores que todos conocemos...

—Tengamos la fiesta en paz —terció Santiago viendo el devenir de la conversación—. Bueno, Eva, ya nos avisarás del día concreto de tu marcha.

—Por supuesto, Santiago. Serás el primero en saberlo —le contesté dirigiéndome exclusivamente a él, mientras ignoraba a aquel pajarraco que tenía por esposa.

Me encerré en mi habitación y llamé a mis padres. Naturalmente pusieron el grito en el cielo, pero yo les calmé lo mejor que pude. Les aseguré que estaría bien, en casa de una compañera de la oficina con la que compartiría piso. Además, la habitación me saldría muy económica y eso que se trataba de un ático situado en buena zona. Si tenía algún tipo de problema, podría seguir contando con Santiago para lo que fuera, no tenían de qué preocuparse.

Evidentemente a nadie le comenté la verdadera realidad: también compartiría piso con un *latin lover* aficionado a cambiar de compañera sexual como quién cambia de camisa. Eso me lo reservaría para mí, por lo menos de momento. Tampoco se lo comentaría a ninguna amiga de las que me quedaban en Toledo, por si acaso. Mis convecinos siempre han sido muy cotillas y cualquiera podía irle con el cuento a mis padres.

Preparé la maleta con la ropa y un bolso aparte con las pocas cosas que tenía en aquel piso: el neceser con mis pinturas y artículos de aseo, la colonia, mi móvil, algún libro y mi pequeño netbook. No era demasiado, podía llevarlo todo de una vez cuando me dirigiera por primera vez al ático, ya como inquilina oficial.

Noemí me comentó que no le importaba cobrar la renta hasta que no me ingresaran la nómina, pero yo tenía otra idea distinta. Fui entonces al cajero y saqué 350 euros. Dejé 300 en un sobre para entregárselo al día siguiente a Noemí y guardé el billete de cincuenta euros restante en mi cartera. Todavía tenía ahorros en el banco y no quería malgastarlos, pero quizás esa semana tirara un poco la casa por la ventana. No todos los días se iba una a vivir a un ático con vistas. Y cuando decía vistas no me refería a lo que se veía tras la barandilla de la terraza...

Esa noche dormí más relajada, quizás el cansancio acumulado de todo el fin de semana había hecho mella en mí. No tuve pesadillas ni sueños eróticos, o eso creí a la mañana siguiente, por lo que me levanté como una rosa. Madrugué más de lo habitual y llegué a la oficina de las primeras. Iba a ser un día importante para mí.

Quería hablar cuanto antes con Noemí, pero no la encontré en su sitio. Así que me dirigí a mi escritorio y comencé a trabajar. La oficina no estaba todavía a pleno rendimiento, la resaca del puente estaba retrasando más de lo habitual a mis compañeros. Revisé el correo pendiente y vi que podría ir adelantando trabajo hasta que llegara Marta. De ese modo estaría entretenida y no pensaría en lo verdaderamente importante de aquel martes 25 de junio: la reunión de la tarde y la recogida de una llave que quizás me abriera las puertas del cielo.

Mi jefa apareció más tarde, revoloteando de departamento en departamento. Yo no quise decirle nada, pero al rato se acercó a mi mesa y me recordó que esa tarde se celebraría por fin la reunión pospuesta. Me pareció verla más risueña, con mejor color de piel. O había tomado el sol durante el fin de semana, o alguien le había dado un alegrón a su cuerpo. Y es que ya se sabe que el buen sexo revitaliza a un muerto, y las endorfinas hacen el resto.

A media mañana me levanté de mi sitio y me acerqué al de Noemí. Se encontraba inmersa en su trabajo, como era habitual en ella, realizando varias tareas a la vez como si no le costara. Parecía también bastante recuperada, y eso que había empalmado un palizón trabajando en la migración de los servidores con la noche de San Juan. Yo no me creía capaz de seguir ese ritmo, pero ella ni se inmutaba. De hecho, casi ni se percató de que estaba a su lado, mientras yo contemplaba como movía los dedos a toda velocidad en su teclado.

—Buenos días, Noemí. Ya veo que estás a tope, menudo ritmo llevas, tía. Te he traído lo que convenimos.

—¡Joder, Eva! Menudo susto me has dado, ni me había enterado de tu presencia. Estoy aquí enfrascada en un pequeño marrón que me ha caído. Ya sabes, gajes del oficio. ¿A qué te refieres con eso de «lo que convenimos»?

—Ya sabes, al dinero del alquiler —repliqué enseñándole el sobre—. Vale, me dijiste que esperara a cobrar la nómina, pero lo prefiero así, de verdad.

—Veo que no me haces ni puñetero caso, así me gusta —respondió Noemí con un guiño—. No, en serio, no te tenías que haber molestado. Además, ayer estaba todo cerrado y no he podido hacerte la copia de la llave. Lo siento, mañana te la traigo sin falta.

Noemí rechazó el sobre que le tendía y enseguida notó que me cambiaba el gesto. Había esperado tener la llave en mi poder esa misma mañana, pero ahora me encontraba con que no era así. No parecía ser la mejor manera de comenzar mi día, sólo esperaba que mejorara con el transcurso de la jornada. Mi futura casera se dio cuenta de la situación y reculó enseguida:

—Perdona, soy una insensible. Yo te dije que te podías instalar cuando quisieras, y te aseguré que hoy te traía la llave. *Mea culpa*, soy una idiota. Seguro que además te has despedido de esos familiares tan pesados que tienes, y no quieres volver a ese piso. No te preocupes, creo que podremos arreglarlo. ¿Tienes mucho equipaje?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Mira, vamos a hacer una cosa. Tengo el coche en el garaje, y hoy espero salir a una hora razonable de aquí. De todos modos, si quieres, me esperas a la salida y vamos juntas. Te llevo en el coche a casa de tus primos, recogemos tus cosas y nos marchamos al ático. Así te puedes instalar esta tarde sin falta. Después nos acercamos a una ferretería que hay al lado de mi casa, y te hago una copia de las llaves. Paul se llevó las suyas y no tengo ninguna otra para dejarte.

—Claro, Noemí, por mí encantada. Te veo entonces a la salida —contesté con mi mejor sonrisa—. De todos modos, quédate tú el sobre. Así te das por pagada, y yo no quiero saber nada de rentas hasta el mes que viene.

—Ok, no hay problema —Noemí recogió el sobre y lo guardó en su bolso—. Hasta esta tarde entonces, voy a seguir con la tarea.

Me fui más contenta para mi mesa; esa noche ya podría dormir en el ático y no tendría que aguantar los reproches y malas caras de mi prima. Recogería mis bártulos y me instalaría en mi nueva habitación, junto a un vecino de pasillo con el que se me hacía la boca agua... Tenía que concentrarme y no pensar más en Enrico, por lo menos hasta salir de la oficina. Esa tarde tenía una reunión muy importante y debía estar al cien por cien de mi rendimiento.

Tras un frugal almuerzo, regresé de nuevo a mi mesa, esperando que en el reloj dieran las cinco de la tarde. Cuando faltaban quince minutos para la hora, Marta me llamó por teléfono, indicándome que me acercara a su despacho. El estómago se me contrajo en ese mismo instante, no me parecía de buen augurio que Marta me llamara a su lado a escasos minutos de comenzar la reunión. O se había cancelado el encuentro o algo mucho peor. Quizás mi amigo Marc andaba totalmente desencaminado y nunca me ofrecerían ese puesto. Yo debía poner cara de póker ante mi jefa, dijera lo que dijera, ya que se suponía que yo no sabía nada de aquel tema.

—Siéntate, por favor —dijo Marta algo seria nada más verme entrar en su despacho. El rictus de felicidad que le había encontrado de buena mañana parecía haber desaparecido por completo—. ¿Qué tal el fin de semana, Eva?

—Genial, Marta. Me lo he pasado muy bien en mi primera noche de San Juan —contesté sin mentir, pero con la preocupación adueñándose de mí.

Me estaba bien empleado, no debía haberme fiado de Marc. Mi jefa iba a hablarme de cualquier otra cosa. O tal vez de algo para lo que no estaba preparada. Esperaba que no me despidiera, yo acababa de llegar a la empresa. Y ya se sabe que los últimos en llegar son los primeros en salir. En una época de crisis tan galopante como la actual, una se podía esperar cualquier cosa. Crucé los dedos en mi regazo, esperando su siguiente frase:

—Es verdad, que tú llevas poco tiempo en Barcelona... Bueno, me alegro por ti. Eres joven y es lo que toca, disfrutar cuánto puedas. Aunque el trabajo es también muy importante, ya sabes.

—Claro, Marta. Yo me esmero en todas mis tareas y espero poder seguir creciendo en mi puesto para desarrollarme profesionalmente con vosotros. Me gusta trabajar en la revista y creo que puedo dar más de mí. Si tú...

—Tranquila, Eva, lo estás haciendo muy bien. De hecho, es de eso de lo que te quería hablar. Al final, comiendo con la gente del departamento, ha salido el tema en la conversación. Así que como era el punto principal de la reunión de esta tarde, y ellos ya lo saben, he cancelado el

meeting. Sólo me quedaba comentártelo a ti antes de que te llegara por otro lado la noticia, que aquí hay mucho cotilla suelto...

—¿Comentarme el qué, Marta?

La ilusión se apoderó de nuevo de mí ante la relajación en el gesto de Marta. Quizás Marc tenía razón después de todo. Mi jefa sonrió un poco más y siguió hablando.

—Verás, Eva. No sé si sabrás que nuestro compañero Joan ha caído enfermo y va a necesitar unos meses de recuperación y reposo. Cuenta con todo nuestro apoyo desde aquí, pero debemos seguir trabajando. Y su vacante tiene que ser ocupada, claro...

Yo tuve que poner cara de tonta, asintiendo levemente con la cabeza a todo lo que me iba diciendo Marta. Al final se cumplió la profecía de Marc. Mi jefa me aseguró que le habían llegado muy buenas recomendaciones sobre mi trabajo, y aparte de lo que ella había visto en mí, todos los del departamento pensaban que podrían darme la oportunidad de mi vida.

—Naturalmente, te lo tendrás que ganar. Para empezar, tenemos un par de reportajes para el número de la revista de agosto sobre los que tendremos que decidir. De uno de ellos te vas a encargar tú fijo, lo concretaremos en los próximos días, y después ayudarás en otras tareas a la gente de redacción. Esto es una prueba, Eva, no nos falles. De ti depende que cuando se incorpore Joan sigas formando parte del elenco de redactores o vuelvas a realizar tareas que realmente no le interesan a nadie.

—Por supuesto, Marta, trabajaré muy duro. Muchas gracias por esta oportunidad, intentaré ser merecedora de vuestra confianza.

—No, Eva, no lo intentarás. Ésa no es la actitud adecuada. ¡Lo conseguirás! He apostado fuerte por ti, así que ya sabes.

—Claro, así lo haré, sin duda alguna. Me pongo con ello en cuanto...

—Ahora relájate, no te preocupes. Sigue con lo que estabas haciendo, mañana hablaremos con más calma. Enviaré también la notificación formal a todos los departamentos para que conozcan tu ascenso. Tenemos además que reorganizar las tareas durante el resto de semana antes de dar el siguiente paso. Pero vamos, prepárate para echarle horas durante el mes de julio. Te va a tocar currar de lo lindo.

—Muy bien, Marta. Hablamos entonces mañana —dije levantándome de la silla—. Estoy dispuesta a echar el resto, gracias de nuevo por la oportunidad.

—Venga, deja de darme las gracias y a currar.

Salí de allí con una sonrisa de oreja a oreja. Tuve que contenerme para no saltar de alegría en el camino de vuelta hacia mi mesa. Debía comportarme como una profesional, pero desde luego aquella noticia merecía una celebración por todo lo alto.

Una hora después distinguí a Noemí desde lejos, haciéndome gestos con los brazos. Parecía que ya había terminado su jornada, y yo tampoco quería seguir calentando la silla; así que apagué el ordenador, recogí mis cosas y fui al encuentro de la informática.

—¡Tengo un notición que contarte! —le grité a Noemí nada más llegar a su lado.

—Vaya, veo que vienes muy contenta. No me digas más, mi amigo Álex te ha declarado su amor eterno y tú has claudicado a sus encantos —bromeó a mi costa.

Álex era uno de los amigos de Noemí con los que habíamos pasado la noche de San Juan. Me había tirado los tejos en la playa, pero yo le di largas. Sí, era un chico simpático, poco más. Aparte de que mis pensamientos románticos —por no decir eróticos— estaban ocupados por otro tipo de hombre. Un hombre con el que empezaría a convivir sólo unas horas más tarde.

—No, es algo mucho mejor. Pero bueno, te lo cuento de camino. Mejor hablamos en el

coche, no quiero pecar de indiscreta en la oficina.

—Vaya, pues sí que estás misteriosa hoy. Anda, vamos a tu casa a recoger las cosas. Tenemos una mudanza pendiente.

—¡Yuhuuu! —exclamé como una loca mientras abrazaba a Noemí y bailaba a su alrededor nada más entrar juntas en el ascensor. Menos mal que íbamos solas, aunque no me hubiera importado hacer el ridículo delante de otras personas. Estaba exultante, y quería demostrarlo.

Tras sentarme en el Mini de Noemí lo solté sin más dilación. No podía aguantármelo por más tiempo, ni siquiera habíamos salido todavía del garaje cuando exploté y le conté la buena nueva.

—Joder, ¡qué noticia! No me extraña que estuvieras radiante, Eva. Me alegro mucho por ti, guapa, te lo mereces.

—Gracias, amiga. Hoy está siendo un día increíble. Espero que mis primos no me estropeen esta alegría ahora que me voy a despedir de ellos.

—Tranquila, todo irá bien. Yo te espero abajo, con el coche en marcha. Subes, recoges la maleta, te despides y les dices que estoy en doble fila. Así tienes una excusa y sales rápido de allí. Mejor hacerlo así y no terminar de mal rollo. En el fondo son familiares tuyos y no querrás llevarte un disgusto discutiendo de nuevo antes de marcharte.

—Tienes razón, Noemí, es buena idea. Además, no estoy haciendo nada malo. Recojo, me despido y me voy, así de sencillo. Buff, me he puesto un poco nerviosa, son demasiadas emociones juntas.

—Sólo será un momento, ya lo verás. Prepárate, en diez minutos llegamos a tu antigua casa. Y un rato después creo que te instalarás en uno de los mejores áticos del Eixample. Me das una envidia que no veas, niña.

Noemí siguió bromeando para quitarle hierro al asunto. Sabía que yo estaba preocupada por la reacción de mis primos, y le agradecí su gesto. Nos conocíamos desde hacía poco tiempo, pero desde luego se estaba comportando como una verdadera amiga. Por fin tenía algo de suerte en ese sentido, ya que en mi Toledo natal ya me había llevado más de un desengaño con alguna supuesta amiga que después me había clavado el puñal por la espalda a la menor oportunidad. Ojalá no me sucediera lo mismo en una Barcelona que estaba empezando a gustarme de verdad.

Minutos después llegamos al barrio de la Bonanova. Subí corriendo al piso de los primos de mi padre y me encontré de bruces con Santiago, que salía de la cocina en esos momentos. Él se sorprendió al verme, quizás porque lo que leía en mis ojos no le gustaba lo más mínimo.

—Buenas tardes, Eva. ¿Qué tal tu día? —me preguntó con cautela.

—Muy bien, Santiago, la verdad es que no me puedo quejar. Mi jefa me ha confirmado que me ascienden a redactora júnior, pero...

—Nada de peros, ¡eso es una excelente noticia! En cuanto venga Consuelo de sus recados nos vamos a cenar por ahí, para celebrarlo.

—Te lo agradezco, Santiago, tengo mucha prisa. Mi nueva compañera de piso está abajo esperándome, con el coche en doble fila, y me tengo que marchar ahora. Esta noche ya duermo allí, voy a la habitación a por mis cosas.

—Eva, por favor, no te precipites...

—Lo siento, Santiago, está decidido. Además, ya he pagado el primer mes de alquiler y mis padres lo saben también. No te preocupes, vendré a verte en cuanto me quite un poco de lío —mentí a sabiendas.

—Sí, me lo comentó ayer tu padre. Estuvimos charlando un rato y le aseguré que intentaría convencerte para que te quedaras.

—Gracias por todo, de verdad. No quiero pecar de grosera, pero tengo mucha prisa — contesté mientras enfilaba el camino de mi habitación hasta ese momento.

—Espera, Eva, yo...

Escuché a lo lejos a mi primo, mientras recorría los escasos metros que me separaban de la libertad. Entré en la habitación, recogí las cosas, hice un último repaso para comprobar que no me dejaba nada y salí cargada en dirección a la salida. Santiago se puso en medio, casi como un último intento desesperado. Le lancé una mirada de «Por favor, no hagamos esto más difícil» y él lo comprendió al instante. Se apartó a un lado y me acompañó hasta la puerta.

—Sabes que me tienes para lo que necesites, Eva, no lo olvides. Y por favor, cuídate mucho.

—Claro, Santiago, así lo haré. Muchísimas gracias de nuevo por todo, nos veremos muy pronto. Ah, y despídeme de Consuelo, por favor. Hasta pronto.

Mi primo me dio un abrazo muy sentido, durante más segundos de los que a mí me parecieron razonables. Al final me soltó, abrió la puerta y salió al rellano mientras llamaba por mí al ascensor. Me metí en su interior con todas mis cosas y pulsé el botón correspondiente a la planta baja. Me despedí de Santiago con la mano mientras se cerraban las puertas del artilugio mecánico, a tiempo todavía de ver asomar unas lágrimas en los ojos enrojecidos de la persona que me había acogido al llegar a la Ciudad Condal.

No quise pensar más en ello, ya estaba hecho. La culpabilidad no se apoderaría de mí, sólo estaba siguiendo mi propio camino. Cambié el gesto y me apresté a comenzar una nueva aventura junto a Noemí. Y por qué no, claro que sí, junto a un hombre muy especial que esperaba llegara a sentir algo por mí.

También se me saltaron algunas lágrimas que me sequé como pude antes de llegar al portal. Noemí me vio y salió del coche para ayudarme. Si notó el mal rato que había pasado no lo mencionó, y simplemente abrió el maletero del coche. Guardamos mi equipaje en su interior, cerró la portezuela y sin avisar, me dio un abrazo reconfortante en el medio de la calle. Era lo que necesitaba en ese momento, justo antes de emprender mi nuevo camino.

—Vamos allá, Eva. A partir de ahora quiero caras alegres, hoy es un gran día.

—Por supuesto, Noemí. Y muchas gracias por todo. Sin tu apoyo no hubiera sido capaz de dar el gran paso.

—Anda, déjate de tonterías. Igual te arrepientes de convivir con una maniática como yo, así que ándate con ojito.

—Ya será menos —contesté. O eso esperaba, no quería pasarme el día discutiendo con ella por cuestiones menores de logística o intendencia—. Bueno, arranca de una vez, que tengo ganas de llegar a mi casa.

—Así me gusta. Optimismo y positividad ante todo. Te recuerdo además que tenemos muchas cosas que celebrar.

—Y que lo digas...

En menos de media hora ya estaba instalada en mi nueva habitación. Me llevé una pequeña desilusión al no encontrarme allí con Enrico, que por lo visto tenía una semana bastante complicada. Pero bueno, ya tendría tiempo de interactuar con él. Fuimos entonces a la ferretería a por la copia de la llave y entonces sí, comencé a sentirme como inquilina oficial de aquel hermoso ático del centro de Barcelona.

Capítulo 8

Una sorpresa inesperada

Me desperté sobresaltada y sudorosa. No había podido dormirme profundamente, extrañaba quizás mi habitación de la Bonanova, o tal vez, incluso, mi casa de Toledo. Miré el reloj en la oscuridad, y el reflectante de sus agujas me señaló que sólo eran poco más de las dos de la madrugada. Demasiado pronto. O tarde, según se viera.

Tenía bastante calor, así que me incorporé algo pesada todavía, con los huesos convertidos en chicle, y fui hasta la ventana. La dejé abierta, esperando que corriera una pizca de aire. Pero mis deseos no fueron cumplidos. La noche barcelonesa caía con todo su bochorno, y eso que todavía no había comenzado el verano de verdad.

La humedad reinante me estaba matando. En mi tierra los veranos son secos y muy calurosos, y yo sobrellevaba mucho peor aquel sofoco, esa humedad relativa del aire que te hacía sudar aunque los termómetros no subieran tanto como en la meseta castellana. La proximidad del mar era a la vez una bendición y un auténtico agobio con el que tendría que empezar a acostumbrarme.

Regresé a la cama y comencé entonces a dar vueltas. Me sobraba todo, y eso que sólo llevaba encima unas braguitas de dormir y una camiseta cortada que me tapaba apenas los senos, pegados a mi cuerpo debido al calor. La sensación no me agradaba para nada, poco podía hacer. Incluso estuve tentada de ir al baño y darme una buena ducha fría, pero no quería despertar a mis nuevos compañeros de piso. Debía calmarme, relajarme poco a poco y volver a dormirme. La mañana siguiente llegaría muy pronto y no quería pasarme la noche en vela.

No sería la primera vez que me sucediera algo así; ya había tenido épocas terribles, con un insomnio agotador que me devoraba por dentro. En los dos últimos años lo había llevado mejor, quizás tanto cambio me había alterado los biorritmos. En Toledo probé de todo, y al final lo único que me funcionaba para dormir como un bebé eran unas pastillas de herbolario. No sabía si realmente me funcionaban debido al efecto placebo, pero eran mano de santo para mi problema. Me tomaba una pastilla media hora antes de irme a la cama y me quedaba frita casi al instante. Buscaría alguna parafarmacia o herbolario en el barrio para comprarme una caja. Tenía unas duras semanas por delante y si no descansaba en condiciones no podría rendir en el trabajo.

Además, no podía aparecer con ojeras ni en mi propia casa. No si quería que Enrico se fijara en mí y yo tuviera la más mínima oportunidad ante las diosas con las que se solía relacionar. Ummm, Enrico... Fue pensar en él, y activarse de nuevo mi libido. Ahora sí que me sería imposible volver a conciliar el sueño.

¡Maldita sea! La situación me superaba, y más al pensar que por primera vez, estaba durmiendo a escasos metros de su habitación. Me daban ganas de ir hasta allí, entrar a escondidas en su cuarto, y meterme en su cama. Quizás le diera un susto de muerte o le alegrara la noche, quién sabía...

Alejé aquellos pensamientos pecaminosos de mi cabeza. Si mi primita Consuelo llegaba a saber lo que se me estaba pasando por la cabeza en esos momentos, me denunciaría al Vaticano por impía. De ahí a la excomunión había sólo un paso. Y de nuevo me asaltó la imagen de Júnior en mi cajón, aunque con la mudanza no sabía muy bien dónde había guardado mi pequeño

juguete erótico. Aunque tampoco podría usarlo. No quería arriesgarme a despertar a mis vecinos con su potente motorcito, menuda vergüenza si sabían a lo que me dedicaba por las noches en mi cama.

Refunfuñé, pegándome con las sábanas. Ya no sabía cómo colocarme en el lecho. Ni boca arriba, ni boca abajo, ni de lado conseguía encontrar una postura cómoda, con la ropa totalmente pegada a la piel. Entre el bochorno reinante y mi imaginación calenturienta, temía perder del todo aquella noche infame.

Decidí entonces acercarme a la cocina a beber un vaso de agua y también pensé en asomarme a la terraza para respirar algo de aire. No sería tan puro como el de la montaña, pero seguro que algo de brisa marina llegaría hasta nosotros. Era una tentación demasiado fuerte. Podría tumbarme en una de aquellas hamacas, parecían bastante cómodas.

Enseguida desistí de mi alocada idea. Tendría que pasar por delante de la habitación de Enrico y salir a la intemperie con lo puesto. Tal vez me quedara dormida así, en braguitas y con aquella camiseta de dormir tan poco decorosa nada más tenderme en la hamaca, no podía arriesgarme. Si me pillaran mis compañeros de tal guisa a la mañana siguiente sería mucho peor el remedio que la enfermedad. Y tampoco pensaba colocarme un pijama de invierno.

Así que regresé a mi primer pensamiento, poniéndome en pie antes de salir del cuarto para acercarme a la cocina. Era mucho mejor para mi salud mental dirigirme en dirección contraria a la habitación del italiano, por si acaso. Yo no era una sátira, pero una mano irrefrenable tiraba de mí con una fuerza que jamás hubiese imaginado. Y no, debía ser consecuente y no caer en la tentación. Y menos si quería que mi compañero me tomara medianamente en serio y no como a una vulgar mujerzuela, aparte del cabreo monumental que podría pillar Noemí.

No conocía bien la casa y a oscuras temía golpearme con algo o tirar cualquier figurita de adorno. No me quedaba otra, debía hacer el menor ruido posible y conseguir llegar a la cocina sana y salva, pero sin encender ninguna luz. Así que me dirigí hacia la puerta de mi habitación, la abrí con cuidado y me asomé al oscuro pasillo. Miré un momento en dirección al cuarto de la fuente de mis deseos, pero no, debía dirigirme hacia otra fuente: la que manaba agua en la pila de la cocina.

Avancé a tientas, apoyándome en la pared para ir con mayor seguridad. Mis pies descalzos retumbaban contra el suelo, una tarima que crujía en algunas partes más que en otras, o eso me pareció en ese momento. Dejé de pensar en tonterías, ni que fuera aquello una incursión nocturna en las filas enemigas. Sólo quería llegar a la cocina y beberme un refrescante vaso de agua. Me parecía a mí que iba a pasar del grifo para beber directamente de cualquier botella que encontrara en la nevera, tal era el grado de sed y calor que se iba apoderando de mí por momentos.

Pasé junto a la puerta de la habitación de Noemí, todavía con mayor disimulo, y entonces escuché un leve crujido. Me di la vuelta, algo asustada, sin distinguir nada diferente. Desde luego era una miedosa, temblando por cualquier ruido nocturno. Serían seguramente las cañerías del edificio, un inmueble que por mucho que reformaran tenía ya bastantes décadas encima. Eso o cualquier sonido procedente del vecindario. Así que miré de nuevo al frente y me adentré en el salón.

Caminar por el pasillo, pegada a la pared, había sido más fácil que lo que vendría continuación. En el salón me encontraría obstáculos, y en ese momento no podía recordar con exactitud la posición del sofá o la mesa de comedor. Ya temía pegarme un doloroso golpe en la rodilla o en la cadera, sabiendo además que siempre había sido un poco patosa. Me veía con los dientes en el suelo, desmadejada y dolorida, mientras mis compañeros acudían a auxiliarme y yo

me moría de vergüenza de nuevo. No, eso tampoco iba a sucederme, por lo menos durante esa noche. Mi objetivo estaba cada vez más cerca, y no pensaba renunciar a llegar a la meta de una pieza.

De pronto una silenciosa sombra se abatió sobre mí, y no tuve tiempo de reaccionar. Una mano poderosa me tapó la boca ante el inminente grito que iba a soltar, y sentí a mi lado la vigorosa presencia de un hombre alto y fornido, que me chistó al oído:

—Schhh, Eva. No te asustes, soy yo...

—Joder, Enrico, ¡casi me muero de la impresión! —repliqué en voz baja cuando el italiano retiró su mano de mi boca—. Iba a por agua, lamento haberte...

—Calla, por favor.

—¿Qué demonios...? —intenté decir.

Antes de terminar la frase sentí los carnosos labios de Enrico en mi boca, besándome casi con rabia y frustración. Sorprendida, intenté echarme hacia atrás y me golpeé con el sofá, que estaba a mi espalda. Él se abalanzó de nuevo sobre mí, intentando acallarme con sus ardorosos besos, pero ésa no era la idea que yo había tenido sobre nuestro primer encuentro amoroso. Así que luché contra él, golpeándole en su pecho desnudo. Él me sujetó con fuerza los brazos y me inmovilizó con su cuerpo contra el sofá, adentrando poco a poco su lengua en mi boca mientras yo dejaba de luchar.

Mi cuerpo se rebeló ante mi primera intención, y el deseo me incendió por dentro. Yo necesitaba sentir a aquel hombre, y a fe que lo conseguiría. Quizás no había sido el encuentro romántico que toda mujer tiene en su mente cuando piensa en su príncipe azul, pero en esos momentos me daba igual. Mis pensamientos se nublaron y la pasión se apoderó de mí, cediendo a la dulce tentación.

Enrico siguió besándome con deleite, seguro de su victoria. Su lengua juguetona se adentró en mi boca, mientras me mordía suavemente en el interior de mis labios. Bebió de mí, sediento, mientras yo anhelaba que prosiguiera hasta poder disfrutar de todos los néctares de mi cuerpo susurrante.

Apretada contra él, mis manos comenzaron a recorrer su fuerte espalda, mientras notaba como las suyas me arrancaban sin piedad mi exigua camiseta. Mis pechos se enfrentaron a la fuerza de la gravedad, desafiantes, con mis pezones enhiestos pidiendo guerra. Eso pareció sorprender a Enrico, que soltó un gemido gutural de placer y agachó su cabeza, perdiéndose entre mis senos.

—Ummm, qué ricos. No sabes las ganas que tenía de probar esta exquisitez, Eva. Eres una diosa...

Aquellas roncadas palabras, escuchadas en la quietud de la noche junto a mi oído, destrozaron todas las defensas que pudieran quedarme. Sin darme cuenta abrí las piernas, que hasta ese momento aguardaban en posición defensiva ante el primer ataque de mi adversario. Pero ahora necesitaban otro tipo de guerra, y el italiano estaba dispuesto a combatir en ese húmedo campo de batalla.

Gemí de placer y eché la cabeza hacia atrás, cuando los labios de Enrico se posaron sobre mi areola derecha, sorbiendo a continuación mi dolorido pezón. Lo mordisqueó con delicadeza, y movió su cara contra mi pecho, volviéndome loca. El contacto de su incipiente barba sobre la delicada piel de mi torso disparó una alarma en mí, con la humedad palpitante invadiendo mi entrepierna hambrienta.

Siguió jugando conmigo, perdiéndome en los abismos de la lujuria. Sus manos ávidas

masajeaban mi culo, sólo separado de sus expertos dedos por unas minúsculas bragas que ya estaban empapadas. ¡Me estaba volviendo loca! Si seguía así me correría casi al instante, mi organismo cabalgaba a toda velocidad hacia el abismo y yo no quería ni podía pararlo.

Dejó descansar mis pechos un instante, subiendo su cabeza hacia mi cuello. Quizás fue peor el remedio que la enfermedad, ya que empezó a besarme en esa delicada parte, subiendo después hacia el lóbulo de mi oreja, mientras sus manos pasaban del culo a las tetas sin apenas darme tiempo a respirar. Enrico estaba ansioso, igual de hambriento que yo, y me quería devorar por completo. Y esta tierna oveja quería ser devorada por el lobo, de la cabeza a los pies.

Retorció entonces mi pezón derecho con su mano izquierda y gemí de dolor, aunque quizás era más el placer lo que provocó el respingo. Entonces noté como la otra mano se abría paso entre mis piernas, subiendo por la cara interna de los muslos. Yo estaba dispuesta a recibirlo, y anhelaba sentirlo dentro de mí.

Mientras seguía besándome el cuello y el rostro, Enrico metió un temeroso dedo en mi interior. Pareció tensarse un momento, quedándose quieto. Quizás le había sorprendido encontrarme tan receptiva, totalmente mojada para él. Al momento se recompuso, con más seguridad, e introdujo dos dedos en mi cálida vagina. Tuve que morderme el labio para no gritar. Comenzó a moverlos rítmicamente, entrando y saliendo de mi cueva ardiente, deseosa de más...

No podía pararme a pensar en lo que estaba sucediendo, era demasiado fuerte. Yo sólo había ido a por agua, y ahora me encontraba abierta de piernas, deseando que Enrico me poseyera con todas sus fuerzas. Anhelaba sentir su pene en mi interior, bombeando con potencia hasta fundirnos en un solo ser. Sin embargo, no podía permitirlo, no eran esas maneras de comenzar nada y...

No pude seguir concentrada en mis pensamientos, ya que toda la sangre se me agolpaba en el bajo vientre. El cabronazo sabía a lo que jugaba, y cuando apresó el clítoris entre sus dedos confirmó que había conseguido su propósito. Con unos rítmicos movimientos alrededor de mi abultado botón consiguió que me terminara de derretir, echando mi cabeza hacia delante mientras me dejaba vencer por la naturaleza.

Apreté mi cara contra su cuello, intentando acallar mi grito ancestral ante la ola gigante que se avecinaba. El orgasmo me llegó sin avisar, anegando mis sentidos. Clavé mis uñas en su espalda y me convulsioné, todavía con los dedos de Enrico penetrando mi intimidad. Fue auténticamente brutal...

Tardé unos segundos en recomponerme, pero enseguida levanté mi rostro, mirándole directamente a los ojos. Me había acostumbrado a la oscuridad y, aunque en penumbras, pude atisbar sus hermosos rasgos. Enrico permanecía todavía con su mano en mi entrepierna, pero en ese momento fui yo la que le devolví la moneda. Le palpé por encima del bóxer, revelando una potente arma que deseaba entrara de una vez en acción.

Enrico no me permitió seguir investigando por ahí, y tomó de nuevo la iniciativa. Me quitó entonces mis braguitas, triunfante, y me levantó en volandas, totalmente desnuda y expuesta para él. Me agarré con mis piernas a su cintura y dio unos pasos conmigo en esa posición. Me volvió loca de placer sentir la punta de su ardiente virilidad, todavía dentro de su prisión de nylon, rozándome en mi acalorado pubis. La locomotora interna de mi pasión comenzaba de nuevo a desbocarse, pensando en la próxima estación que anhelaba visitar. Y o se decidía de una vez, o iba a estallar, rota por el deseo infernal de mi cuerpo. Quería a Enrico dentro de mí y lo necesitaba ya...

Chocamos contra la pared medianera entre la cocina y el salón, justo al lado de la abertura

que separaba aquellas estancias, donde yo había vislumbrado por primera vez la potencia sexual de mi italiano preferido. Solté un grito, más por la sorpresa al chocar mi espalda contra el yeso, que por el dolor causado por el golpe. No me preocupé por despertar a Noemí, sólo quería que Enrico se dejara de tonterías y terminara de...

Pero no, seguía retozando conmigo, disfrutando del momento. En aquella posición tan vulnerable, completamente desnuda y aprisionada contra la pared, deseé que Enrico se clavara dentro de mí, olvidándose de todo lo demás. Mis caderas se movían a su ritmo, rebozándose contra él, anhelantes. Y sin embargo, Enrico me miró, desafiante, y su sonrisa maquiavélica me dio a entender que todavía me quedaba por sufrir un rato más.

Cabreada por no obtener mi recompensa, le golpeé en su espalda mientras él me movía otra vez, esta vez en dirección hacia el sofá. El muy ladino me dejó caer allí, totalmente desmadejada, mientras se abalanzaba sobre mí para que no pudiera escapar. La tortura era excitante, yo no podía más. Lo necesitaba imperiosamente, y él seguía jugando con mis esperanzas.

Me aprisionó las dos manos con su poderosa zarpa izquierda, mientras con la derecha posaba un dedo sobre mis labios, quizás implorando silencio ante mis gemidos cada vez más fuertes. Me metió entonces el pulgar en mi boca y yo lo mordí con saña, primero por gusto y placer, ya que estaba totalmente cachonda, pero también por darle su propia medicina. Si yo sufría por su culpa, no estaría mal infligirle a él un poquito de dolor.

Su cabeza estaba posada sobre mi pecho, disfrutando de mis senos, henchidos ante sus feroces acometidas. Entonces se revolvió y levantó su testa, sorprendido ante el pequeño mordisco. Me miró con lujuria y asintió, como diciendo que él también sabía jugar a ese peligroso juego. Y yo llevaba las de perder.

Mientras seguía sujetándome las manos comenzó a bajar su rostro, primero por mi abdomen y mis caderas, perdiéndose en mi ombligo. Yo gemí de placer, intentando desembarazarme de sus fuertes brazos. Pero sus garras me tenían presa, totalmente arrebatada y perdida, esperando su benevolencia.

Entonces bajó su cabeza algo más, lamiendo con delicadeza la cara interna de mis muslos. Yo me resistí, intentando cerrar las piernas, más como castigo por su insolencia que otra cosa. Pero él me abrió de nuevo sin esfuerzo, recorriendo mis ingles con la yema de sus dedos. El calor supuraba por todos mis poros, y allá dónde él tocaba me sentía quemada por dentro, devorada por la pasión que estaba a punto de desbordarse.

Yo sufría y disfrutaba a la vez, sabiendo lo que venía a continuación. Y de pronto me relajé y le dejé hacer, quería disfrutar del momento. Un instante después la boca de Enrico se apoderaba de mis labios externos, mientras su lengua jugueteaba con los carnosos pliegues que cubrían la entrada al verdadero éxtasis. Notaba su rostro en mi interior, y yo me apreté contra él. Con la mano izquierda me agarré un pecho, apretándome el pezón, mientras con la derecha tiraba de su cabello para después empujar su cabeza contra mi sexo, totalmente rendida ante él.

Arquee mis caderas, queriendo levantarle con mis movimientos. Pero pesaba demasiado para mí, y su boca estaba disfrutando de su manjar preferido. Enrico apresó mi clítoris con sus dientes y yo di un respingo, mientras su lengua seguía abrasando con fuego mi interior. De pronto reventé como una exclusiva, llenando el rostro de Enrico con el fruto de mi derretido ser.

Él levantó entonces su cara, llena de mí, mientras vi cómo se relamía de placer. Le miré suplicante, rogando para que terminara aquella tortura maravillosa. No tuve que pedirselo más. Enrico se quitó la única prenda que llevaba y entró de mí de golpe, sin avisar, ensartándome con violencia con su poderoso pene.

Entonces sí, chillé de placer, olvidándome de dónde estaba. Le apreté contra mí, queriendo sacarle toda su esencia. Él se incorporó brevemente, mirándome a los ojos, mientras me asestaba puñaladas de carne que amenazaban con partirme. Notaba cómo entraba y salía de mí, llenándome por completo con aquello que llevaba tanto tiempo esperando.

Enrico comenzó a moverse con mayor velocidad, buscando quizás su propio clímax. Pero yo había recuperado la conciencia, aparte de que ya me había corrido dos veces gracias a sus desvelos. Así que aproveché un momento de debilidad suyo, cuando se apoyó mejor en el sofá con sus manos para no hundirse tanto, y giré hacia un lado. Él se sorprendió ante mi brusco movimiento y al intentar incorporarme se separó de mí, saliendo de mi palpitante vagina. Y es que yo tenía otra idea mejor.

Él pareció disgustado, enfurruñado ante la pérdida de su inminente orgasmo, pero yo le recompensaría de otro modo. Se quedó medio recostado sobre el sofá y yo le empujé, subiéndome entonces encima de él. Enrico se percató de mi movimiento y me dejó hacer. Se quedó entonces sentado en el sofá, apoyado contra el respaldo y con mi cuerpo encima, sobre sus piernas. Atisé entonces la increíble erección que se mostraba ante mí, con el glande totalmente morado, hinchado por la sangre que inundaba su poderoso músculo.

Sin pensarlo me puse en cuclillas sobre el sofá, agarrándome con una mano a su hombro. Me acerqué hacia él, subí unos centímetros mis caderas y me dejé caer de golpe, clavándome su herramienta hasta el fondo de mi alma. Los dos soltamos el grito a la vez. Él por la sorpresa y la caliente acogida en mi interior; y yo por verme de nuevo llena, totalmente repleta por aquel hombre que me volvía loca.

Enrico intentó moverse, subiendo sus caderas para acompañar mi ritmo. Pero yo no lo permití. Comencé entonces a cabalgarle con premura, primero al trote, y más tarde al galope. Me dejé llevar, apoyando mis manos en su pecho mientras mi purasangre me miraba embelesado. Fui yo entonces la que acerqué mi mano hacia su ávida boca, mientras él me mordisqueaba los dedos, acelerando su respiración al mismo ritmo que yo incrementaba mis acometidas.

Eché entonces mi cuerpo hacia atrás, subida a lomos de un semental que quería poseer para siempre. Vi en los ojos de Enrico que estaba a punto de alcanzar su orgasmo, y quise acompañarlo en ese momento tan glorioso. Me concentré en mi interior, sintiendo como mis paredes internas apesaban con fuerza su verga, queriendo exprimir hasta la última gota de su esencia. Y entonces...

—Eva, por favor, no pares. Me voy a correr...

—Sí, cariño, yo también —gemí como pude ante la fuerza de nuestra cópula salvaje, moviéndonos cada vez con mayor frenesí.

Entonces me desconcentré ante un extraño sonido. Una ululante sirena comenzó a golpear me los tímpanos, mientras sentía como la lava incandescente que me abrasaba por dentro paraba un segundo en su alocada salida al exterior. Enrico me miró desconcertado, sin saber lo que ocurría, mientras ambos escuchábamos lo que parecía ser una alarma de incendios.

—¿Pero qué demonios es eso? —pregunté cabreada, a punto de perder la compostura.

—Eva, por favor, ¿qué haces? No te vayas. Eva, no....

De pronto se me nubló la vista y perdí el sentido, todavía con Enrico dentro de mí. Caí en una completa oscuridad, mientras mi cuerpo dejaba de responder a las señales de mi cerebro...

Cuando volví en mí me encontraba de nuevo en mi cuarto, tumbada sobre la cama. Me palpé por encima y noté que llevaba todavía la ropa. No podía ser. Mis bragas y la camiseta seguían en su sitio y yo... Sí, estaba totalmente mojada, eso podía sentirlo antes siquiera de comprobarlo

con mis dedos. Pero entonces, ¿qué había sucedido?

De pronto la maldita alarma de mi móvil crepitó de nuevo. Todavía no manejaba bien aquel aparato infernal y me solían pasar cosas raras con él. Apagué el molesto soniquete y me fijé en la hora: las 2.15 de la madrugada...

Sudorosa y cabreada, aparte de completamente mojada, me percaté de la cruda realidad. Todo había sido un maldito sueño, y yo seguía en mi habitación. Y ahora sí, totalmente desvelada y con un calor de mil demonios. Y no sólo externo. El fuego que devoraba mis entrañas no había sido calmado del todo, y eso que en aquel sueño erótico tan real había disfrutado como jamás ningún hombre me hizo gozar en la vida hasta ese momento.

Capítulo 9

Bienvenida al vecindario

Después de dormitar a duras penas un par de horas, me desperté de mal humor, y no podía hacer nada por evitarlo. Intenté olvidar mi nochedita para concentrarme en la jornada que tenía por delante. Así que puse buena cara al mal tiempo, y me apresté a comerme aquel miércoles que tenía por delante.

Tras desayunar las dos juntas en la cocina, sin atisbo alguno del potro italiano a la vista, me dirigí a la oficina con Noemí, saliendo ya las dos a la vez del ático que compartíamos. Era un auténtico chollo, ni siquiera tenía que coger el transporte público y contaba con mi chofer particular. Por supuesto le dije a mi compañera que pagaría la mitad de la gasolina por lo menos, algo a lo que ella se negó, alegando que de momento seguía teniendo sueldo de becaria. Detalle esencial que era cierto, por mucho que supuestamente me hubieran ascendido a la categoría de redactora júnior.

No quería meter la pata nada más empezar, pero intentaría sacar el tema en mi conversación con Marta. Una reunión que fue más breve de lo que me esperaba y es que mi jefa siempre tenía multitud de cosas que hacer. Me dio una documentación que había estado recopilando Joan antes de enfermar, relativa a un reportaje que estaba preparando sobre la corrupción política en la Generalitat, ya que quería que yo me empapara de los datos principales. Un tema algo delicado para comenzar, pero no pensaba arredrarme.

—Échale un vistazo a lo que te he pasado, y de ese modo te vas familiarizando también con nuestro método de trabajo. Te envío ahora por mail otros archivos, así aprenderás cómo tienes que enfocar los artículos y reportajes. No sé si finalmente te harás cargo del tema de la Generalitat, quizás lo dejemos para más adelante. Es un asunto complicado, llega el verano y estos temas políticos mejor afrontarlos en otoño. Le doy una vuelta entre hoy y mañana y te comento. Tengo otra cosita para ti que quizás sea mejor, aunque el tema también se las trae.

—Lo que prefieras, Marta. Por mí no te preocupes, estoy dispuesta a dejarme las pestañas con el reportaje que me asignéis.

—No sé, la verdad, no quiero equivocarme. Con tu inexperiencia en temas políticos no creo que le pudieras sacar la suficiente chicha a este asunto, y ahí tenemos un filón. La corrupción de altos cargos y familiares puestos a dedo es flagrante en muchos estamentos públicos, y debemos contrastar bien las fuentes para no recibir una demanda judicial. Y el otro posible artículo es también algo escabroso, pero en otro sentido...

—Bueno, yo me voy repasando esto y espero el resto de la documentación. Lo que decidáis estará bien, tengo muchas ganas de empezar a trabajar en el reportaje que finalmente se decida.

—Quizás hable con dirección y cambiemos un poco el enfoque. Bueno, ya te contaré, no te preocupes. El trabajo en una revista es cambiante y hay que adaptarse a lo que salga. Ya lo irás viendo con el tiempo. Luego hablamos.

Marta me dejó allí, más confundida que otra cosa, sin saber muy bien a lo que se estaba refiriendo. Así que me apliqué en estudiar bien toda la documentación que me habían pasado: folios y folios relativos a los tejemanejes de los mismos políticos que después se llenaban la boca diciendo que todos nos teníamos que apretar el cinturón para sacar el país adelante. Todos menos

ellos, claro.

No quería engañarme a mí misma, quizás me quedara algo grande ese tema. También me había picado la curiosidad lo otro comentado por mi jefa. No sabía a qué se refería con ese asunto escabroso, pero lo averiguaría muy pronto. Quizás mi vida habría sido algo distinta si la decisión final de Marta hubiera sido otra.

Pude dominar mi mente al tenerla ocupada todo el día, así que ni volví a recordar aquella experiencia onírica tan pecaminosa de la jornada anterior. Regresé al ático como si nada hubiera sucedido, dispuesta a comenzar de cero.

Esa noche cené con Noemí en mi nuevo hogar, con otra pequeña desilusión para mi mochila. Ni rastro de Enrico en toda la tarde-noche. No quería ser pesada ni poner sobre aviso a Noemí, así que obvié el tema, por mucho que me doliera. Sabía que el italiano entraba y salía del piso cuando le venía en gana, pero me parecía algo extraño. Realmente sólo había coincidido con él cuando me lo presentó brevemente en la terraza, aparte de disfrutar de su cuerpazo en sueños. Y eso era todo. Algo muy pobre para las expectativas que me había creado en un principio. ¿Me estaría evitando?

A la mañana siguiente me desperté antes siquiera de que sonara el despertador de mi móvil. Todavía no me había acostumbrado a mi nueva habitación, y lo notaba. Entre la novedad, el calor nocturno que ya se había instalado en la ciudad, y las mariposas que revoloteaban en mi estómago ante la presencia de Enrico —sólo virtual hasta ese instante, ya que ni habíamos vuelto a intercalar una sola palabra entre los dos—, esa noche no descansé tampoco como me hubiera gustado. Aunque por lo menos no tuve sueños extraños, ni me creí envuelta en una apasionada locura que sólo estaba en el interior de mi cabeza.

De todos modos ya era hora de despertarme. Total, para estar remoloneando en la cama, prefería ir haciendo cosas. Podía darme una ducha y desayunar tranquilamente mientras se levantaba Noemí. A mí siempre me ha gustado tomarme las cosas con calma por la mañana. Si alguna vez me he dormido para llegar a clase lo pasaba fatal intentando salir corre que te corre de casa. El desayuno es la comida más importante del día y es mejor que se asiente en el estómago, con tranquilidad y sosiego, antes de empezar una nueva jornada. Incluso podría ver el noticiario matinal si quería.

Además, tampoco pretendía que Noemí me fuera a llevar todos los días a la oficina en su coche. En ocasiones ella tenía turnos diferentes e incluso ya me había avisado que en julio posiblemente tuviera más de una guardia nocturna en su puesto como encargada de Sistemas Informáticos. Así que tendría que aprender también a moverme en metro y autobús para ir de casa al trabajo. El ático me pillaba más cerca de la empresa que la casa de la Bonanova, por lo que por ese lado también había salido ganando.

Con ese pensamiento en la cabeza cogí una muda limpia, mi toalla y el neceser, y me dirigí hacia el baño situado al final del pasillo. La habitación de Enrico quedaba enfrente, y permanecía todavía con la puerta cerrada. Tenía ganas de volver a verle, quizás esa noche se dignara aparecer y podríamos cenar los tres juntos. Más que nada por empezar a conocerle mejor, no necesariamente en el sentido bíblico, que para eso éramos compañeros de piso y hasta ese momento para mí era casi un holograma en mi mente.

Entré en el cuarto de baño y cerré la puerta con pestillo, aunque realmente nadie iba a entrar. Noemí tenía su propio baño y el italiano seguía sin dar señales de vida. Era una simple manía como otra cualquiera, aunque seguro que mis padres la habrían aprobado.

Me di una generosa ducha con agua caliente, disfrutando del chorro revitalizante de líquido

sobre mi cabeza. Los músculos doloridos del cuello y espalda agradecieron también su balsámico efecto, estaba muy cerca de contracturarme. Debía retomar los hábitos saludables: algo de ejercicio, dieta sana, dormir por lo menos 7 horas del tirón e intentar disminuir el estrés. Algo complicado dadas las circunstancias. No quedaban más salidas, en caso contrario podría pasarlo muy mal. No sería la primera vez que una contractura en cuello o cervicales me dejaba para el arrastre.

Siempre podía buscar algún fisioterapeuta en la ciudad, seguro que los habría muy buenos. En Toledo iba una o dos veces al año a un chico muy majo que trabajaba en el casco antiguo. Pero en Barcelona no conocía a nadie, tendría que pedir consejo. Aunque tal vez lo que de verdad deseaba era que esa tensión muscular me la quitaran unas manos fuertes y adiestradas, las manos de un hombre al que no podía alejar ni cinco minutos de mi cabeza. Me estaba obsesionando y eso no era bueno. Ese Enrico...

Seguí con la ducha y empecé a tararear una canción de moda mientras me enjabonaba. Siempre me ha gustado cantar, aunque no lo hago demasiado bien, la verdad. No quería subir demasiado el volumen por no despertar a Noemí, que seguramente seguiría soñando con los angelitos. Así que cerré la boca y le di de nuevo al agua para aclararme.

Unos segundos después corrí la mampara esmerilada de la ducha para salir al exterior. Me había entrado algo de jabón en los ojos y no veía con claridad, así que tras poner los pies en la alfombrilla colocada a los pies de la ducha, busqué a tientas la toalla para poder restregarme a conciencia los ojos antes de secarme. En ese momento, escuché una voz masculina a muy escasa distancia, instantes antes de taparme instintivamente con la toalla mientras recuperaba la visión del todo.

—Vaya, vaya... —comenzó diciendo Enrico—. Creo que me podría acostumbrar a este tipo de visiones por la mañana temprano.

—Pero ¿qué haces aquí? —grité furibunda ante la falta de intimidad. Notaba los ojos negros de Enrico clavándose en mi anatomía desnuda, sólo cubierta por una toalla nada decorosa. Desde luego no era la mejor manera de comenzar nuestra relación como compañeros de piso—. Sal de aquí, por favor, tengo que arreglarme.

El italiano se demoró un instante más, parecía que disfrutaba con la situación. Con los vapores del baño, el ambiente se encontraba algo cargado y no nos veíamos con completa nitidez, pero el rictus canalla de su boca me confirmó lo que mi mente ya barruntaba. Enrico pensaba hacerme sufrir un poco en nuestra primera mañana juntos. Quizás fuera su manera de marcar un territorio que hasta ese momento había sido sólo suyo.

Entre la vergüenza y la situación, con mis ojos todavía obnubilados por el jabón y los vapores de agua, no me había fijado bien en el bello espécimen que tenía enfrente. Mi vista seguía clavada en aquel rostro perfecto, sonriendo con un cinismo que resultaba casi insultante. Y me estaba perdiendo lo mejor. Y ya que él disfrutaba de la situación, no sabía si sólo por mi azoramiento o porque le gustaba lo que veía, no iba a ser yo menos.

Con el ruido de la ducha no me había enterado de su entrada, pero él sí debía haber notado que el baño estaba ocupado. Enrico había comenzado a afeitarse, y tenía medio lado de la cara cubierto con espuma. Aun así estaba arrebatador, muy sexy. Ver a un hombre rasurarse la barba siempre me ha parecido algo sensual, diría incluso que hasta erótico. Nunca había tenido la oportunidad de coger una maquinilla —o una navaja bien afilada— y proceder yo con esa tarea tan delicada. Ese hoyuelo de la barbilla era sumamente tentador...

A excepción de unos bóxer blancos, Enrico no llevaba nada de ropa. Pude admirar su vientre

plano y su torso esbelto, sin llegar a ser excesivamente musculado. Se le marcaban las abdominales y esas dos curvas tan peligrosas que unen el abdomen con la pelvis. Llevaba el pelo despeinado y tenía ojos de sueño, pero a mí me pareció encantador. Hasta que caí en la cuenta de que llevaba unos segundos esperando una respuesta que no llegaba.

—Disculpa, la falta de costumbre. Me he levantado atontado y he entrado sin más, ni siquiera me acordaba de que ya te habías instalado en el piso.

—Pero..., yo había echado el pestillo desde dentro. ¿Cómo has podido pasar? Además, nada más entrar tendrías que haber escuchado el sonido del grifo —pregunté alucinada, cada vez menos incómoda con aquella situación surrealista.

—Bueno, una de las pegas de la casa. Parece que engancha el cierre, pero salta enseguida. Yo he abierto normal, con un poco más de esfuerzo, nada más. Pensaba que estaba algo atascada la puerta, y no se me había ocurrido que fuera a causa del pestillo. Tendré que arreglarlo un día de estos ahora que vamos a compartir baño. Lo lamento, Eva. Además, estoy tan dormido todavía que ni me había percatado del grifo, pensaba que serían las cañerías de arriba. Anoche llegué tarde y no es que haya descansado demasiado —contestó divertido.

—Vale, acepto tus disculpas. Espero que sea la última vez. Y ahora, si haces el favor... —repliqué con algo más de aplomo. El italiano seguía mirándome con descaro, aquello no podía continuar.

—Sí, claro, perdona. Regresaré a mi habitación hasta que termines con el baño. Y buenos días, que no te había dicho nada.

Enrico se marchó de allí, dejándome todavía anonadada. Menuda manera de comenzar el jueves. Tuve que sonreír a mi pesar, el muchacho tampoco tenía la culpa. Yo me había convertido en una intrusa en sus quehaceres habituales y él simplemente había seguido sus rutinas, nada más. Sus excusas eran bastante peregrinas, pero tendría que creérmelas, no me quedaba otra. No iba a montarle un pollo nada más llegar al piso.

Me sequé del todo, me puse la muda, un pantalón corto y una camiseta, y salí al pasillo de nuevo. Ni rastro del italiano. Me adentré de nuevo en la habitación, dispuesta a vestirme antes de acercarme a la cocina a desayunar.

Segundos después escuché pasos vacilantes. Seguramente Enrico regresaba de nuevo al baño a proseguir con el afeitado interrumpido. No pensaba volver allí por el momento, por lo menos esa mañana, así que me secaría un poco el pelo en mi habitación. Tenía el secador todavía en mi maleta, sin colocar, por lo que no habría mayor problema. Además, entre el pelo corto y el calor que hacía, no necesitaría demasiado repaso en mi cabeza antes de dar por finalizada la fase de peinado.

Tuve que sonreír ante lo absurdo del momento. Al principio me incomodé con la presencia de Enrico en el baño, e incluso me había asustado al no saber a quién me encontraría tras salir de la ducha. Si lo pensaba con calma había sido hasta cómico, eso de encontramos cara a cara con otra persona semidesnuda sin apenas darnos cuenta ninguno de los dos. Y por qué no decirlo, también fue una escena de lo más sugerente.

No pensaba preguntárselo nunca al italiano, tal vez él me había visto completamente desnuda en el tiempo transcurrido entre que salí de la ducha y me rebujé con la toalla. Se encontraba de espaldas a mí, aparentemente pendiente de su afeitado y pudo haberme intuido por el espejo, aunque fuera durante un solo segundo. Ese pensamiento turbador me hizo enrojecer hasta la raíz del cabello, mejor ni me lo planteaba.

Prefería que Noemí se levantara más tarde esa mañana, no quería comentar la jugada en el

desayuno, por si acaso. Así que una vez arreglada me fui a la cocina y me puse una taza de la cafetera que ya tenía preparada la dueña del piso. Un par de galletas para rellenar el estómago, justo a tiempo de que el resto de habitantes de la casa hicieran su aparición por la cocina. Noemí en pijama, con el pelo revuelto y una cara de sueño increíble; y el atractivo italiano con pantalones cortos y una camiseta que todavía permitían vislumbrar su maravillosa anatomía. Mejor dejaba de mirarle y me concentraba en otra cosa.

—Vaya, Eva, veo que has madrugado bastante. Yo he apagado el despertador y me he levantado como un zombi. Hoy no tengo ganas de ir a trabajar —aseguró Noemí.

—Sí, tengo mucho que hacer en la oficina. No te preocupes, tú a tu bola. Yo me voy a ir para el curro, que quería también aprender la combinación de metro.

—Como quieras, yo no tardaré mucho. Si me esperas vamos juntas en mi coche. Hombre, Enrico, tú también levantado a estas horas. ¿Tienes fiebre o acabas de llegar y todavía no te has acostado?

—Llegué sobre las dos, vosotras ya estabais roncando —contestó Enrico entre risas—. No he dormido bien, será este calor bochornoso, y he preferido levantarme. Lo que no esperaba era encontrarme con este tipo de sorpresas por la mañana temprano.

—¿De qué hablas, tío? —preguntó Noemí—. Buff, necesito un café en vena o no respondo de mí.

—Nada, Noemí, no te preocupes —contesté lanzándole una mirada furibunda al italiano. Él, por su parte, me observaba divertido, apoyado en el quicio de la puerta con aire juvenil. Estaba para comérselo...—. Tú desayuna tranquilamente, yo me voy yendo a la ofi. Nos vemos después allí.

—De acuerdo, Eva, como prefieras. Hasta luego.

—Hasta luego, Noemí. *Ciao*, Enrico —me despedí también de nuestro compañero, esperando que hubiera captado mi gesto. No quería que le dijera nada a Noemí sobre nuestro encontronazo matutino. A saber la versión que le contaría llegado el caso, no me haría ni pizca de gracia que nuestra común casera pensara nada extraño de nosotros.

Me di la vuelta y salí de allí, sintiendo la mirada de Enrico clavada en mi espalda. Desde luego había captado su atención, o eso me parecía en esos momentos. Sólo esperaba que fuera para bien.

Capítulo 10

Fiesta exclusiva para chicas

Llegué a la oficina sin complicaciones; el trasbordo en el metro era fácil y no se tardaba nada. Continué con la tarea asignada el día anterior, empapándome de la documentación remitida por Marta. A media mañana me sorprendió con su visita, acercándose ella de nuevo a mi sitio.

—Hasta nueva orden puedes ir olvidándote del tema de la corrupción política, por lo menos de momento —afirmó mi jefa.

—Pero Marta, creo que yo podría...

—Nada, no te preocupes. Le daremos otro enfoque y después del verano lo retomaremos entre varios departamentos. Tenemos varias informaciones que queremos contrastar, puede ser un reportaje bastante potente. Pero vamos, que mañana mismo te asigno otro tema que tengo sobre la mesa: la noche barcelonesa.

—¿La noche barcelonesa? —pregunté a mi vez como una estúpida. Había pasado de dedicarme a un reportaje importante, de calado nacional, a buscar información sobre las borracheras de los guiris en Barcelona. Un paso atrás en toda regla, aunque no debía dejarlo traslucir en mi semblante—. Imagino que tendréis algo particular en mente.

—Sí, te aseguro que no es tan sencillo como parece en un principio, espero que no te asustes. Mañana te cuento los pormenores, pero deberías ir buscando información sobre lo más transgresor que puedas encontrar, queremos darle un toque diferente. Un reportaje que no sea el típico que se puede encontrar en cualquier revista del ramo, hay que ofrecerle un plus a nuestros lectores.

—Ok, le daré una vuelta a ver qué se me ocurre —contesté sin pensarlo demasiado.

—Muy bien, Eva. Luego hablamos, tengo varios asuntos pendientes que atender. Y tranquila, sé que vas a hacer un buen trabajo.

Su voto de confianza me calmó, aunque el quitarme el caramelito de la boca con el reportaje político había sido un golpe bajo. No sabía a qué se refería con lo del artículo transgresor, así que decidí navegar un poco por Internet para averiguar algo más sobre la fiesta en la capital catalana. Yo había disfrutado ya de ella, aunque no demasiado, así que por propia experiencia no podría hablar.

Podría comentarlo con Noemí o alguna otra compañera cuando tuviera más claro lo que buscaba la dirección de la revista. Si el reportaje tenía que salir en el número de agosto no tenía tanto tiempo para prepararlo. Quizás tuviera que hacer algo de investigación *in situ*, así que tenía que ir espabilando. Tal vez mi querido italiano pudiera darme algunas pautas. Tenía pinta de conocerse los locales más *cool* de la noche barcelonesa...

Casi al final de la mañana me crucé con una de las chicas de administración, que me saludó al pasar. Yo no sabía exactamente quién era, hasta que ella me habló:

—Hola, Eva, ¿qué tal? Soy Sonia, ya sabes. Creo que has estado muy liada con lo de tu ascenso y no he querido molestarte. Por cierto, ¡enhorabuena!

—Ah, sí, Sonia, perdóname. Se me había pasado completamente, llevo unos días de locos. Entre el puente, lo del ascenso y que me acabo de mudar de piso, no he tenido tiempo de nada. Soy una maleducada, al final ni te contesté. Espero que puedas perdonarme, imagino que ya lo

tendréis todo cerrado.

—Sí, ya está preparado. Y no te preocupes, si te quieres apuntar todavía hay sitio. Le dijimos quince personas a los del restaurante y demás, pero una chica me ha confirmado a primera hora que no puede asistir. Así que si te animas no habría problema. Ya sabes, te esperamos en el Palacios si te quieres pasar. Llegando al Port Olympic todo el mundo lo conoce, preguntas por allí y lo encontrarás enseguida.

—Bueno, me lo pensaré esta noche, Sonia. Muchas gracias por acordarte de mí. Hasta luego —me despedí antes de volver a mi puesto.

El resto del día transcurrió sin mayores sobresaltos. Al salir de la oficina me fui dando una vuelta hasta una de las avenidas principales de Barcelona. Hacía buena tarde y me apetecía pasear para despejarme un poco; más tarde cogí un autobús que me dejó muy cerca del ático, una nueva forma de moverme por la ciudad entre el piso y la oficina.

Cuando entré en casa vi que Noemí ya había llegado, aunque ella salió más tarde que yo de trabajar. Me dirigí hacia la cocina, ya que vi la luz encendida e imaginé que ella estaba allí. No divisé rastro de Enrico, pero eso era lo de menos. La noche anterior ninguna nos habíamos percatado de su llegada y menudo susto me pegó después en el baño. Bueno, susto no sería quizás la palabra más adecuada.

—Hola, Eva, no sabía si habías quedado con alguien por ahí —me dijo mi compañera nada más llegar—. Hoy te veo hasta más guapa, el cambio de casa y lo del ascenso creo que te ha venido muy bien.

—Vaya, muchas gracias —contesté. Tal vez el buen color que me veía la informática era debido a los sofocos que provocaba en mí esa presencia masculina que nunca sabría por dónde iba a aparecer. Continué hablando para que Noemí no se percatara de mi sonrojo—. He ido caminando un rato hasta el centro y luego he cogido un bus, por cambiar. Tendré que irme acostumbrando al transporte público de la ciudad, ya que yo no tengo coche y no voy a depender siempre de ti.

—No, si me parece genial. ¿Y qué tal con la jefa? No sé si te han dado ya el reportaje definitivo o siguen mareando la perdiz. Eso es algo típico en la revista, no se lo tengas en cuenta.

—Al final ha habido un cambio de planes, y no sé si me gusta o no —contesté. Yo le había contado a Noemí lo del asunto político, y poco después todo se había venido abajo—. Ahora quieren que prepare no sé qué sobre la noche barcelonesa más transgresora...

—Bueno, ahí tienes mucho tajo también. Te aseguro que esta ciudad guarda secretos muy oscuros e incitantes. Te podría ayudar nuestro amigo Enrico... —afirmó Noemí antes de torcer el gesto, tal vez arrepintiéndose de su afirmación.

Ignoraba si Enrico le había comentado algo sobre nuestro encuentro de la mañana, y yo no pensaba sacar el tema. Sabía que Noemí no quería que hubiera nada entre nosotros, tanto por mi salud mental como por el equilibrio en la convivencia común. Y yo lo entendía, por supuesto, aunque no lo terminaba de compartir. Así que contesté, pero obvié el tema del florentino.

—No sé, mañana hablaré con Marta para ver el enfoque que le damos. El mes de junio ya termina y me tengo que poner las pilas. Espero no meter la pata en mi primer trabajo importante.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. Por cierto, no quiero pecar de soberbia, pero te lo dije. Esta mañana nuestro compi me ha estado haciendo un tercer grado sobre ti: de dónde eres, a qué te dedicas, etcétera, etcétera... Menos mal que ni se había fijado en la recién llegada, ya le he dicho que ni se le ocurra acercarse a ti.

—¿Ah, sí? Vaya, no me lo esperaba. No tienes de qué preocuparte, me imagino que es simple

curiosidad. Querrá saber algo sobre su nueva compañera de piso, pero vamos, que me lo puede preguntar a mí cuando quiera. Aunque es difícil coincidir con él, la verdad. ¿Te ha dicho algo más? —pregunté ansiosa, temiendo que le hubiera comentado nuestra peculiar manera de darnos los buenos días.

—No, poco más. Este chico es bastante peculiar, y además, lleva unos horarios complicados. Pero bueno, ya tendréis tiempo de charlar. Eso sí, me reitero en mi primera apreciación. Ten cuidado con él, de verdad. Parece que tiene cara de buen chico y enseguida le sale su vena de diablillo. Y no quiero que para él seas una muesca más en la culata de su revólver. Más que nada porque no me apetece que andemos a la gresca en el piso en los pocos ratos que coincidamos.

—Tranquila, Noemí, me acabo de instalar y tengo montones de cosas en la cabeza. Por ejemplo, se me había olvidado completamente lo de la despedida de soltera de Mireia.

—Ah, es verdad, algo hablamos el otro día. Yo paso bastante de esas cosas, la verdad. Imagino que acabaréis la noche en el *Boys to men*, es lo típico.

—Sí, lo mismo me comentó Marc. No sé, creo que igual me animo. Me apetece desfasar un poco y así también dejo de darte la murga durante un rato.

—Tranquila, no me molestas. Pero sí, creo que lo pasarás bien con esas petardas, ja, ja. Yo mañana creo que descansaré, tengo que reponer fuerzas.

Llevábamos unos segundos escuchando sonidos en la entrada, y enseguida nos percatamos de su procedencia. Enrico había entrado en el piso y se dirigió hacia nosotras con su andar característico, mezcla de seguridad masculina y gracilidad animal.

—*Buona sera, bambinas* —saludó en un tono cantarín que me derriñó al instante. Y lo peor estaba por llegar. El italiano dio un cariñoso beso a Noemí en la mejilla izquierda, y después se dirigió hacia mí, plantándome dos sonoros besos también. Tuve que agarrarme a la encimera para no caerme, la arrebatadora presencia de su cuerpo junto al mío provocó que me llegaran a temblar las piernas. Me estaba comportando como una auténtica niña, tendría que recomponerme enseguida—. Espero que este fin de semana podamos comer o cenar algún día los tres juntos. Tenemos una nueva inquilina en la casa, y con nuestros diferentes horarios esto es un caos. Hoy tengo que dejaros, he venido sólo a recoger unas cosas y ya me marchó. Me espera una noche complicada.

—Perdona, Enrico. No pretendo pecar de indiscreta pero, ¿en qué trabajas exactamente? Es verdad que tienes unos horarios terribles, imagino que debe ser muy duro.

Enrico me miró de soslayo, con ese rictus canalla que ya había atisbado antes. Si seguía mucho rato tan fijo en mí tendrían que socorrerme, sus ojos negros me taladraban sin remedio. Los calores se subieron enseguida a mis mejillas, aunque afortunadamente mi tez morena atenuaba la rojez que yo sí sentía por dentro.

—No, tranquila, es comprensible. Noemí ya me ha dicho que trabajas en la revista con ella, aunque no eres una friki. Eso me alegra, bastantes raritas tenemos ya en esta casa —aseguró mientras Noemí le golpeaba en su poderoso hombro. Estaba escapándose de nuevo, aunque entonces me sorprendió con su respuesta—. Soy relaciones públicas de varios garitos y a veces ayudo en determinados temas a otros locales de la ciudad. Por eso cambian mis horarios, ya que me dedico a diversas cosas a la vez. La verdad es que es un poco caótico, nunca sé muy bien lo que me espera en una determinada semana, pero ya me he ido acostumbrando con el tiempo.

Noemí le miraba algo alucinada, con un gesto que denotaba su sorpresa ante la confesión del italiano. Tal vez con ella no había sido nunca tan sincero, pero yo ya había intuido que entre ellos dos había algo pendiente en el aire que ninguno quería sacar de nuevo a colación.

—Ya te lo decía yo, Eva. Este chico sabe mucho de la noche barcelonesa. Así que si necesitáis ayuda, ya sabéis a quién recurrir —soltó Noemí mientras yo la asesinaba con mi mirada. No me apetecía hablar en ese momento con Enrico del tema, y menos cuando todavía no había aclarado con mi jefa los términos del artículo en cuestión.

—¿A qué te refieres? —preguntó el italiano con interés, paseando su mirada entre nosotras dos.

—Nada, una tontería, Rico —terció de nuevo la informática para zanjar el tema. Yo se lo agradecí con un gesto, aunque el escuchar de boca de mi amiga el apelativo cariñoso del italiano no me ayudó precisamente.

Fue recordar a la nibelunga, gozando en aquella misma encimera mientras nombraba de aquella manera al fogoso semental que llenaba aquella estancia con su sola presencia, y los siete males se apoderaron de nuevo de mí. Iba de mal en peor. Y Enrico se estaba dando cuenta, no apartaba su intrigante mirada de mí. Aquellas pupilas negras iban a acabar conmigo.

—¿Te quedas entonces a cenar con nosotras o no te da tiempo? —insistió Noemí, llamando de nuevo la atención sobre sí misma. Ella se estaba percatando del intercambio de miradas entre Enrico y yo, y no parecía demasiado contenta.

—No, gracias, guapa, me tengo que marchar. Pero os aseguro que este fin de semana os recompensaré. Palabra de toscano.

Se llevó una mano a los labios y nos mandó un imaginario beso a ambas mientras desaparecía de la escena, marchándose hacia su habitación. Noemí no dijo tampoco nada al respecto y yo no iba a ser menos. Así que hicimos como si no hubiera pasado nada, y nos preparamos algo de cena mientras Enrico terminaba de marcharse.

Cenamos de nuevo en la terraza, disfrutando del buen tiempo, y hablando de cualquier tema que no tuviera que ver con el italiano. Noemí se había percatado de mi incomodidad en la cocina, y no quiso insistir. Yo se lo agradecí, cabreada por estar fallándole. Le había prometido una sola cosa cuando quise mudarme a su piso, y estaba deseosa de saltármela. Sólo quería perderme entre los ardientes brazos de Enrico, quemándome con su innata virilidad. Y eso era algo que no podía confesarle de momento a mi amiga, por mucho que ella ya se lo estuviera imaginando.

Nos acostamos relativamente pronto, los últimos días estaban siendo durillos para ambas. Y por fin llegó el viernes, último día de la semana.

Marta tuvo que salir para concretar detalles con unos posibles inversores, así que no me reuní con ella aquella mañana. Me aseguró después por *WhatsApp* que el lunes hablaríamos sin falta, que me relajara ese fin de semana para estar preparada antes de mi puesta de largo como redactora. Teníamos mucho trabajo por delante, y quería que mi reportaje fuera un completo éxito.

Total, que la mañana se pasó rápidamente entre unas cosas y otras. Me acerqué a la zona de administración y le confirmé a Sonia mi asistencia a la fiesta de esa noche. Pareció alegrarse con mi decisión, así que nos despedimos, prometiendo que después nos veríamos en ese restaurante barcelonés. Por lo visto uno de los mejores de la ciudad, aunque nos hacían precio porque conocían a alguien de la empresa.

Le pregunté entonces discretamente sobre el gasto que supondría aquella noche, y me aseguró que no debía preocuparme por nada. Una de las primas solteronas de Mireia corría con la mayoría de los gastos, por lo que saldríamos a poco dinero por cabeza. Mucho mejor para mi economía, tampoco quería gastarme un sueldo que todavía no había cobrado. Por mucho que fuera a disfrutar de una noche de chicas.

Al rato dimos por finalizada la jornada. Comí algo en casa y me eché una pequeña siesta, quería estar fresca para una noche que prometía alargarse. No tendría que saltar hogueras ni sentarme en la arena de la playa, así que podría vestirme para matar. Sería la primera oportunidad que tenía de lucirme en sociedad, y pensaba aprovecharla.

Quise elegir entonces un conjunto rompedor. Al principio pensé en una minifalda muy sexy que tenía, pero al final la deseché. Escogí entonces unos minishorts de vértigo, de tela vaquera desgastada, cortitos y ajustados que dejaban a la vista unas piernas de las que me sentía orgullosa. Me decidí también por un top de fantasía, negro con lentejuelas, que realzaba mi ya de por sí generoso busto. Me calcé mis taconazos, para darle realce a mi culo y subir además unos centímetros mi altura total. Sólo esperaba que no me dieran la noche, pero en una ocasión así había que lucirlos. Me puse además unos pendientes de estrellitas y algo de laca para el pelo. Añadí un maquillaje especial de noche con los ojos ahumados, a la última moda, y un brillo de labios para causar sensación. Y después, unas gotas de mi mejor perfume en los lugares en los que no me importaría ser besada por...

El maldito italiano se adueñó otra vez de mis pensamientos. Y eso que en unas horas seguramente yo iba a estar disfrutando, aunque fuera sólo con la vista, del macizo cuerpo de algún *stripper* que hubieran contratado para la ocasión. O eso esperaba al menos.

Pero Enrico seguía en mi mente, muy a mi pesar. Me miré de nuevo en el espejo y sonreí, estaba contenta con el resultado. Lástima que no estuviese por allí el florentino, así podría verme de otra manera. «Tú te lo pierdes, chato», pensé mientras salía de mi habitación. Aunque en realidad, él ya me había visto como mi madre me trajo al mundo.

Algo pesarosa, no me crucé con nadie al atravesar el pasillo o el salón. Así que salí del piso y me dirigí de nuevo al metro, en dirección al Puerto Olímpico. Una vez allí pregunté a un par de chicas por el restaurante en cuestión y lo encontré enseguida. Sonia tenía razón, había sido muy fácil llegar.

Allí encontré a mis compañeras de juega de aquella noche, entrenándose ya con las primeras bebidas espirituosas. Me presentaron a varias chicas de la oficina que no conocía personalmente, y también a otras participantes de la fiesta: la hermana y dos primas de la homenajead, aparte de otro par de amigas suyas.

Me fijé entonces en Mireia, la novia. A la pobre ya le habían colocado una banda con no sé qué lema escrito en catalán, y una diadema sobre el pelo con motivos sexuales. Las demás la jaleaban y reían, pero a ella tampoco parecía que le hiciera demasiada gracia ese tocado tan soez. Era de las mías, pensé entonces; punto para Mireia, que empezó a caerme bien desde ese mismo instante aunque no hubiéramos cruzado una palabra.

Compartimos varios entrantes entre risas y bromas, bebiendo además jarras de cerveza y sangría para todas. Después unos segundos contundentes, carne o pescado a elegir cada una, con una mejor selección de vinos. Y por último, un variado de postres de la casa. Café y licores para terminar, cortesía del restaurante. La verdad es que fue una comida espectacular.

Algunas chicas ya iban tocadas, algo borrachas después de la generosa ingesta de alcohol. Un grado etílico que comenzó a tornarse peligroso en nuestra siguiente parada, un pub llamado Edén, también situado en la misma zona. Tenían una carta de ginebras para preparar el combinado estrella de los últimos tiempos, el Gin Tonic, pero a mí nunca me ha gustado esa bebida. Así que me decidí por un sugerente cóctel con ron, una bebida que me sentaba también algo mejor.

Entonces me llevé una pequeña sorpresa. Al fondo del local me pareció ver a Marta, mi jefa,

hablando con la prima de Mireia, la que supuestamente se hacía cargo de la mayoría de gastos de la noche. Quizás ella ya estaba allí al llegar nosotros y ambas mujeres se conocían de antes, no tenía ni idea. Me di la vuelta y me mezclé con otro grupito de chicas, tampoco me apetecía ver a mi jefa mientras me lo estaba pasando tan bien, con el alcohol adueñándose poco a poco de mi voluntad.

Al rato salimos del pub y nos dirigimos hacia el lugar en el que terminaría seguramente la noche: el famoso *Boys to men*. Ya se lo había oído a un par de chicas a lo largo de la noche, así que no fue una sorpresa. Vamos, que debía ser típico, ya que Noemí y Marc habían acertado el local en cuestión.

No quedaba demasiado lejos del último sitio, así que las quince mujeres fuimos caminando hacia allí. Aunque entonces me percaté de que éramos una más, al final Marta se había unido al grupo. Pasó por mi lado y me saludó sin detenerse demasiado, mientras seguía charlando animadamente con Charo, la prima de Mireia. Ellas dos eran las únicas mujeres que rondarían los cuarenta años, el resto éramos mucho más jóvenes. Parecían llevarse bien y reían a mandíbula batiente mientras les echaban piropos a chicos con los que nos íbamos cruzando por el camino.

No me quise preocupar demasiado por el tema, parecía que Marta pasaba bastante de mí. Era una situación peculiar, una más de las vividas desde mi aterrizaje en Barcelona y preferí no darle mayor importancia. Yo me lo pasaría bien y seguiría disfrutando de la noche, cosa que por lo visto también planeaba hacer mi jefa viendo su actitud, bastante diferente de la que guardaba en la oficina.

Minutos después entramos todas al famoso local, tras pasar por el escrutinio de dos fornidos muchachotes que custodiaban la entrada a aquel lugar pecaminoso exclusivo para mujeres. Nada más entrar en la sala principal del *Boys to men* me percaté de la inmensidad de éste: allí habría más de 200 féminas rodeadas por un ambiente febril que se notaba nada más entrar, flotando imperceptiblemente entre nosotras.

Nos acomodaron en un lugar privilegiado del salón, muy cerca del escenario principal, y ocupamos uno de los reservados situados en el lateral. Nos sentamos todas alrededor de cuatro mesas muy coquetas que habían preparado para la ocasión, a cuatro chicas por mesa. Y entonces comenzó la fiesta de verdad.

Sobre una plataforma elevada se encontraba el escenario, que ocupaba gran parte del salón. Tenía también acoplada una especie de tarima central por la que los bailarines podrían acercarse todavía más a su entregado público, o bajar incluso a ras de suelo. Un escenario digno de un gran concierto de rock, dispuesto a que las espectadoras pudieran disfrutar del grandioso espectáculo.

Poco a poco me fui acostumbrando a la penumbra reinante, sólo rota por los focos y unas lámparas de estilo retro colgadas en sitios estratégicos. El local estaba decorado con buen gusto, y tenía además una gigantesca barra detrás de la zona de público, con varios camareros trabajando a destajo para atender a la sedienta clientela. Unos camareros con un atuendo muy particular: pantalón ajustado y pajarita, pero nada más, para que pudiéramos contemplar sus marcados pectorales, trabajados seguramente en el gimnasio.

La música bajó su ritmo enloquecedor para anunciar la actuación estelar del siguiente número. Las luces atenuaron su intensidad y una humareda comenzó a adueñarse del escenario. Y entonces, tras los primeros acordes del conocido *It's raining man*, cinco hombres aparecieron en escena para hacer las delicias de sus admiradoras. La versión cañera de Geri Halliwell tronó entonces por los gigantescos bafles y aquello se desmadró por completo.

Los gritos de entusiasmo empezaron a adueñarse del local, contagiándonos a todas de aquel éxtasis enloquecedor. Cinco bailarines increíbles comenzaron su actuación, vestidos como Gene Kelly mientras cantaba bajo la lluvia: pantalón de vestir, gabardina y sombrero a juego, y un paraguas como elemento perturbador.

Los *strippers* ejecutaron a la perfección una coreografía complicada, mientras bailaban y movían sus impresionantes cuerpos al ritmo de la música. La ropa iba también desapareciendo poco a poco de sus anatomías, mientras el chillido de fondo aumentaba unos grados más, alentado por las gargantas de todas las que estábamos allí. Y es que no era para menos.

En el fragor de la batalla puede entonces fijarme mejor en los artífices de aquella algarabía inusual. Un morenazo de ojos verdes abría el grupo, jugando con su cuerpo mientras nos ofrecía todo un repertorio de movimientos pélvicos para enervar al personal. Detrás de él dos hermosos ejemplares que no le iban a la zaga: un poderoso negro cuya piel brillaba bajo el sudor y los focos que le apuntaban, mostrando al mundo la superioridad física de su raza. A su lado un gigantesco vikingo de casi dos metros, un rubio impresionante que debía venir de los mismísimos fiordos. Y en el lado exterior del grupo, en perfecta formación, otros dos chicos que quitaban el hipo: un esbelto mulato, quizás brasileño o cubano a simple vista, y otro morenazo de póster. Un elenco que nos había cautivado por completo.

Los movimientos insinuantes de los bailarines, en ocasiones más sexuales que sensuales, revolucionaron aún más unas hormonas femeninas ya de por sí bastante alteradas. Los gritos se sucedieron por doquier, mientras todas cantábamos, bailábamos y batíamos palmas para acompañar la actuación.

El sombrero y el paraguas quedaron muy atrás, y la apertura de las gabardinas nos permitió desencajar la mandíbula ante unos torsos desnudos igual de apetecibles. Se dejaron sólo una fina corbata negra que les quedaba muy sexy, mientras todas pedíamos que aquellos pantalones largos desaparecieran de una vez.

Los bailarines siguieron contoneándose, cada vez más cerca del público, mientras la canción terminaba. Se quedaron parados mientras todas aplaudíamos a rabiar, locas por unos cuerpos que queríamos para nosotras solas. Y entonces, rugieron de nuevo los altavoces.

Comenzó entonces una nueva canción y los bailarines cambiaron su estrategia. Sin dejar de moverse y lanzar miradas provocativas al público, bajaron a la arena, mezclándose entre las mesas allí dispuestas. La locura se apoderó del local, amenazando con colapsarse.

Los muchachos interactuaban con sus admiradoras, subiendo la temperatura del garito. Se dejaban tocar y manosear, mientras algunas chicas les metían billetes en sus pantalones. Más de un *stripper* se sentaba incluso encima de alguna clienta, moviendo descaradamente su pelvis en un movimiento inequívoco adelante y atrás.

Eso es lo que sucedió en nuestra mesa, donde el mulato se encaramó a la silla de Charo, mientras la susodicha gemía de placer. La novia y otras amigas aplaudían y magreaban al chaval, mientras todas gritábamos para animar más aquel momento de desfase. La noche avanzaba y allí todas estábamos muy revolucionadas, no lo voy a negar. Incluso mi jefa se acercó al muchacho, rozándose descaradamente con él mientras ponía un gesto lascivo que me sorprendió.

Pero la noche acababa de comenzar. Se sucedieron otros números fabulosos: bomberos, policías, trabajadores de la construcción y otros motivos típicos que no nos importaron. Allí estábamos para reírnos y pasarlo bien.

Algunas disfrutaron más que otras, ya que fueron sacadas de entre el público, subiendo al escenario para acompañar a los chicos en algunos números: como una de las novias de la noche,

que fue agasajada por un bailarín con un *striptease* privado, donde sólo ella pudo contemplar la magnificencia de lo que aquel pantalón guardaba en su interior. Y debió ser de campeonato ante el gesto de incredulidad de la homenajeadas.

A otras las acompañaban al escenario y bailaban con ellas, aunque más bien eran manejadas como muñequitas en manos de aquellos musculosos brazos. Las subían y bajaban a su antojo, mientras representaban movimientos de índole sexual, ya fuera de él hacia ella o viceversa. Todas chillábamos y reíamos, bebiendo sin parar en una noche loca. Y mientras, las chicas encantadas, disfrutando de aquellos cuerpos sin un átomo de grasa.

A uno de los bailarines le llegaron a romper la camiseta entre varias cuando se acercó desde la plataforma del escenario hacia la mesa más cercana. Se tumbó entre ellas, dejándose querer y le llenaron el cuerpo de billetes, mientras comenzaron a devorarlo. La camiseta fue arrancada entre tirones y mordiscos, mientras aquellas lobs hacían con él lo que la mayoría deseaba.

Y es que el clima general de euforia era lo que le venía bien al local. Todas gastando dinero a espuestas, ya fuera en bebidas o en billetes para aquellos sementales, gritando extasiadas ante aquel espectáculo sin igual.

En mi caso, la noche me estaba pasando factura. Me levanté y dejé a mis compañeras gritando y riendo, mientras yo me acercaba al baño. Me eché un poco de agua por cuello y muñecas, estaba algo acalorada. Mis reflejos habían desaparecido y el puntillo gracioso debido al alcohol estaba derivando hacia una borrachera de campeonato. Así que cuando regresé al salón me dirigí a la barra y me pedí un botellín de agua.

Desde aquella atalaya, donde incluso la música estridente sonaba con menos fuerza, pude contemplar en perspectiva toda la increíble panorámica. Doscientas mujeres ebrias de alcohol y sexo, embriagadas por aquel sueño de hombres que sólo eran eso, un sueño para la mayoría de ellas. Y por eso había que disfrutar del momento, aunque fuera sólo durante esa noche.

De todos modos preferí quedarme un rato allí mientras me terminaba el refrigerio. La música a todo volumen, los bailes y el alcohol me tenían un poco mareada. Apareció a continuación un nuevo bailarín para efectuar otro número, un chico que no había salido hasta entonces. Iba disfrazado de súper héroe o algo así, con una especie de capa y un antifaz que le tapaba bastante parte del rostro. Sólo me fijé en que estaba buenísimo mientras me acercaba a mi mesa. Sólo quería recoger mi bolso, despedirme de mis compañeras y salir de allí, antes de que vomitara o algo peor. Y es que no estaba acostumbrada a beber tanto y temía perder el control sobre mí.

En nuestro grupo vi a otras chicas igual de perjudicadas, e incluso a un par de ellas que parecían incluso aburridas en su mesa. No así mi jefa, que estaba totalmente fuera de control, mano a mano con Charo, la prima de la novia. Serían las dos mayores de la pandilla, pero desde luego tenían una marcha increíble.

Me senté en mi sitio, recogí el bolso y me dirigí a Sonia. Entre el humo y el alcohol no veía con excesiva nitidez, y ya era hora de dar por finalizada la noche.

—Perdona, Sonia, creo que me voy a marchar —dije con más esfuerzo del que hubiera imaginado. La lengua se me trababa y no lo podía negar.

—¿Tan pronto? La noche acaba de empezar, guapa, no te vayas todavía —me dijo Sonia mientras me abrazaba. Creo que a ella se le habían subido más que a mí los mojitos con los que rematamos la faena.

—Por Dios, está buenísimo el cabronazo —escuché decir a mi espalda.

—¡Joder, qué viene hacia aquí el macizo! Preparaos, chicas, igual nos saca a alguna a bailar con él —apuntó otra mientras yo le daba dos besos a Sonia, dispuesta a largarme de allí.

De pronto sentí un vértigo terrible y la cabeza me empezó a dar vueltas. Cuando me quise dar cuenta me encontraba en el aire, todavía sentada en mi silla, pero izada por unos increíbles bíceps que podía contemplar a escasos centímetros de mi cabeza. Mi bolso se me cayó de la mano, mientras escuchaba a mis compañeras jalearse a aquel maromo, que me llevaba directamente hacia el escenario.

Cuando conseguí enfocar la vista vi que el *stripper* tenía sujeta la silla por debajo, con todo el peso de mi cuerpo encima y su cara situada muy cerca de mi pecho. En un movimiento que habría ensayado infinidad de veces dejó caer la silla y me aupó aún más, colocándose sentada a horcajadas sobre su cara. Menos mal que al final dejé la minifalda y me coloqué los minishorts, si no en esos momentos no sé lo que hubiera pasado, con su rostro tan cerca de mi sexo.

Me llevó hasta el escenario y me depositó allí con mimo. Pero en aquella postura se me habían quedado las piernas abiertas, y él aprovechó para colarse entre ellas, haciendo el típico movimiento del misionero veloz mientras el público gritaba entusiasmado.

Se me quitó la tontería rápidamente, con aquel macizo contoneándose encima de mí. Creo que le cogí de la parte baja de la espalda y le apreté contra mí. En ese momento percibí que se había quitado el pantalón, por lo que estaba palpando las cachas de un culo muy apretado, cubierto simplemente por un escueto tanga. El chico se incorporó entonces un poco y siguió bailando a mi alrededor. Yo me quedé sentada en el suelo, contemplando sus movimientos, mientras él permanecía todavía con el antifaz puesto. Entonces se agachó y me dijo al oído con una voz sensual:

—No sabía que fueras tan fogosa, Eva. ¡Me encanta!

Me quedé totalmente a cuadros. ¿Cómo sabía ese tío mi nombre? Pensé que había sido una bromita de las chicas, que habrían quedado con los de la organización para pegármela y sorprenderme. Pero no, no podía ser.

Mientras el resto del alcohol intentaba disiparse de mi mente, la canción fue terminando y también los movimientos del bailarín. Me ayudó a ponerme en pie mientras seguía moviéndose a mi alrededor, pidiendo un aplauso para mí cuando terminó su actuación, despidiéndose con un casto y caballeroso beso en mi mano. Entonces me fijé bien en aquellos pectorales, esos brazos musculados, su tableta de chocolate y esos surcos tan sexys que iban de su abdomen a la pelvis. No, no podía ser...

Bajé del escenario y me di la vuelta antes de regresar a mi sitio, con el bailarín marchándose de allí. Antes de desaparecer de escena se dio la vuelta una vez más para reclamar su última ovación, obsequiada por su público sin condiciones. Yo me quedé bloqueada, momentáneamente parada, allí clavada junto al resto del grupo.

—¡Qué suerte, Eva! Menudo pibonazo, te has puesto las botas, tía —escuché decir a mi espalda.

—Madre mía, mira que están buenos todos, pero desde luego éste era impresionante. Te ha subido a las alturas sin apenas inmutarse, qué pasada...

Seguía escuchando tonterías a mi alrededor mientras yo almacenaba en mi mente la imagen de aquel hombre desnudo, sólo cubriendo con un tanga su abultada hombría, justo cuando se despedía de todas nosotras. Ese pelo despeinado, esa mandíbula prominente, esa voz gutural...

¡¡La madre que me parió!! ¡Me había estado rebozando con Enrico!

Estaba casi completamente segura, aquello no podía ser normal. No le conocía desde hacía mucho tiempo, y sólo habíamos coincidido en escasas ocasiones. Había guardado en mi memoria sus rasgos y su cuerpo, sobre todo después de la escenita de la ducha. Pero el alcohol, el antifaz y

el sonido ambiente me habían despistado por completo. Tendría que haberme dado cuenta mucho antes.

El muy cabronazo se había acercado a traición, sacándome al público cuando estaba totalmente despistada, lista para marcharme. Me había dejado en una posición demasiado íntima, con su cara a escasos milímetros de mi entrepierna. Y después... Buff, después se había colocado encima de mí, bombeando como si se fuera a acabar el mundo. ¡Me había manoseado y yo le atraje hacia mí, cogiéndole del culo!

Madre mía, aquello era bochornoso. El cabreo se iba apoderando de mí, Enrico había jugado conmigo. Él debía saber que yo iba a ir esa noche al local de *striptease*, pero había sido un golpe bajo sacarme de ese modo al escenario y obligarme a aquellas cosas...

El morbo al recordarlo, al tener ese cuerpo deseado junto al mío, no me ofuscó el pensamiento. Me encontraba terriblemente irritada, muy enfadada. Si se creía ese italiano de mierda que podía jugar así conmigo lo llevaba claro.

Menos mal que trabajaba en varios asuntos de la noche barcelonesa. ¡El tío era un puñetero *stripper*! Uno muy bueno por lo que pude intuir si hacía caso a los gritos de las chicas. Porque desde luego yo estaba tan obnubilada que no me había enterado de nada hasta que me atacó sin avisar.

Me marché de allí sin despedirme de nadie. Pasaría un momento por el baño para intentar componerme un poco, iba hecha un desastre. Rabiaba por lo que había sucedido, pero se trataba de algo que no podía haber previsto. Ya me veía fuera del piso, porque no sería nada cómodo compartir el mismo espacio con el tío que me había vacilado de ese modo.

Atravesé el pasillo del fondo y llegué a la zona de los baños. Me encontré a una chica fuera, esperando al lado de la puerta. Me miró con un gesto cómplice, y señaló el baño de mujeres, riéndose por lo bajini:

—Está ocupado...

Yo pasé de ella y me metí dentro. Aunque estuvieran ocupados yo podría retocarme frente al espejo, no necesitaba más. La chica me miró algo asombrada cuando empujé la puerta batiente, pero yo no estaba para adivinanzas. Hasta que comprendí, quizás demasiado tarde, lo que aquella chica me quería decir.

Acababa de acceder al amplio espacio del baño de señoras, y me quedé de nuevo bloqueada, sin poder reaccionar. Comencé a boquear ante la visión que se mostraba ante mí, incrédula una vez más. Aquello no podía estar pasándome, no todo en la misma noche.

Ante mí, dos actores inoportunos representaban una escena para la que no estaba preparada. Enrico se encontraba de pie, totalmente desnudo, mientras Marta estaba de rodillas, frente a él, practicándole una felación en toda regla.

Me quedé anonadada y creo que solté un gritito. La cara de placer del italiano se desdibujó, y entonces giró su rostro hacia mí, contemplándome con descaro. Su gesto denotaba una invitación no implícita que me provocó arcadas. Pero no pude dejar de observar durante unos segundos más el nuevo espectáculo que me brindaban sin pagar ni un euro adicional.

Mi jefa se aplicaba con devoción, chupando y lamiendo el glande abultado del *stripper*. Con gesto goloso parecía querer derretirle, como si fuera un helado. Con su mano izquierda apretaba los huevos de Enrico, mientras con la derecha pajeaba con esmero la increíble erección del italiano. La cabeza de Marta se movía arriba y abajo, ayudada por la mano de Enrico, tragándose sin piedad aquella masa de carne prieta que amenazaba con desbordarse. Creo que ni se dio cuenta de mi presencia.

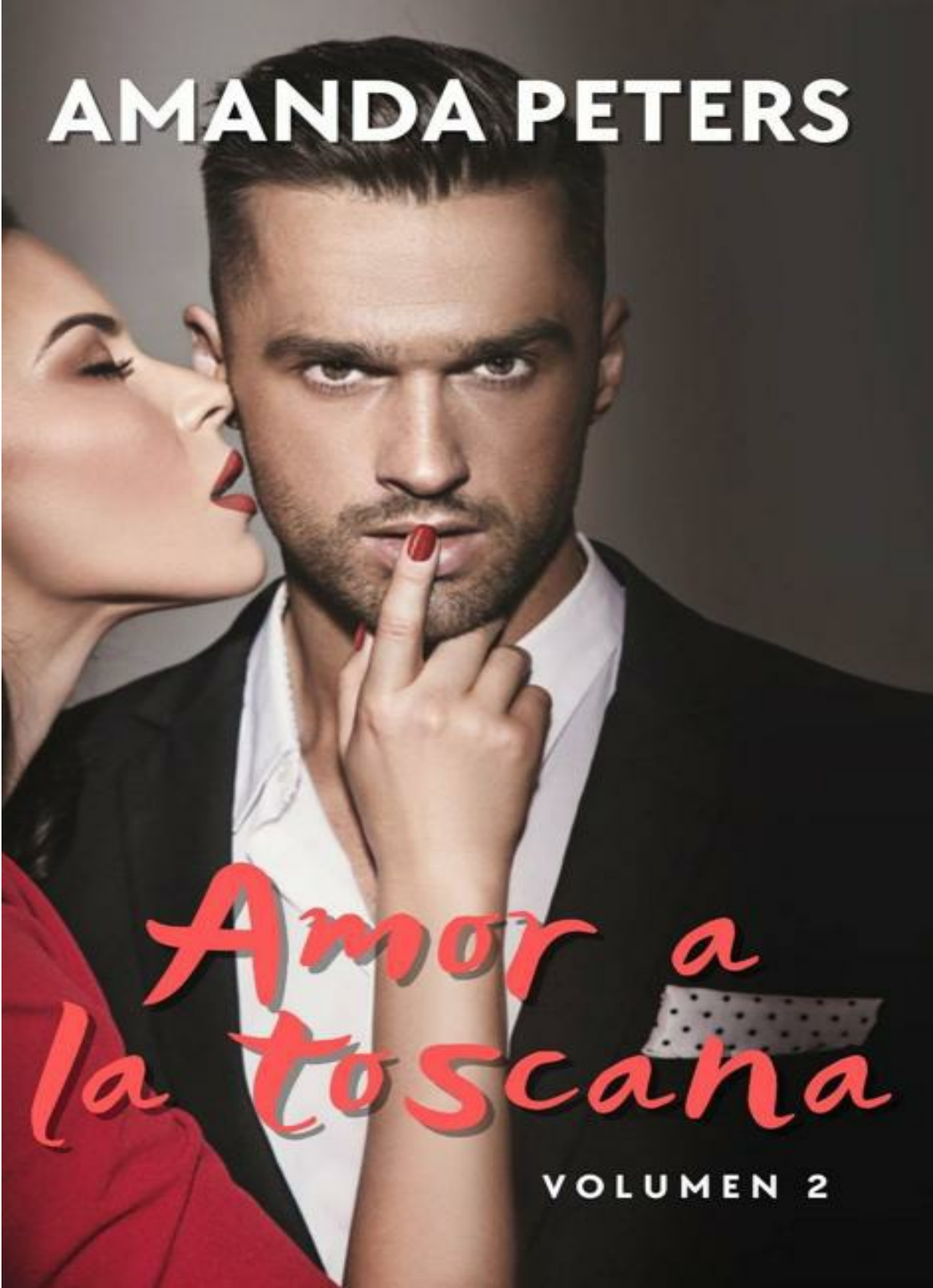
Ya había tenido bastante. Con un gesto de asco salí de allí corriendo, con lágrimas de rabia y frustración asomando sin avisar. Un fin de fiesta que difícilmente podría olvidar en todos los días de mi vida. Maldita la hora en la que accedí a asistir a aquella despedida.

Llegué a la calle casi sin darme cuenta, buscando un taxi para volver a casa. Una casa a la que no quería volver, un lugar donde tendría que encontrarme de nuevo con el causante de todas mis desgracias. Noemí había tenido razón desde el principio, y yo había sido una ingenua. Enrico había jugado conmigo, y ni siquiera me llevé el alegrón de disfrutar de un polvo en condiciones. Me tenía que conformar con haber sido la simple *voyeur* de una escena pornográfica de escaso gusto.

Me monté en el taxi y rompí a llorar. Mi pequeño mundo se desmoronaba a mi alrededor y yo no sabía qué determinación tomar...

Avance

Amor a la toscana (Volumen 2)

A man with short dark hair and a light beard, wearing a black suit jacket over a white shirt, looks directly at the camera with a serious expression. His right index finger is pressed against his lips in a 'shh' gesture. To his left, the profile of a woman with dark hair and red lipstick is visible, looking towards him. The background is a plain, light grey.

AMANDA PETERS

*Amor a
la toscana*

VOLUMEN 2

SINOPSIS

Después del incidente en la despedida de soltera de Patricia, Eva se siente profundamente decepcionada y enojada con Enrico. El italiano ha traicionado su confianza en más de una ocasión, dejándola confundida y sin saber cómo proceder. A pesar de querer mantener la armonía en su hogar compartido, Eva sabe que no puede ignorar la situación y se enfrentará a Enrico directamente. La confrontación parece inevitable y las tensiones se encuentran en su punto más alto.

A pesar de las dificultades con Enrico, Eva se enfrentará a un futuro lleno de nuevos desafíos. Su jefa en la revista le presenta una emocionante oportunidad: dirigir su primer gran reportaje sobre la escena nocturna más vibrante y transgresora de Barcelona. Con determinación y pasión por su trabajo, Eva se sumerge en la tarea, lista para explorar un mundo desconocido y descubrir historias fascinantes en las calles de la ciudad.

Antes de embarcarse en su ambicioso proyecto, la joven toledana se encuentra navegando en un mar de dudas. Sin embargo, lo que aún no sabe es que encontrará un aliado inesperado en su camino: Enrico, el seductor italiano con quien comparte algo más que un techo. Aunque sus motivaciones pueden no ser completamente desinteresadas, Enrico se ofrece para ayudar a Eva a infiltrarse en los rincones más ocultos de la ciudad mientras el resto del mundo duerme. Con su conocimiento experto de la vida nocturna, Enrico se convierte en el guía perfecto para desentrañar los secretos de Barcelona.

Eva y Enrico se embarcan en una emocionante odisea mientras investigan temas para el reportaje. Juntos exploran lugares oscuros y prohibidos, se encuentran en medio de persecuciones policiales y desafían a las peligrosas mafias que controlan la ciudad. Además, se sumergen en espectáculos para los que nunca estuvieron preparados. A medida que enfrentan estos desafíos juntos, su relación se fortalece cada vez más, tejiendo un lazo inseparable entre ellos.

Segundo volumen de la cautivadora saga «Amor a la toscana»: una novela más ambiciosa que nunca, llena de intriga, romance, misterio y, por supuesto, ese toque de erotismo que fluye en cada página de las aventuras de Enrico y Eva. Sumérgete en sus secretos más profundos y déjate seducir por esta apasionante historia de nuestros tiempos.

¡¡Ya a la venta!!